

63c



Noé Jitrik

20

capítulo

Las nuevas propuestas

Muerte y resurrección
del Facundo



CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

Dirección: Susana Zanetti
Secretaría de redacción: Graciela
Beatriz Cabal
Asistencia técnica: Jorge Alberto Warley
Asesoramiento artístico: Oscar Díaz
Diagramación: Gustavo Valdés, Alberto
Oneto, Diego Oviedo
Coordinación y producción: Natalio
Lukawecki, Juan Carlos Giraudó

© 1983 Centro Editor de América Latina S. A. - Junín 981,
Buenos Aires.
Hecho el depósito de ley. Libro de edición argentina.
Impreso en mayo de 1983. Tapa: Talleres Gráficos
FA.VA.RO. SAIC y F. Independencia 3277/79, Buenos
Aires. Pliegos interiores: Compañía General Fabril Financie-
ra S.A., Iriarte 2035, Buenos Aires. Distribuidores en la
República Argentina Capital: Mateo Cancellaro e Hijo,
Echeverría 2489, 5to. C, Buenos Aires. Interior: Ryela
SACIF y A. Belgrano 624, 8to. piso, Buenos Aires.

ISBN 950 25 0664 2

"Mucho de la versatilidad de su espíritu y de esa indisciplina de carácter y de raciocinio que lo apartaban con disgusto de toda labor o meditación sostenida, como de permanecer en el mismo lugar y estarse quieto, provienen de su formación incompleta por lecturas casuales."

Ezequiel MARTINEZ ESTRADA

"... vacas, vacas, vacas."

Domingo Faustino SARMIENTO

"Decimos de una lectura que nos toma; la fórmula responde a esta transformación: el lector está en efecto tomado por las cosas de la ficción que capta por medio de las palabras, como sus propiedades mismas; adhiere a ellas con el sentimiento de estar encerrado; cautivo, afiebradamente retirado del mundo, hasta el punto de sentir la palabra como la llave de un universo de embrujamiento y fascinación donde nada de lo que vive se reencuentra."

Maurice BLANCHOT

"En verdad, el espíritu no está nunca en reposo sino que está siempre arrastrado por un movimiento indefinidamente progresivo; solo que en esta situación ocurre lo mismo que en el caso del niño; después de una larga y silenciosa nutrición, la primera respiración, en un salto cualitativo, interrumpe de pronto la continuidad del crecimiento solamente cuantitativo, y es entonces que el niño nace; del mismo modo, el espíritu que se forma madura, lenta y silenciosamente hasta su nueva figura, desintegra fragmento por fragmento el edificio de su mundo precedente; la caída de ese mundo está indicada sólo por síntomas esporádicos; la frivolidad y el tedio que invaden lo que

todavía subsiste, el vago presentimiento de algo desconocido; son los signos anunciadores de lo nuevo que está en marcha."

G. W. F. HEGEL

INTRODUCCION

El *Facundo*, de Sarmiento, ha llamado siempre la atención por las dificultades que presenta desde el punto de vista de una clasificación literaria. Se ha dicho que, por más íntimamente unitario que el libro sea considerado estilísticamente, concurren por igual en sus páginas la historia, la sociología, la novela, el ensayo, el tratado de moral¹. Inclusive, tal vez su rasgo de originalidad formal en la medida en que, al romper esquemas preceptivos rígidos, intenta y consigue infundir un tono y un sentido únicos a tan diversos cauces intelectuales, a tan peculiares formas del pensamiento y de la expresión.

¹ Alberto Palcos, *El Facundo*, Buenos Aires, Elevación, 1946, p. 67: "Facundo, tal lo cierto, rompe con los moldes tradicionales de los géneros literarios. Clasificarlo, conforme se ha propuesto, entre las novelas, equivale a caer en error tan grave como incluirlo entre los libros de historia. *Facundo* es de todo un poco: biografía, novelesca por su interés, de Quiroga, y, en menor grado, de Rosas; magnífico poema descriptivo, hasta ahora no superado, de nuestra República y de los tipos peculiares que engendra; movida, dramática historia de la Revolución y de los sucesos posteriores; fascinante ensayo sociológico cuando el género está en pañales en Europa; y, en todo momento, formidable alegato contra el sistema reinante en el país y programa de nuestro porvenir y de América."

Es desde luego lícito preguntarse por el recurso empleado para que el libro no resultara, como no resulta, un mosaico de especies literarias, una suerte de hábil catálogo. A modo de inicial respuesta, se puede señalar, en primer lugar, que no ha habido reemplazo o sucesión mecánica de una especie por otra de acuerdo con un orden de importancia de los objetos o temas tratados; en segundo término, no ha habido mezclas a las que pudiera atribuírseles un sentido perfeccionista estilísticamente hablando, es decir desde la perspectiva del efecto buscado. Una respuesta tal vez excesivamente naturalista pero coherente, aunque precaria, podría reclamar que la síntesis de especies literarias se ha dado en el autor *antes* de ponerse a la tarea de la redacción, y cuando el discernimiento de conveniencias o necesidades no tenía todavía por qué hacerse. Sarmiento, respondiendo por cierto a la presión de las circunstancias, iba entregando páginas con sus ingredientes totalmente combinados, sin sentirse impelido a clasificar lo que hacía, movido por la urgencia, pero impulsado a obtener resultados unitarios por una intención que, ella sí, no fue improvisada y que no se vinculaba al orden formal².

De tal modo, *Facundo* es sociología, historia, novela, biografía, pero ninguna de estas cosas con exclusividad. Y no es, por cierto, un híbrido. Hasta tal punto es original en sus resultados que podría fácilmente explicarse lo que hay en la obra de cada una de estas especies sin que eso permita indicar una sola página redactada, según las exigencias de una sola especie. Sin embargo, hay una limitación: no es tan frecuente que se responda por lo que hay

² Raúl A. Orgaz, *Sociología Argentina*, Córdoba, Assandri, 1950, t. II, p. 280: "Un interés del momento, premioso y urgente, a mi juicio —escribía Sarmiento al editor de 'El Progreso', al pedirle las columnas del periódico para publicar su manuscrito— me hace trazar rápidamente un cuadro que había creído poder presentar algún día tan acabado como me fuera posible". Y p. 282: "Aun más: probablemente Sarmiento pensaba en su propia experiencia al poner, en una carta a Juan Thompson, en 1847, este significativo párrafo: 'las inteligencias muy ejercitadas, cuando una idea fundamental las ha absorbido largo tiempo, derraman sobre el papel y sin esfuerzo alguno, un libro entero, de una pieza, como la hebra dorada que hila el gusano de seda'".

de literario en el *Facundo*³; cómo es que siendo historia y/o sociología puede también ser literatura, no habiendo, por otra parte, ningún sector del libro específica y preceptivamente dedicado a autorizar esa posibilidad.

Puesto que el *Facundo* ha sido tomado en un bloque y no se ha discernido la naturaleza o el alcance de lo que tiene de literario, aunque se tuvo claridad, por el contrario, en lo que respecta a sus otros perfiles, parecería propio intentar ahora una precisión, aceptadas las limitaciones que tal propósito encierra. Una respuesta a la pregunta (¿por qué el *Facundo* pertenece a la literatura?) además de aclarar una forma relativamente permanente y conflictiva de la literatura argentina, permitiría observar con ojos diferentes el texto y extraer de él informaciones que, proporcionadas con indudable claridad de espíritu por lo que hay de eminentemente literario en Sarmiento, se ven a veces contradichas, o bien confirmadas, por otro tipo de expresión, más fácilmente ubicable, por ejemplo la historia.

Veamos, en consecuencia, como se explica y articula lo que es literario en este texto fundamental.

Espíritu fundamentalmente acumulativo y efectista, Sarmiento trata menos de demostrar que de convencer. Es fácil determinar este objetivo: es como una suerte de presión que se ejerce sobre el lector, cubriéndolo de datos como para que se entere de algo cuya enormidad o monstruosidad tiene fatalmente que condenar⁴. Si el lector intuía por su propia cuenta que *Facundo* o *Rosas* eran bárbaros, Sarmiento refuerza la intuición mediante explicaciones encadenadas que presenta como corroboraciones robustecidas por valores verbales de emoción y lirismo, pero cuya exactitud histórica es no solo variable sino que

³ Alberto Palcos, op. cit., p. 62 y sig. consagra algunas páginas a este tema dando como un hecho el carácter literario de la obra.

⁴ En cambio, cuando se dirige a lectores a quienes se les debe proponer alguna demostración, puesto que están en el bando contrario y podrían no compartir ciertos supuestos, suprime partes polémicas en la edición; cf. Palcos, ed. crítica del *Facundo*, U.N. L.P., 1938, p. XV: "Suministrar a los emigrados una doctrina que les sirviese de interpretación y de incentivo en la lucha".

a veces está totalmente adulterada por el tono empleado en el relato, tono reconociblemente coercitivo. Lo histórico o lo sociológico es instrumentado por Sarmiento en función del convencimiento que aspira a lograr en su público⁵. En este sentido, convencimiento parece opuesto a conocimiento, por menos rigurosamente que se empleen tales conceptos. A la luz de esta oposición puede señalarse acaso que Sarmiento no explana su información confiando en la capacidad y el interés del aprendizaje del lector, sino que la utiliza con la finalidad de seducir o de encantar, fases, en suma, de un deseo profundo de convencer. De ahí que podamos afirmar que la exposición es regulada y tamizada en su espíritu en busca de una expresión suficiente, necesaria para hacer vibrar más cuerdas que la simple demostración histórica o racional, aunque se puede decir que también intenta esto último o cree hacerlo; básicamente, fundamentalmente, se trata de conmover, de comprometer, de denunciar, de arrastrar, al mismo tiempo que se persigue el develamiento de ciertas incógnitas o la corrección de errores de comprensión⁶.

⁵ Valentín Alsina, Notas al *Facundo*, Nota 2ª, en *Facundo*, ed. de Alberto Palcos, Universidad Nacional de La Plata, 1938. "En su libro, que tantas y tan admirables cosas tiene, me parece entrever un defecto general —el de la exageración: creo que tiene mucha poesía, si no en las ideas, al menos en los modos de locución—. Usted no se propone escribir un romance ni una epopeya, sino una verdadera *historia* social, política y hasta militar a veces, de un período interesantísimo de la época contemporánea."

⁶ Se ha dicho —y es casi un lugar común— que *Facundo* es un panfleto. En efecto, los rasgos que encontramos en su prosa podrían también señalar el panfleto y eliminarnos el problema pues, en ese caso, *Facundo* perdería relieve literario y su funcionalidad sería tan grande que haría inútil nuestro trabajo. Lo panfletario que ha sido y es, sin embargo, secundario cubre uno solo de los aspectos declarados por el autor: no llega a sepultar las restantes connotaciones en ese impulso tan decidido que es el panfleto. Ni siquiera es una finalidad excluyente sino acompañante y puramente exterior, aunque tenga en su ayuda el permanente tono encendido propio de Sarmiento. La diferencia entre una obra literaria que contiene momentos o motivaciones panfletarias y un panfleto consiste, creo, en que éste se reduce a su finalidad propia y limitada, y consume en su beneficio toda la posibilidad de

Es decir que como Sarmiento se mueve simultáneamente en diversos planos intencionales, necesita transmitir nociones complejas para las cuales el lenguaje desnudo del dato o la interpretación no bastan⁷. Y esta formulación compleja solo puede darse existiendo un espíritu literario, es decir un temperamento para el cual en la expresión se condensa la mayor cantidad pensable de valores que no pueden, además, sino presentarse juntos porque el desequilibrio los perjudicaría. En esto consiste lo literario del *Facundo*, que es además su verdad máxima, aunque pueda discutirse si son adecuados o no los planteos o las soluciones que, considerando el contenido histórico y social, también propone⁸. Y si es literatura lo que hace al tratar de expresar nociones complejas, es sociología o historia cuando al vertir nociones simples, emplea como vehículo más adecuado para ser eficazmente docente una palabra expositiva, lisa, completa y encerrada.

Si en esta caracterización queda realmente comprendido el *Facundo*, la consecuencia que se desprende necesariamente es que el espíritu literario predomina en la

riqueza, diversificación, discrepancia y novedad mientras que aquella es abierta y carece, además de finalidad tan determinada.

⁷ Adolfo Prieto. *La literatura autobiográfica argentina*, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 1962, p. 67: "Y, sobre todo, conspiraba contra esa integración el sistema racional con el que operaba en el plano lúcido de la conciencia. Al patriotismo, instancia propuesta por los hombres de Mayo, Sarmiento agrega la Ilustración. Pero una Ilustración que quiere y debe actuar sobre la realidad circundante, sobre los demás. Sarmiento utiliza la política como medio de obtener el poder, y el poder como medio de imponer el sistema ideológico de la Ilustración. Desarrolla su vida entera en torno a estos propósitos, movido tanto por convicción intelectual como por los resortes internos que obligan a su voluntad a una notable apetencia de acción, a estar en las cosas, a aborrlarlas, a destacarse sobre ellas." (S.p.n.)

⁸ Ezequiel Martínez Estrada. *Sarmiento*, Buenos Aires, Argos, 1946, p. 145: "Son los que se benefician con la mentira y con la confabulación del silencio, quienes entienden que *Facundo* no es historia ni sociología, sino novela de costumbres, ignorando además que justamente la novela de costumbres es la historia y la sociología verdaderas." ¿Identificación tal vez con Sarmiento?

obra y la califica porque, ya se sabe, valoriza la carga que reside en la palabra, el modo específico de la palabra de significar cuando es tratada con espíritu literario⁹. Es por lo tanto factible realizar sobre esta obra como sobre cualquier otra un análisis textual con métodos propios de la investigación literaria, trabajo que podría, tal vez, facilitar la captación del pensamiento de Sarmiento, el pensamiento profundamente implicado que a veces corre por debajo y en un nivel diferente al formulado programáticamente¹⁰. Desde una perspectiva teórica, revisar este texto como se revisa cualquier otro texto literario, ateniéndose a los matices expresivos, puede mostrarnos un Sarmiento tal vez diferente del que surge de sus propias declaraciones o de la imagen que los críticos han preparado. Pero los elementos que componen esta imagen subterránea de lo que Sarmiento quiere decir, no están necesariamente contrapuestos a aquello que el escritor preconiza en un plano abierto: a veces coinciden los significados de la expresión con las declaraciones sociológicas, polémicas o históricas. Pero éstas, casi siempre, si no son totalmente ambiguas, surgen ya muy condicionadas por objetivos de política inmediata a la cual rendía tributo menoscabando no pocas veces sectores importantes de verdad¹¹. Pero hay en Sarmiento una inflexible

⁹ Maurice Blanchot, *La Part du feu*, Paris, Gallimard, 1948, p. 84: "Se verá, en consecuencia, que por más prosaica que sea la prosa y por más cercana a la vida trivial que sea la historia, su lenguaje sufre una transformación radical, porque invita al lector a advertir en las mismas palabras la comprensión de lo que ocurre en el mundo que se le propone y cuya realidad es ser objeto de un relato."

¹⁰ Carlos Albarracín Sarmiento, *Humanidades*, t. XXXVII, Vol. 2, Universidad Nacional de La Plata, p. 33: "Lo implícito es, a menudo, más significativo del pensamiento del autor que lo enunciado explícitamente; las entrelíneas, más expresivas que los enunciados; el intento más revelador que la intención". (N. de C.A.S.: sobre *intento* e *intención* véase el cap. 16, "The book: the romantic", del libro de Bunkley.)

¹¹ Son sumamente interesantes las informaciones que proporciona el recientemente publicado *Archivo del Brigadier General Juan Facundo Quiroga*, en edición del Departamento Editorial de

fibra de escritor que lo muestra por entero, ya sea porque en la medida en que escribe no puede ocultar su interioridad, ya porque asume concretamente esa condición y todo lo que no sea expresarse se torna ficticio, lateral y objeto de descarte para nosotros, cuando no modelo para advertir los manejos de su mala fe. En la expresión, pues, pueden aparecer elementos, si no totalmente inesperados, por lo menos algo desconcertantes respecto de su idea del país y de sus problemas principales. Y lo que aparezca puede servir a dos finalidades antagónicas, correlativas de aquella: la primera, reivindicar un nuevo Sarmiento, de regreso del mito liberal; la segunda, condenarlo por la genial duplicidad y sus trascendentes consecuencias.

Aceptada la existencia de esta riqueza del texto y antes de aplicarle un método organizado para descubrirlo, pero con el objeto de ir entrando en la finalidad de este trabajo, conviene hacer un resumen estructural de la obra, cuyo pivote es la contraposición, modo de pensamiento y método expresivo heredado del romanticismo. Digamos para empezar que a partir de los notorios conceptos de "Civilización" y "Barbarie" intenta penetrar en el fondo de los conflictos nacionales¹². No sólo utilizará esa contraposición para explicarse, sino que, al ser la más importante, será el vehículo de otras mediante las que sale del

la Universidad de Buenos Aires, preparada y presentada por Ricardo Caillet Bois. A este depósito se puede recurrir con comodidad para conocer la versión que de numerosos episodios de la vida de Quiroga, tomados por Sarmiento, tuvieron los contemporáneos del caudillo. La comparación, si se da fe a los documentos, permite conjeturar que el prócer torció acontecimientos, modificó sentidos, corrigió tradiciones para lograr el fin perseguido, la ejemplificación moral y política.

¹² Para tener una idea de la importancia que Sarmiento atribuía a estos conceptos, basta recordar que en su primera edición el libro se titulaba: "Civilización y Barbarie" y como subtítulo llevaba: "Vida de Juan Facundo Quiroga". Conviene recordar, también que el punto de partida de esta oposición inicial y tan importante en el desarrollo dialéctico de toda la obra, puede hallarse en el concepto del papel trascendental de la guerra elaborado por Víctor Cousin quien, a su vez, lo tomó de Hegel. (Cf. Orgaz, *Sociología Argentina*, t. II, p. 306).

terreno conceptual para llegar al de los concretos y construir su sistema. Para entender cómo están contrapuestas diversas realidades nacionales y cómo ello es causa y explicación de la guerra civil, acude a conceptos que encierran simultáneamente ámbitos y personajes en quienes encarnarse. Así, "Civilización" es un término necesario para saber qué es y significa para el país "la ciudad"; "barbarie" para saber qué es y significa "la campaña". Por idéntico pasaje, unitarios u hombres formados a la europea se enfrentan a los caudillos. Las encarnaciones se hacen, pues, necesarias e inversas en relación con el punto de partida: Facundo es el tipo del Caudillo, luego es el representante de la campaña, finalmente la imagen misma de la barbarie; del otro lado, el General Paz es el militar europeo por excelencia¹³, en consecuencia es el representante cabal de lo que es la ciudad y, por fin, la imagen misma de la civilización.

Este esquema, por sumario que sea, puede haber sido el núcleo esencial de su sistema racional, el cañamazo sobre el cual pudieron haberse agregado complementaciones de orden histórico que, a modo de verificaciones, Sarmiento organizó; por cierto que la estructura interior, e íntima del libro va mucho más lejos que el esquema sumario, aunque la máxima complejidad surge de los iniciales conjugantes indicados en el resumen. Veamos cómo se opera la modificación. Al principio dialéctico contenido en la técnica de las oposiciones, debe atribuirse la complicación del esquema inicial¹⁴, deshecho y en cierto sentido

¹³ Sarmiento, ed. cit. *Facundo*, p. 171: "Paz es militar a la europea, no cree en el valor solo si no se subordina a la táctica, a la estrategia y a la disciplina. . . Es el espíritu guerrero de la Europa hasta en el arma en que ha servido: es artillero. . ."

¹⁴ Origen hegeliano del sistema, pero con diferente culminación; mientras Hegel persigue una síntesis superior, un grado más avanzado de realidad (espíritu) como resultado del enfrentamiento de los contrarios, Sarmiento plantea dilemas frente a los cuales se decide optando por uno de los términos de la oposición, aunque de pronto parezca sensible a cierto traspaso histórico de roles. Cuando señala que Rosas ha realizado en cierto sentido el programa rivadaviano parece muy dialéctico, pero en verdad propone

desconcertado en el momento en que Sarmiento necesitó empezar a tener en cuenta elementos y personajes de la realidad que, contra su voluntad de tipificación, no se daban tan dócilmente como en una primera instancia ni como convenía a sus fines. De este modo, se vio arrastrado a hacer oposiciones dentro de las categorías y, lo que es más importante, a no considerar tan rigidamente los andariveles ideológicos de los cuales se ayudó para partir. Precisemos más las cosas: al aparecer en escena Rosas, que también es un caudillo y por lo tanto también un militante de la barbarie, se ve obligado a ciertas puntualizaciones sobre su origen, modo de ser, línea política, talento personal. De ahí sale, necesariamente, el enfrentamiento con Facundo de quien, como se recordará de la célebre Introducción, exigía que le develara el secreto de los males que agobian al país. Del mismo modo se comporta con otro paradigma, el General La Madrid (o Madrid) y aun, por qué no, con el mismo Rivadavia que recurre a Facundo, rey de la selva, para tratar de imponer la Constitución de 1826, indiscutible estatuto del progreso, por lo menos para Sarmiento. Vemos, en consecuencia, cómo el esquema inicial del Facundo se enrevesa; su modificación o intrincación proceden ciertamente de los mecanismos propios de la realidad observada cuya presión, no obstante, emana de descripciones que tienen un aire marginal o insignificante si se las examina desde el ángulo de las primeras, primordiales y enfáticas oposiciones. Estas instancias son las políticas y económicas: Sarmiento las considera, es cierto, y a veces desde un sector de observación muy concreto, pero no parece vislumbrar el grado real de su incidencia, es decir de la fuerza modificatoria que sobre lo más íntimo de su expresión han ejercido. Ello por cierto no impide sino que al contrario favorece un desencadenamiento de nuevas figuras que dejan muy por atrás en riqueza y penetración al esquema que sirvió de punto de partida.

Ahora bien, dentro de las correlativas oposiciones, pero esta vez con la carga de modificantes de orden político

un repudio al programa rivadaviano realizado por Rosas, sentimiento que no estaría connotado si estuviera comentando que Rivadavia lo realizó.

y de peso económico anotados, aparece una pareja de opuestos que se va insinuando prácticamente desde el principio del libro y hasta el final, casi siempre en forma indirecta, pero cuya presencia es incuestionable. La contraposición es entre Buenos Aires y el interior del país, sentida más que definida como el problema por excelencia de la nacionalidad. Dicho juego sale a luz claramente de cuando en cuando, aunque lo más frecuente es que permanezca soterrado por los restantes, profusos y complicados términos de contraste, más manuales tal vez, o, simplemente, más al alcance del concepto y por ello más eficaces en relación con el general objetivo de convencimiento. Lateralmente digamos que esta nueva y resultante oposición, en la medida en que se muestra, por más indirecta y tenue que sea su presentación, exhibe otra faceta de la capacidad de Sarmiento de traducir a términos de realidad concreta, conflictos vividos intuitivamente por sus contemporáneos¹⁵; por otra parte, esto ratifica su ya aceptada profundidad de visión puesto que, de haber realmente expresado un conflicto, habría acertado antes que nadie en una formulación que solo mucho después empezaría a ser corriente y que, hasta él, parecía carecer de consistencia en un plano declarativo, como base de explicaciones o justificaciones históricas, si se descuenta, desde luego, todo el sistema de planteos o posiciones de los caudillos, especialmente a partir de Artigas¹⁶. Como si

¹⁵ Juan Luis Guerrero, *Tres temas de filosofía argentina en las entrañas del Facundo*, Buenos Aires, 1945. En esta conferencia, Guerrero señala que la estructura, tripartición, del *Facundo* responde, por una parte, a los conceptos manejados por el Iluminismo y por el Romanticismo acerca del Hombre, Mundo y Nación; y, por otra, muestra cómo Sarmiento los supera al conferirles a cada uno de ellos un carácter concreto, relativo a la realidad.

¹⁶ El conflicto Buenos Aires - interior es de antigua data; estalla con la caída de Rosas y la configuración, esta vez clara, del partido porteño. Es decir, sale argumentalmente a la luz entonces aunque reposaba en el fondo de todas las conductas políticas del país. La Constitución de 1853 consagra el sentido del levantamiento de Urquiza: capitalizar Buenos Aires. A partir de esa evidencia, aparecen conflictos que se manifiestan en todos los

los problemas que conmueven a una colectividad —lo fáctico— necesitaran de un tiempo para precisarse y pasar al nivel de la conciencia de sus integrantes, las conductas que motivan, confunden a los inmaduros intérpretes que al tratar de explicarlas como pueden, apelan a elementos de juicio que, o son accesorios, o permanecen en el marco de las consecuencias. Es decir que los verdaderos términos de un problema que se viene gestando no se recortan con toda nitidez desde que empiezan a manifestarse en hechos. Consecuencia de ello es que las expresiones que de él hayan podido producirse carecen de tono, sirven solo como antecedente, ocultan su riqueza y confunden las interpretaciones. Por eso, que Sarmiento haya llegado a advertir ese básico conflicto y a expresarlo con certera captación histórica le confiere un mérito muy grande, al menos en cuanto a que nadie antes que él, en su sector, lo había visto, aceptado y expresado en todos sus alcances y menos adjudicado, tanta trascendencia. Pero no es solo eso; gracias a la formulación de este conflicto, Sarmiento se evidencia como un testigo lúcido del presente, pero también ve cómo este presente se proyecta en el futuro en un plano de sentidos que a veces aparecen adulterados como consecuencia de sus también decididos mecanismos de intencionalidad¹⁷.

No obstante, quisiera que quede claro, una vez más, que no hay una exposición sistemática del conflicto Buenos Aires - interior. A veces aparece en el texto la punta de una afirmación de tipo conceptual, pero lo cons-

órdenes. Habiéndolos anticipado en su *Facundo*, Sarmiento vuelve a encontrar una fórmula de solución con su "Provinciano en Buenos Aires, porteño en las provincias, argentino en todas partes". *Argirópolis* representa una concesión en esa neutralidad, pues trae la propuesta de que la capital esté instalada en otra parte, lo cual significa inclinarse en ese momento por el partido porteño, enemigo de ceder Buenos Aires para Capital de la Nación.

¹⁷ Es casi obvio señalar que al atribuir a Sarmiento un relevante papel en relación con la expresión del conflicto Buenos Aires - interior, nos estamos reduciendo a la problemática de un sector de la vida política argentina, el liberalismo, cuya versión necesitamos examinar para modificar, pero que, justamente por eso, debemos tener en cuenta y, por qué no, también asumir.

tante se da en el plano puramente literario, en lo que dentro de nuestra terminología podríamos denominar la intencionalidad de conjunto. Ahora se explica por qué sentimos la necesidad de precisar en qué sentido era literario el *Facundo*. Pues bien, de esa expresión tan compleja trataré de sacar elementos de juicio para probar que en el espíritu de Sarmiento la oposición Buenos Aires - interior estaba ya perfectamente formulada, pero no solo eso, que sería un mero capítulo de su intuición sociológica, sino también que frente a ella tomaba claro partido por uno de sus términos, por el interior. Este anticipo de conclusión puede sorprender; es preciso, en consecuencia, aclarar sus alcances. Por un lado, se justifica la afirmación porque en la intimidad de su conocimiento y a pesar de su muy cantado universalismo, Sarmiento tenía bien en cuenta elementos tal vez más profundos que los políticos o culturalistas en los que tan cómodamente se emplazaba, y sentía, por contraste, dramáticamente, el conflicto en todos sus alcances y en toda su verdad. Si podemos atribuirle, sin forzarlo, esta lucidez, cabe preguntarse cómo en definitiva no superó la contradicción. Lo más probable es que no lo quiso, no que no pudo, es decir que eligió en función de una mala fe intelectual proveniente de un sistema tal vez coherente, pero cerradamente condicionado por fines políticos. Persistir en el ocultamiento de un tipo de verdad que proviene de la experiencia y el sentimiento en favor de un aparato ideológico exterior, no puede sino ser calificado como mala fe, por más entusiasmo que se ponga en el mantenimiento de la disgregación, por más genialidad que intervenga en la configuración de la dicotomía. Lo que puede discutirse es, acaso, la existencia de fondo, que Sarmiento haya tenido la experiencia y el sentimiento que le atribuimos. Eso vendrá a consecuencia del análisis que hagamos en particular, pero antes señalamos que, dejando de lado lo que puede dar un examen de la expresión, su método histórico tan claramente asumido parece enfrentarse con el cuadro de ideales inmediatos —derrocamiento de Rosas— en cuya realización tanto énfasis ponía y a los que quería conectar, en contra acaso de lo exigible por su finalismo historicista, con el objetivo de la unificación y equilibrio de la Argentina, que viene, a modo de síntesis, a coronar su sistema prometeico.

Una vez establecido esto, corresponde ver cómo se va configurando en su escritura concreta la expresión de su ánimo frente a tan esenciales cuestiones, cómo va tomando partido y cómo esta decisión es bloqueada por lo intelectual.

Dijimos más arriba que las antítesis básicas daban lugar a contraposiciones derivadas que acomplejaban el cuadro de los contrastes y relativizaban ciertos valores considerados inicialmente como modulares del sistema de Sarmiento. Veremos cómo funcionan estas nuevas parejas de contrarios y qué puede extraerse de los rasgos expresivos. Las parejas se van organizando con una perspectiva constructivista y cada una de ellas permite a veces que de uno de sus términos emerjan otras. De tal modo, podría decirse que de la primera y confesada contraposición, Civilización y Barbarie, se desprende, al hacerse la descripción de cada uno de estos términos y como resultado de la tendencia a poner sus cuadros en la realidad, la de ciudad contra campaña; pero, simultáneamente, se recurre en la argumentación a esta otra oposición: Europa contra América; aquí interviene el método historicista y lo americano viene a ser una resultante, de donde en realidad el contraste es entre Europa (Francia e Inglaterra) y España; este desvío permite encontrar una primera gran oposición derivada: Buenos Aires contra Córdoba, en la medida en que aquella representa lo europeo y ésta lo español; pero a esto no queda reducido el sistema: Buenos Aires ha permitido que la campaña la invada de modo que los términos se invierten: Montevideo contra Buenos Aires, es decir los exiliados y los unitarios contra lo que reina en el país, o sea Rosas. Al introducir factores concretos advierte que Buenos Aires ha cambiado en sus designios culturalistas, pero no en sus hábitos económicos y políticos, de modo que debe recurrir a esta otra oposición: Buenos Aires contra el interior, enfrentamiento que, de acuerdo con oposiciones anteriores, engendra a su vez conflictos de elementos internos contenidos en cada término: restos hispánicos contra conceptos progresistas y modernos. Pero aquí aparece una especie de síntesis, una formulación que fija un sentimiento contra la vertiginosidad del mecanismo anterior: el interior es por lo menos desdichado por cuanto la poderosa Buenos Aires le provoca sangría en

lugar de acudir en su ayuda y colaborar en su progreso. Volviendo a las antinomias, se observan también en el campo político en correspondencia con lo cultural y lo social: unitarios contra federales; pero estos últimos no son todos iguales: hay federales netos y "lomos negros" y la falta de acuerdo o la política disgregatoria de unos u otros, es tanto causa de la guerra civil como la enemistad con los unitarios que tienen que aceptar la aparición de una nueva generación o decidir rechazarla y combatirla; ese factor es causa de las discrepancias que debilitan la coherencia de las campañas militares y provoca gran número de desastres. Como culminación de los encadenamientos se hace notar que el federalismo de Buenos Aires, no es como el federalismo de los pueblos del interior; por otra parte, si bien los unitarios son porteños, hay también unitarios en las provincias, lo cual diversifica, aunque más no sea, los puntos de vista. Si de aquí pasamos al orden humano veremos que el General La Madrid oscila entre la táctica europea y la criolla, y que muere en esta indecisión; sus métodos, por otra parte, no parecen demasiado diferentes a los de Facundo; en cuanto a éste, aparece recortado, en contraposición con el general Paz; pero no permanece sino que, a medida que intervienen otros conceptos, pasa a oponerse a Rosas para llegar, finalmente, a enfrentarse consigo mismo¹⁸, en una dramática vigencia de la idea del ambiente como productor de tipos esenciales, como gran causa de diferencias individuales y aun

¹⁸ Este encuentro de Facundo consigo mismo es una imagen muy socorrida en los comentaristas. Algunos la atribuyen a la admiración que sentía Sarmiento —gaucho intelectual— por su personaje. Yo creo que la imagen surge de la situación concreta: Facundo en Los Llanos es una cosa y otra muy diferente en Buenos Aires; son Los Llanos o Buenos Aires quienes imprimen rasgos diferenciales u opuestos. He anotado esta explicación para quitar hermetismo al texto, aunque más adelante analizo las formas empleadas por Sarmiento para marcar estos contrastes y sus referencias. Por otra parte, ese nuevo Facundo se insinúa también antes de llegar a Buenos Aires. De encontrar esta figura trata parte de este ensayo. De todos modos, esa presunta admiración puede tener dos fuentes: la "gideana" del personaje que se apodera del autor o el tributo retórico a una idea preliminar, del "grande hombre", grande en el mal.

de cambios en un mismo sujeto¹⁹. Esta oposición, en cierto sentido culminante de todo el sistema, es la que nos servirá de base para demostrar la idea principal, a saber que el conflicto raigal del *Facundo* es la lucha entre Buenos Aires y el interior, por el cual Sarmiento toma íntimamente partido aunque políticamente rechaza tal posibilidad. Para determinar cómo puede Facundo oponerse a sí mismo es preciso trazar su imagen interior, tal como viene configurada en el texto²⁰. Para ello conviene dividir dicha imagen en dos, que resultan enfrentadas. Empecemos por la primera de ellas.

¹⁹ Estas oposiciones no se dan ordenadas; se pueden obtener del libro en su conjunto y armonizando expresiones que a veces aparecen distanciadas; a veces, también, ciertas expresiones aparecen enfrentadas a conceptos cuyos verdaderos oponentes se encuentran en otras partes.

²⁰ El método que se aplicará en los capítulos que siguen, se apoya en la estructura del texto (su organización y sus materiales). Una vez presentados o indicados se trata de verificar cuáles son sus significaciones. Los materiales se analizan teniendo en cuenta los conjuntos y los contextos considerando, desde luego, las referencias conceptuales, políticas, históricas e intencionales que arrastran. En alguna medida —ya se verá— este método, que no es estadístico, podría asemejarse a alguna aplicación de la estilística, siempre que se excluya de esta designación la pretensión de hallar valores absolutos indicados por las palabras. Prefiero, en todo caso, llamar al método "expresivo" o análisis de la expresión, es decir de la totalidad.

I. IMAGEN PRIMERA DE FACUNDO

Empezamos con la famosa invocación inicial:

"Sombra terrible de Facundo ¡voy a evocarte, para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo!"²¹

El primer acercamiento a esta frase se realiza por medio de una exclamación que introduce un tono determinado. Si la exclamación careciera de sostén significativo, podría ser entendida como un mero gesto; aun así, reducida a eso, muestra una voluntad exaltatoria que se trasciende y se precipita sobre las significaciones, obliga a tenerlas en cuenta y evita que se la considere un mero efectismo²². El sostén significativo, por su parte, se da en los dos campos más inmediatos, el de la sintaxis y el vocabulario

²¹ Las citas del *Facundo* corresponden a la edición preparada por Alberto Palcos, publicada en 1938 por la Universidad de La Plata.

²² Recordar la tradición literaria occidental de la invocación a los muertos. A Sarmiento le llega por vía de la lectura de los clásicos. Se encuentran invocaciones en Homero y en Virgilio; se llama a los muertos para que expliquen el sentido de nuestro azaroso presente o nuestro turbio futuro.

del resto del trozo. Puede observarse una quiebra en la sintaxis desde el gerundio en adelante; hay una especie de cesura que aísla un primer sector compuesto de una mención y un correlativo que justifican, entre ambos, la invocación; y en ese orden, el tono y el sentido de este ordenamiento adquiere relieve sobre todo si se piensa en un ordenamiento diferente; la variante que propongo cae sin remedio en una conceptualización, lo cual quita fuerza emocional y por lo tanto carácter a la invocación ("voi a evocar la sombra terrible de Facundo", etcétera); sin contar con que de este modo es inevitable una suerte de logicidad, de razonabilidad programática incoativa. Y no es eso lo que trata de despertar Sarmiento.

El segundo sector se compone de una gran frase final interferida por cláusulas incidentales, que detienen el ritmo de la frase y lo entrecortan haciéndola palpitante a pesar del elevado carácter explicativo que tienen tanto una como las otras; precisamente, es paradójico y estilísticamente notable que haya conseguido desvirtuar el esperado pulso racional introducido por el "para qué" mediante frases que, gracias a su dirección explicativa, son de contenido igualmente racional: la racionalidad de la final sola habría podido manifestarse en un ritmo sostenido; con el aditamento de más racionalidad se obtiene una palpitación, un tono de urgencia, de necesidad, de seguimiento. Este carácter que es también un objetivo de la prosa del *Facundo* será constante y solo cambiará cuando las imágenes últimas que tienda a configurar sean también otras.

Veamos ahora si el vocabulario empleado refuerza los resultados del análisis sintáctico. Lo que ante todo llama la atención son los adjetivos: "terrible", "ensangrentado", "secretas", "internas"; pero si resaltan es porque tienen apoyaturas que implican la existencia de un sistema completo, y no de estallidos aislados, que persiguen ante todo la provocación. Véanse los sustantivos: "sombra", "polvo", "cenizas", "vida", "convulsiones", "entrañas", "pueblo"; y los verbos: "sacudiendo", "explicarnos", "desgarran". Los nexos que vinculan todas estas palabras pierden importancia porque están seleccionadas en relación con un efecto. Prescindamos de la clasificación preliminar y consideremos lo que tienen de común; en primer

lugar, sugieren vivacidad en el movimiento ("sacudiendo", "levantes", "convulsiones", "vida", "pueblo"); luego, ciertas correlaciones ("sombra", "secreto", "interno", "entrañas", "explicarnos" por un lado; "terrible", "ensangrentado"; "desgarran" por otro; "polvo", "cenizas", por otro); entre ambos órdenes, apoyados por cierto en el ritmo galopante del conjunto, se establece la intención expresiva. ¿Cuál es esta intención? Pues trazar con este conjunto de factores un primer retrato del biografiado, cuyos rasgos deben tener una orientación bien determinada, de una gran homogeneidad, en la medida en que la presentación de este carácter deberá obrar positivamente sobre el lector. Y el retrato resultará formado por los rasgos que salen de nuestras conclusiones: el ritmo galopante de toda la frase nos lleva a una idea de vivacidad que, según hemos visto, tiene su confirmación en algunos términos precisos, pero ésta no es una vivacidad genérica, sino muy peculiar, algo así como una pulsación que, naturalmente, se manifiesta rítmicamente, algo que nos propone la idea de la sangre; esta pre-imagen, también apoyada por palabras concretas, es fácilmente desglosable: si bien la sangre es expresión o forma de la vida es igualmente la prueba de la muerte. Entre uno y otro estadio, en el pasaje, se da una lucha cuyo carácter convulsivo escapa; igual que la marcha de la sangre, a lo que se puede entender como lo ordenado, es decir como lo racional, como lo que puede ser resultado de la voluntad consciente del hombre. Es decir que *Facundo* implica de entrada el irracionalismo, lo instintivo, y la vida que de estos rasgos puede desprenderse será sangrienta y mortífera, primitiva y misteriosa. Por lo tanto, si el personaje es eso, es lícito suponer que el escenario en que actúa debe corresponder a esa dimensión. Sarmiento mismo establece sistemáticamente esta relación en el primer capítulo, en virtud de sus presupuestos deterministas que en algún pasaje del libro trata de respaldar mediante una adhesión a la actitud científica²³.

²³ Sarmiento, *Facundo*, p. 11: "A la América del Sur en general, y a la República Argentina sobre todo, le ha hecho falta un Tocqueville, que premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octantes y brú-

Pero falta señalar otra conclusión: esa realidad instintiva, examinada a la luz de la perspectiva determinista, encierra al personaje en los límites de su condición, dentro de la que debería proceder sin contradicciones; pero su condición, como lo hemos dicho, procede de una relación necesaria de términos: instinto en un medio es lo que la describe, o sea, dicho en otros términos, que Facundo es un salvaje dentro de la selva o más bien, y esta es otra conjetura, porque existe la selva. Veremos luego si esta causalidad tiene asidero en el texto.

Antes, se puede adelantar otra conclusión: instinto se opone a razón y ambos, esquemáticamente, se combaten o por lo menos se tironean; pero en la medida en que razón puede describir a instinto, lo abarca y, por lo tanto, lo reconoce como formando parte de lo que es real.

Como se ve, las conclusiones que pueden extraerse del fragmento se organizan en diferentes niveles, a medida que se asume la mayor complejidad de cada una. Las últimas obtenidas son las que ahora interesa retener aunque acaso no sobrepasen el estadio caracterológico. Sea como fuere, podemos concluir que la personalidad de Facundo, según nos lo expresa Sarmiento, se desenvuelve entre estas resultantes: existencia de la selva, razón enemiga del instinto, instinto producto y expresión de la realidad. Estos andariveles hacen suponer que entre ellos se establecen relaciones cuyas variantes pueden permitirnos ampliar las perspectivas ideológicas. Así, por ejemplo, no es abusivo atribuir al cruce de estos conceptos que si por un lado no se puede negar el instinto, por otro se lo debe encauzar; que no se puede negar la realidad, pero que bien se la puede transformar²⁴.

Pero con estos rasgos no termina el retrato de Facundo; veamos cómo se completa. Pasemos por alto corroboraciones demasiado expresas (p. 10: "...provinciano, bárbaro,

julas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política, como en un campo vastísimo y aun no explorado ni descripto por la ciencia...")

²⁴ Cf. Guerrero y Prieto, op. cit., en cuanto al iluminismo que modifica, por residuo filosófico, el básico esquema romántico. Hay algo de fisiocrático en esa urgencia de acción: modelar con ayuda de la razón esa masa amorfa que es la naturaleza o la realidad.

valiente, audaz..."; p. 95: "...i no hai duda que con el temple de alma de que estaba dotado, con sus instintos de destrucción i carnicería...") y vayamos en cambio, directamente, a la descripción física del caudillo tal como nos la proporciona Sarmiento en p. 91:

"Facundo, pues, era de estatura baja y fornida; sus anchas espaldas sostenían sobre su cuello corto una cabeza bien formada, cubierta de pelo espesísimo, negro i ensortijado. Su cara un poco ovalada estaba hundida en medio de un bosque de pelo, a que correspondía una barba igualmente espesa, igualmente crespada i negra, que subía hasta los juanetes, bastante pronunciados para descubrir una voluntad firme i tenaz. Sus ojos negros, llenos de fuego i sombreados por pobladas cejas, causaban una sensación involuntaria de terror en aquellos en quienes alguna vez llegaban a fijarse; porque Facundo no miraba nunca de frente, i por hábito, por arte, por deseo de hacerse siempre temible, tenía de ordinario la cabeza inclinada, i miraba por entre las cejas, como el Ali - Bajá de Monvoisin."

Este pasaje, dejando de lado la incipiente práctica de la fisiognomía ("los juanetes, bastante pronunciados para descubrir una voluntad firme i tenaz...") tiene una entonación menos ardiente, menos sobrecogedora que la frase anterior seguramente por su intención descriptiva. El "pues" inicial detiene el ritmo y lo suaviza como preparando al lector para recibir detalles precisos y no vagas impresiones. Esos detalles tratan de mostrar toda la persona física de Facundo, pero en realidad solo giran en torno a su cabeza sin poderla abandonar. La cabeza de Facundo lo atrae poderosamente y para describirla la somete a una sólida y pesada elocuencia que resulta de la profusión de frases cortas, apenas alargadas por incidentales, salvo tal vez la última ("...porque Facundo no miraba...") que se precipita en una especie de necesidad de llegar a una comparación que siente como terminante.

El orden de presentación es riguroso, pero también obsesivo: quiere progresar en el retrato, pero vuelve constantemente a un tema en el cual reside toda la riqueza expresiva del fragmento: los pelos. Veamos: "cabeza bien formada, cubierta de pelo espesísimo, negro i ensortijado.

Su cara un poco ovalada, estaba hundida en medio de un bosque de pelo, a que correspondía una barba igualmente espesa, igualmente crespa i negra. . . sus ojos negros, llenos de fuego i sombreados por pobladas cejas. . . tenía de ordinario la cabeza siempre inclinada i miraba por entre las cejas. . ." Observemos que la adjetivación de cada sector de la cara es más bien modesta y genérica, acaso despreocupada, no en cuanto a la precisión sino a la agudeza descriptiva, a la riqueza expresiva: "cabeza bien formada", "cara un poco ovalada", "ojos llenos de fuego", "cabeza, siempre inclinada", mientras que lo relativo al pelo está cargado de energía: "pelo espesísimo, negro y ensortijado", "barba igualmente espesa, igualmente crespa i negra", "sombreados por pobladas cejas", "miraba por entre las cejas". En páginas posteriores vuelve sobre el asunto con la misma fuerza: "La melena de sus renegridos y ensortijados cabellos caía sobre su frente i sus ojos, en guedejas como las serpientes de la cabeza de Medusa" (p. 100). ¿Qué puede significar esta insistencia y la acentuación de lo capilar? Desde luego que en el valor que se le acuerda hay una certidumbre frenológica confesada por el propio Sarmiento, pero la reiteración indica algo mucho menos "científico"; hay en ella una carga expresiva que llama la atención y que voy a tratar de cercar.

El pelo, casi innecesario parece decirlo, es una de nuestras manifestaciones biológicas más irreductibles y de las que se suponen más ligadas a nuestro ser animal. Los hombres civilizados, cualquiera sea la cultura que hayan elaborado, tienen algo definido que hacer con el pelo ya sea porque tratan de disminuirlo, ya porque tratan de adornarlo y, en uno u otro caso, porque tratan de convertirlo en un elemento ornamental, secundario, no permitiéndole por lo general que invada zonas del físico en las que se quiere que resplandezca más la humanidad. Si, por el contrario, culturas desarrolladas en ciertas épocas le permiten no desaparecer es con idéntico objetivo: el pelo es organizado y se rinde en su excelencia, abundancia y cuidado, a un fin concebido como elevado desde un ángulo humano y espiritual. Cabría hacer el psicoanálisis del pelo para determinar los contenidos del tratamiento que nuestros patrones culturales exigen que le aplique-

mos²⁵. Bástenos señalar que el exceso de pelo, o su descuido, o ambas cosas en su conjunto, implica en primer lugar por lo general una agresión que encierra un rechazo a los lineamientos de la sociedad contra la que se dirige; para ello, no es preciso que tal sociedad tenga determinados fundamentos²⁶: el pelo suele manifestar al rebelde y al desordenado de donde emana de inmediato la idea de anarquía. Pero, ya se ha dicho, no todo desborde capilar implica necesariamente la anarquía, como por otra parte, ciertos excesos aspiran a una negatividad tan total que se confunden con la animalidad.

Ahora bien, en Facundo el pelo cubre toda la cabeza, tapa lo racional, exalta lo natural. Lo anárquico deviene, en consecuencia, animal, la agresividad tiene un resorte de bestialidad. Pero recordemos el énfasis acerca del pelo y su ubicación contrastante: al presionar o enmarcar órganos inteligentes con su exceso crea una sensación secundario, de "involuntario terror". La mención de la Medusa del segundo trozo aclara la intención inicial y la completa: el terror, la petrificación del contrario por la negativa a la razón. Resumiendo: a instinto, según lo establecido en el primer trozo analizado, se agregan animales y terror, todo lo cual compone la imagen de un ente cuya existencia constituye un peligro para el claro ordenamiento de la sociedad y de la vida desde el punto de vista de quien escribe.

²⁵ En un retrato hecho por Benjamín Franklin Rawson en 1845, Sarmiento aparece como todo lo contrario de lo que caracterizaría, según él, a Facundo, capilarmente hablando: la cara bien rasurada, las cejas casi finas y una cabellera abundante, pero cuidada, pues descubre las orejas, y una frente amplia y limpia, centrándose la expresividad del retrato en los ojos y en la frente. Esta comparación ratifica las ideas que se desprenden del análisis expresivo: Sarmiento, en busca de un orden, o ratificando el ya hallado, trata de traducir su adhesión o su proyecto en su aspecto personal. ¿Cómo en consecuencia, podía no haber sido sensible a un proyecto opuesto, enemigo?

²⁶ El más reciente y notorio caso de agresión por el pelo es el de la Revolución cubana; no obstante es concebible, si se piensa en los fundamentos ideológicos del régimen político, que los dirigentes soviéticos sean rapados y bien afeitados. No importa el tipo de orden que reine; el pelo desmesurado, evidente, va contra él.

Si las determinaciones a que he llegado en la anterior etapa configuran realmente valores que emanan de los resortes de la prosa de Sarmiento, en un párrafo algo posterior hay una confirmación que va de lo claramente expreso a lo que es, otra vez, estilísticamente expresivo. El párrafo está en la p. 112:

"Facundo, jenio bárbaro, se apodera de su país; las tradiciones de gobierno desaparecen, las formas se degradan, las leyes son un juguete en manos torpes; i en medio de esta destrucción efectuada por las pisadas de los caballos, nada se sustituye, nada se establece."

El aspecto directo es llevado a cabo en dos órdenes; por un lado, el carácter casi silogístico, encadenante, de las frases (el punto de partida es un hecho, una afirmación: "Facundo se apodera de su país", luego viene una serie de desprendimientos que si bien son consecuencias de aquel hecho, también son algo así como premisas menores: "las tradiciones de gobierno desaparecen, las formas se degradan, las leyes son un juguete en manos torpes"; hasta llegar a una verdadera conclusión: "nada se sustituye, nada se establece"); por el otro, la presencia de un vocabulario conceptual: "país, tradiciones, gobierno, formas, leyes"; este conjunto de palabras determina claramente un orden, fija un sentido bien determinado a la comunidad. Está bien claro, fija un sentido bien determinado a la comunidad. Está bien claro, pues, que Sarmiento, en un nivel de alta racionalidad, que incluye sintaxis y vocabulario, maneja conceptos acerca de cuyos límites no cabe duda: Facundo es enemigo de un orden, que es el republicano, y del cual Sarmiento es nítido partidario.

Hasta aquí en lo que concierne a lo expresamente dicho. Veamos el otro aspecto de la frase, desde el punto de vista expresivo. No todo el párrafo es igualmente rico: el vocabulario —y la decidida intención conceptual— provocan apreciables desniveles.

De todo el trozo vamos a extraer para el análisis el siguiente sector: "y en medio de esta destrucción efectuada por las pisadas de los caballos, nada se sustituye, nada se establece". Volvemos a encontrar el ritmo precipitante de la invocación, pero, además, la creación —o por lo

menos la sugerencia— de un ámbito físico apto para encarnar la imagen: las pisadas de los caballos necesitan, exigen, un campo adecuado para producirse, y que sólo puede ser la pampa o, lo que es lo mismo, los Llanos de La Rioja. En este ámbito, el ruido que provoca esa cabalgata ejerce un efecto muy conocido; decir "destrucción efectuada por las pisadas de los caballos" implica la visión del tropel atronador: son caballos al galope, que uno supone desatados y terribles, y cuya falta de control es comparable al instinto. Pero verlos en su carrera es todavía más sobrecogedor que imaginarlos: es el terror mismo que se mete bestialmente en el espíritu de quienes pueden ser pisoteados. ¿Y quiénes son éstos? Pues el país, las formas, las leyes, el gobierno con todo lo que estas palabras connotan de racionalidad. Pero, al llegar al remate del párrafo, emerge un verdadero caudal de ideas contradictorias y de imprevistos: "Y en medio de esta destrucción, nada se sustituye, nada se establece". Esta reiteración negativa está, creo, llena de sentido. Podría ser tal vez retórica, pero seguramente contiene algo más. "Nada se sustituye, nada se establece". Dos conceptos tan substantivos para oponer a la destrucción, implica por de pronto una relación: la destrucción —a causa de las pisadas de los caballos— es una situación tremenda, terrible, pero lo es al parecer en la medida en que es obstáculo para que algo cambie (la sustitución) o para que aparezcan cosas nuevas (el establecimiento) y si se recuerda que la destrucción era de "las tradiciones de gobierno, de las formas y de las leyes", concluiremos que dicha destrucción es terrible fundamentalmente porque no permite los cambios, porque es estéril. He aquí por lo tanto un matiz importante: el tono casi silogístico y altamente constitucional que se registraba en la primera consideración permitía entender que la realidad comprendida en "gobierno, formas y leyes" era imponente exclusivamente porque su destrucción era terrible; pero ahora vemos que no lo es tanto, y aun que tal destrucción bien podría no tomarse en cuenta siempre que hubiera un reemplazo cuyos requisitos no podían, evidentemente, ser satisfechos por Facundó. La reiteración es un completamiento, una búsqueda de apoyo, no porque haya una expresión imperfecta, sino porque la idea se ha presentado

como una salida imprevista, como un elemento nuevo que ha sorprendido al escritor y le ha exigido un refuerzo. Que esto pueda ser verosímil lo demuestra el carácter muy generalmente asertivo de la prosa que Sarmiento y, acaso, poco matizado. De modo, pues, que hay aquí una confirmación del retrato de Facundo pero, en su segundo aspecto, aparece una variante considerable como es la de la esterilidad de sus rasgos aunque, también, parecen tomarse en cuenta ciertas perspectivas que habrían podido darse en el caudillo a pesar de su carácter instintivo, animal y terrorífico.

Conviene volver sobre el inorgánico retrato para recoger más perfiles. Es fácil reconocer cómo otros rasgos se van añadiendo a la figura: "el carácter indomable" (p. 93), "el odio, la ignorancia" (p. 100); "la superstición" (p. 101), "la avaricia sin medida, sin escrúpulos" (p. 115), "el egoísmo" (p. 115). La resultante del conjunto es, por cierto, siniestra, pero no hay que creer que la figura es desdeñable, pequeña o menor. A cada momento, por el contrario, se indica la extraordinaria fuerza con que cada uno de estos rasgos está marcado, todo lo cual contribuye a la formación de un mito, acorde con el tipo de ejemplificación de que Sarmiento se vale para ser más demostrativo y eficaz²⁷. Y aun para establecer claramente que en el ataque que realiza hay un verdadero encuentro de titanes; idea tal vez megalómana, pero reencontrable en otras facetas del escritor²⁸. Hay expresiones, por otra

²⁷ Orgaz, op. cit., p. 293: "Hemos afirmado que la preferencia de Sarmiento por la biografía, veniale de su misma pasión por la praxis, esto es, del amor a la acción y del afán de adoctrinar; pero que, a la vez, encontró en la biografía de los hombres representativos de un país o de una época, un interés científico, nacido de considerar a tales hombres como los puntos de inserción de incontables relaciones, aspiraciones, ideales y prejuicios colectivos. Es la interpretación sociológica del caudillo, contenida en germen en la metafísica hegeliana, madurada por el psicologismo de Cousin y recogida por el grupo del Dogma Socialista."

²⁸ Alberto Palcos, *El Facundo*, Elevación, 1945, p. 44: "Se dirige a Rosas no como el gigante deseoso de aplastar a una víbora bajo sus pies, sino como el titán de la civilización que desafía al titán semibárbaro".

parte, que muestran un pasaje del vituperio al mito; veamos ésta de la p. 93:

"cada vez más sombrío, más imperioso, más selvático, la pasión del juego, la pasión de las almas rudas que necesitan fuertes sacudimientos para salir del sopor que las adormeciera, dominarlo irresistiblemente desde la edad de quince años".

El tema del juego, que aparece como punto de referencia exterior, se repite en la p. 94:

"porque en Facundo el juego era una pasión feroz, ardiente, que le reseca las entrañas".

Este tema tiene gran interés. El juego, por su carácter "feroz, ardiente, que le reseca las entrañas", indica por de pronto una sobresaliente dimensión, poco común, que se supone adecuada al sujeto; *contrario sensu*, no parece propio de un hombre de la talla de Facundo entregarse con timidez al juego. Para una figura caracterizada por rasgos tales como instinto, animalidad, terror, indomabilidad, odio, ignorancia, superstición, avaricia y egoísmo, el juego, en la medida en que define cierta actitud, cierta disposición frente a la vida, progresa en su significación hasta los límites extremos de sus posibilidades. Puesto que en el juego se puede perder, ese riesgo deviene de muerte, salida que Facundo acepta, casi expresamente, aceptando, por otra parte, la posibilidad de ser devorado totalmente por él²⁹. En la tensión de su personalidad no caben reti-

²⁹ Desde el punto de vista de la historia de la literatura, el juego aparece como un motivo muy característico de la literatura hispanoamericana; no es el juego de azar (ruleta) de que tantas muestras da la literatura europea, sino el juego de habilidad o de astucia, el que exige una mano. Según Noël Salomón es una constante de la llamada "novela de la tierra" del siglo XX y se vincula, como una categoría posible, al mundo de irracionalidad emergente de sociedades inestables, donde la relación con la naturaleza es la fuente del oficio, de la economía y de la idea del mundo, y donde lo cotidiano está signado por un acechamiento constante, por un riesgo presente y aceptado. Cf. desde *Canaima* de Rómulo Gallegos, hasta Jorge Luis Borges, *El truco*.

cencias ni prevenciones: cada acto de la vida, cada pasión, es vivida eléctricamente con la asunción de sus consecuencias últimas, por más perversas que puedan resultar. Hay que recordar las palabras de Sarmiento: "domínalo irresistiblemente". Pero, por otro lado, afirma que el juego es "la pasión de las almas rudas que necesitan fuertes sacudimientos para salir del sopor que las adormeciera". Facundo es indudablemente el representante de esas "almas rudas", pero no hay que olvidar que es el prototipo engendrado por la pampa. El "sopor que las adormeciera" proviene, en consecuencia, de la campaña, que está ella misma adormecida y adormece las almas, porque no puede proporcionar estímulos. Para explicar esta situación de la campaña, puede sernos útil un recuerdo ligero, un contacto apenas, un argumento histórico: es a causa de la forma española de colonizarla que la campaña está dormida e impregna de sopor a sus habitantes; pero también cabe esta pregunta: ¿por qué la campaña continúa adormecida? ¿qué o quién la adormece? Es decir, ¿qué o quién le impide llegar al estadio de la vivacidad, de la vigilia, de la humanización en el cual el hombre en general, y las almas rudas en particular, no necesitan del juego, o sea de la pasión por la muerte, para despertarse? Queda abierto el interrogante. La respuesta posible, conjetural, no puede ser tan cerrada como el primer determinismo de Sarmiento. Trataremos más adelante de ver cómo la podemos constituir.

De modo que el mito, al articularse y erigirse, deja ver rasgos más complejos, que están en capas de fondo de la personalidad del personaje.

En el pasaje de la p. 98, el mito surge a partir del terror:

"i ostenta en los Llanos, entre los gauchos, los nuevos títulos que justifican el terror que ya empieza a inspirar su nombre; porque hai algo de importante, algo que subyuga i domina en el premiado asesino de catorce hombres a la vez".

Adviértase la inflexión un poco imprevista que ofrece el "porque", que juega como pivote de dos ideas no demasiado encadenadas lógicamente, como si hubiera sentido la necesidad de dar un salto de un plano descriptivo a otro

que está más abajo de la pintura, con el objeto de comunicar esa intuición, un ramalazo de captación irracional de algo de Facundo. Pero veamos el juego interno de los elementos contenidos en el pasaje: los demás reconocen esa imponencia de Facundo seguramente porque, ganados por la seducción la consideran legítima, indiscutible, surgida de los mismos elementos que lo hacen a ellos básicamente iguales, pero individualmente inferiores, obligados a someterse, necesitados de seguir el destino del caudillo sin ninguna rebeldía. La interpretación de ese mecanismo de adhesión a alguien que siendo igual, es superior y representativo, tiene su fuente en ideas de Cousin adaptadas con mucha originalidad por Sarmiento. Es una aplicación del problema de la función histórica del "gran hombre". En otros pasajes esa representatividad es declarada, pero interesa ver cómo ha sido expresada subliminariamente³⁰.

Ser caudillo pues, implica reunir en una persona un haz de connotaciones complejas, razón por la cual no es de desdeñar la aparición de este fenómeno social; al contrario ser caudillo es una condición exaltada en la que empiezan a pugnar dos fuerzas igualmente poderosas, la relación representativa con el medio y la posibilidad de la libertad. Este encuentro es posible en el nivel del grande hombre, aquel que rompe el determinismo, porque el hombre común, según la teoría aplicada por Sarmiento, está ahogado por el medio, está hundido en él, es pura representatividad.

El conflicto entre representatividad y libertad juega un papel muy grande en el pensamiento de Sarmiento que configura por separado cada uno de sus términos. Todo el esfuerzo de construcción del mito gira en torno a la representatividad, pero hay trozos en los que se insinúa que existe libertad en Facundo frente al determinismo en el que el propio Sarmiento lo instaló: esta libertad, por otra

³⁰ Cf. Orgaz, op., cit., p. 315: "Decíamos ahora, prosaicamente, sin sombra de misticismo heroico, que el hombre representativo es, desde el punto de vista biológico, resultado de una variación específica útil (faz individual y subjetiva); pero desde el punto de vista sociológico, se sigue considerando, al hombre representativo, como la condensación más alta y perfecta de una atmósfera de creencias, anhelos e impulsiones generales (faz objetiva del grande hombre)".

parte, es ejercitada por el personaje en un sentido inesperadamente humano, sorprendentemente poco instintivo. Así, por ejemplo, en la p. 94, Sarmiento dice:

“¿Qué causas hacen a este hombre criado en una casa decente, hijo de un hombre acomodado y virtuoso, descender a la condición del gañán, i en ella escojer el trabajo más estúpido, más brutal, en el que solo entra la fuerza física i la tenacidad?”

Esta pregunta se refiere a la época de peón errante de Quiroga, experiencia de la cual éste, según Sarmiento, se vanagloriaba después. De inmediato, Sarmiento da una respuesta que no por irónica deja de ser superficial, en la cual no parece creer excesivamente: “¿Será que el tapiador gana doble sueldo i que se da prisa para juntar un poco de dinero?” Evidentemente, no es esta una información demasiado precisa ni vale tampoco como conjetura, pero la tomo en consideración en cuanto indica una voluntad de razonamiento, una súbita preocupación por proporcionar causas; aquí, el impulso de razonar no es realmente satisfecho y Sarmiento se contenta con apuntar apenas un motivo, y aún de manera poco firme, poco segura. Pero debe buscar “causas justas” son la clave de su sistema, hasta un punto tal que la ausencia de ellas deteriora el planteo determinista, tan perfilado, tan enunciado al principio. Entonces: esta contradicción de un hijo bruto salido de un hogar decente, demasiado someramente explicada, constituye ya una pauta para comprender que hay un separación un desprendimiento respecto del determinismo. Y este margen está cubierto por las expresiones figuradas del tipo “pero no obstante tenía ciertas condiciones” que son como grietas estilísticas por las que se filtran afirmaciones que empiezan a atentar contra la homogeneidad del retrato proporcionado y que pueden llegar, a partir no obstante del mito a trazar una imagen nueva, totalmente diferente de la que se intentaba configurar. Creo que este razonamiento es lícito porque Sarmiento no hace psicología, zona en la que residirían explicaciones para la excepción; su teoría del medio, si se considera la presencia de lo psicológico se atenúa, pero no tanto como para hacer trastabillar la fe en ella.

Este es el sentido que tiene la expresión de la p. 100: “en todos sus actos mostrábase el hombre bestia aún, sin ser por eso estúpido”, en la cual no hay simplemente una concesión y mucho menos una humorada, sino quizá el comienzo de la consideración del enemigo, el principio de un reconocimiento que puede llevar a admisiones totalmente imprevistas. Las mismas conclusiones pueden extraerse de esta frase de la p. 101:

“ignorante, rodéabase de misterios i haciéndose impenetrable, valiéndose de una sagacidad natural, una capacidad de observación no común, i de la credulidad del vulgo, fingía una presciencia de los acontecimientos, que le daba prestigio i reputación entre las jentes vulgares”.

Obsérvese lo sostenido que está el núcleo central de la frase (“fingía una presciencia de los acontecimientos”): son seis expresiones que, puestas en un orden gradual, van señalando un pasaje de lo negativo con aumento en la fuerza expresiva a medida que se llega al centro. Un primer concepto se presenta desnudo (“ignorante”), luego comienza una transición referida a los procedimientos, métodos o recursos empleados a designio por Facundo, para dar más relieve a su personalidad silvestre (“rodéabase de misterios i haciéndose impenetrable”); a continuación cambia el terreno pues trata de destacar condiciones, calidades, o méritos; la adjetivación empieza a apretarse cubriendo con gran puntualidad los rasgos destacables (“sagacidad natural, capacidad de observación no común”). De esta objetividad, no tergiversada por ninguna discordancia resulta una concentración mayor de intencionalidad, una sobrecarga de significación que puede indicar una verdadera estima, no quizás un mérito pero si un conjunto de facultades apreciables o, por lo menos, sorprendivas. Esta impresión se corrobora mediante la presencia de la expresión “i de la credulidad del vulgo”, en la medida en que ésta es como la base de realidad sobre la cual operan aquellas condiciones, una suerte de ajuste entre la actividad subjetiva y su objetividad más propia. *A posteriori*, la positividad se deteriora; la expresión “prestigio y reputación entre las jentes vulgares” es como un tope de índole científica —o de sentido común— frente al exceso en los conceptos o los

reconocimientos; es una relativización de índole intelectual respecto de afirmaciones que, por demasiado rotundas, pueden desequilibrar en contra los elementos integrantes de la pintura.

La prosecución del análisis en el sentido en que lo he hecho hasta aquí permitiría hallar a lo largo de todo el libro numerosos refuerzos de la idea que estoy tratando de precisar. No creo pertinente insistir o abundar sobre este aspecto. Baste señalar, solamente, a modo de síntesis, lo que hemos encontrado hasta aquí trabajando con estos párrafos aislados³¹. En primer lugar, un retrato de Facundo compuesto de un conjunto de rasgos que derivan de su

³¹ El análisis hecho aquí se centra ciertamente, en párrafos aislados y aspira no obstante a conclusiones de orden general. Es evidente que esta forma de encarar el trabajo es peligrosa y limitada pero, si se trata de no perder de vista el texto, no se puede hacer otra cosa. Esta forma es peligrosa porque los trozos aquí considerados que pueden guardar una relación de aceptable coherencia, han podido ser elegidos dejando de lado tal vez otros, igualmente característicos, pero de sentido contrario; es limitada también, porque el texto es una unidad desde el principio al fin y cada párrafo contiene significados en relación con el resto. Pero, insisto, no se puede proceder sino así, corriendo los riesgos de interpretaciones condicionadas. No obstante los recortes metodológicos anteriores y dicho sea en mi descargo, es un hecho que así como el pensamiento está dibujado en el todo, debe también aparecer en sus partes. Un escritor se desarrolla a medida que escribe un libro y lo que gravita en su ánimo se traduce en cada momento. Teniendo en cuenta estos reparos teóricos y los argumentos que los satisfacen, me atrevo a afirmar que los trozos elegidos para el análisis son pertinentes y que las conclusiones de ellos extraídas se dirigen a una generalidad respetable. Por otra parte, aislada y esporádicamente, otros críticos aplican un parecido método a Sarmiento. Por ejemplo, Carlos Albarracín Sarmiento, que, en su artículo titulado *Doble destino de Recuerdos de Provincia, Humanidades*, tomo XXXVII, vol. II, 1961, La Plata, Facultad de Filosofía y Letras, dice: "Si en *Recuerdos* alardea de que 'Aquellas antiguas castas privilegiadas que atravesaban siglos contando el número de sus antepasados, aquel hombre inmortal que se llamaba Osuna, Joinville u Orléans, ha desaparecido por fortuna', ocurre que el hallazgo literario de 'aquel hombre inmortal' asume una resonancia tan estéticamente placentera que anula la efectividad del aserto final."

carácter eminentemente natural e instintivo, irracional; correlativamente, el medio que presta marco a esa figura es misterioso y primitivo; Facundo representa cabalmente su medio, pero éste es transformable, redimible si se quiere. De la idea de lo instintivo brota, derivadamente, la de anarquía y terror que se encarna en la figura de Facundo y que se traduce en una sed de destrucción de las formas creadas por la inteligencia. Pero esta destrucción es estéril porque no trae nada nuevo, y no porque proceda de un caudillo (esta conclusión es el primer beneficio que obtenemos del análisis en favor de la idea que perseguimos). Y el caudillo tiene una dimensión, sus rasgos se organizan en la formación de un mito, uno de cuyos elementos principales es la disposición y dedicación a la muerte, como resultado del sopor en que yace el medio representado por él. Aquí tropezamos con una pregunta inquietante que implica otro paso en favor de nuestra idea: ¿qué o quién adormece a la campaña? ¿qué o quién le impide humanizarse en un sentido racional? El mito se apoya en mecanismos de relación con la naturaleza, muy fuertes en el personaje; por lo tanto, hay cierto fatalismo frente al cual, no obstante, empieza a insinuarse una idea de libertad. El encuentro entre fatalismo y libertad engendra una contradicción de la que nos aprovecharemos para ir robusteciendo nuestra idea. Esta contradicción crea un plano inclinado hacia el reconocimiento de méritos o capacidades del caudillo, en la primera parte tan ferozmente vilipendiado. Estas son las conclusiones hasta aquí obtenidas. Continuar por esta pendiente nos llevaría a la imagen segunda de Facundo, la cual merece un capítulo por separado por razones de claridad, de modo que se vea más nítida y recordadamente la oposición culminante del sistema, esto es Facundo contra sí mismo. Pero todavía no es el momento de trazar esa imagen segunda; previamente conviene discernir la de Rosas para que la posterior del riojano tenga un sentido más pleno y para que, en fin, disponga de la mayor cantidad posible de sugerencia.

II. IMAGEN DE ROSAS

Ya desde las primeras páginas del libro se siente la oposición frontal, geométrica, con Facundo. Oposición, pero matizada, derivada, como si Rosas, siendo básicamente lo mismo, fuera también lo contrario de su antecesor riojano. Veamos este párrafo de la Introducción, p. 10:

“Facundo no ha muerto; está vivo en las tradiciones populares, en la política i revoluciones argentinas; en Rosas, su heredero, su complementó: su alma ha pasado a este otro molde, más acabado, más perfecto; i lo que en él era solo instinto, iniciación, tendencia, convirtiéndose en Rosas en sistema, efecto i fin”.

A la luz del tipo de análisis ya practicado podemos advertir de entrada que la frase tiene una estructura algo inorgánica. En primer lugar hay una afirmación; luego sigue una suerte de prueba, de apoyo a lo afirmado, compuesta de un concepto central (“está vivo”) que requiere especificaciones (“en las tradiciones populares”, “en la política”, “en las revoluciones argentinas”, “en Rosas”). Obsérvese que el verbo regente (está) sirve a los cuatro complementos pero el último de ellos (“en Rosas”) está separado de los otros tres por un punto y coma que cumple funciones de aislante concentrando sobre la expresión aislada un plus de significación y de intención: en efecto, la expresión “en Rosas” que en realidad ilustraba la idea anterior, desencadena especificaciones propias (“su heredero, su

complemento") que tienden a guardar distancia respecto de la idea inicial ("Facundo no ha muerto") inclinando hacia este aspecto todo el peso expresivo. En consecuencia, Rosas aparece destacado, pero estas especificaciones, a causa del posesivo, implican todavía ligamen, el establecimiento de una relación que quiere volver atrás del signo de puntuación. Es como si Sarmiento dijera: "—hablo de Rosas, convengo, ¡pero todavía no he dejado de hablar de Facundo!" Esta situación indecisa, que abarca a dos personajes en una especie de vaivén, podría haber subsistido sin variantes si no sobreviniera una frase de tipo explicativo en la cual los adjetivos, dos como en las anteriores especificaciones ("acabado", "perfecto") tienden a perfilar bien nítidamente a Rosas y no ya a Facundo. No obstante haber ganado autonomía en el curso de la frase, Rosas aparece aquí como continuidad de Facundo, más completo, evidentemente, pues ha logrado mejorar el modelo, pero aún sigue siendo una variante de aquél. Desde luego que el modelo no podía estar constituido más que por los vicios del riojano; por sus peores atributos, por los rasgos negativos, porque si fuera lo contrario no cabría establecer la filiación ni prorrumper en denuestos. ¿Y cuáles eran los peores rasgos de Facundo? Pues el irracionalismo, el naturalismo, el instinto y todos sus derivados. Así, precisamente, lo dice Sarmiento, utilizando una triple expresión: "i lo que en él era solo instinto, iniciación, tendencia. . ." Pero, y aquí viene lo singular, a esta triple expresión que expone lo peor de Facundo, sobre lo cual se supone que Rosas se ha erigido en heredero, sucede, con ejemplar paralelismo, esta afirmación: ". . . convirtiéndose en Rosas en sistema, efecto i fin". De una manera excitante, el instinto se convierte en sistema, la iniciación en efecto, la tendencia en fin; es decir que se ha producido un cambio completo de signo, pues sistema, efecto y fin son palabras que indican racionalidad en tanto informan orden, voluntad y cálculo puestos al servicio de determinadas consecuencias para obtener las cuales, como es natural, no se cuenta para nada con la espontaneidad. Esto parece, en efecto, contradictorio y lo es en el plano de la expresión, porque de ella surge que Rosas no es el continuador real, umbilical, de Quiroga, sino que desde el exterior, conscientemente, volitivamente, utiliza los métodos, digámoslo así,

los elementos que con fluidez natural puso en funcionamiento el selvático caudillo.

Un poco después, en la misma p. 10, el concepto es enunciado claramente por Sarmiento:

"Facundo, provinciano, bárbaro, audaz, fue reemplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él; por Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión, i organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de Maquiavelo".

Como es lógico, no se plantea la oposición entre Rosas y Facundo; está resuelta por un nítido "fué reemplazado". El resto de la frase es muy coherente y confirma la conclusión anterior en cuanto a la presunta racionalidad, inteligencia o cálculo del dictador porteño. Pero, incidentalmente, tropezamos con un elemento de gran importancia, deslizado en el texto como una acotación de último momento, como una mera precaución metodológica; es la expresión "hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él". Rosas, pues, según este aviso no es culto pero sigue siendo hijo de Buenos Aires. Las cosas amenazan complicarse y una falta de salida acecha otra vez a Sarmiento en virtud de su determinismo en sus dos fuentes, la lógica y la dialéctica, congelada esta última —más fecunda— por su compulsiva necesidad de optar. Porque si Facundo, instintivo y silvestre y natural era un claro producto de su medio, igualmente silvestre y natural e instintivo, ¿cómo la culta Buenos Aires pudo producir un sujeto que personifique la anticultura? ¿Cómo puede darse la aberración? Sarmiento no la explica: se limita a soslayar el riesgo de asumir una contradicción por medio de ciertos supuestos dentro de los cuales se conjugan términos contrarios; Rosas no es culto, es decir que carece de una idea sobre el mundo y la civilización, pero en cambio, es inteligente, calculador, etcétera, atributos que, al ser acompañados por el nombre de Maquiavelo, parecen indicar algo así como un tipo en el que se han acumulado ciertos subproductos de la cultura, carentes por un lado de su intencionalidad pero propios, no obstante, de la elasticidad espiritual característica de la civilización.

Pero penetremos más aún en el análisis; la inteligencia y la capacidad de cálculo, pese a la forma en que son presentadas, son condiciones individuales perfectamente naturales, tanto como lo son el instinto y la ferocidad, y, en sí mismas, nada tienen que ver con la cultura, salvo que se pongan a su servicio en virtud de un plan racional claramente asumido. Es evidente que esta conclusión reposa sobre una idea de la cultura como superestructura, idea no tomada en cuenta por Sarmiento para explicar las relaciones entre individuo y medio. Seguramente no pudo hacerlo, pero tampoco intuyó concretamente que una formulación abstracta de la cultura como valor podía ser tramposa porque ocultaba, en vez de descubrir, motivaciones reales profundas. También dejó de lado el hecho comprobable prácticamente —la expresión analizada hace un momento lo confirma— de que la cultura no es el condicionante supremo cuando entran en juego resortes más fuertemente propulsores de la compleja realidad. Si la cultura de Buenos Aires, volviendo al análisis, es una resultante histórica de muchos factores, criterio que parece guiar aplomadamente el juicio de Sarmiento, cabe preguntarse de qué modo o hasta que punto todos ellos se han prestado o se han integrado en ese proceso; habrá que determinar en qué medida todos esos elementos están fusionados por una decisión, como la de formar una cultura, que los abarque a todos. La cultura propia de una ciudad es su forma más peculiar y significativa de llevar adelante su más o menos formulado destino; para constituirlo necesita de una decisión que reúna a todas sus capas sociales. En lo que concierne a Buenos Aires, alguna de éstas puede no haberse integrado, puede haber rechazado el plan de las restantes, puede haberse equivocado o haber tenido razón ya sea en un juicio contemporáneo a aquella formulación, ya sea posteriormente, a la luz del veredicto histórico; puede haber acertado o puede haber errado también, considerando su propio punto de vista así como el del destino que los otros sectores reconocieron, fijaron o postularon para la ciudad.

En cuanto a Buenos Aires como la residencia de la cultura entendida según los moldes europeos, puede muy bien interpretarse que corresponde al estilo mental y al proyecto de un conjunto de sectores con los que se iden-

tifica Sarmiento; pero, por otra parte, tal concepción pudo ser negada por otros, por ejemplo los terratenientes y ganaderos de los cuales proviene Rosas y a los que encarna o representa, según veremos más adelante. Este resquebrajamiento de una ilusoria unidad de destino de Buenos Aires, que se apoya por cierto en el reconocimiento de la existencia de grupos sociales y de las superestructuras que pueden emanar de la natural pugna suscitada entre ellos, inicia un principio de solución a los contradictorios resultados del método determinista; de su aplicación mecánica brota el error, que consiste en referirse en abstracto a la cultura atribuyéndole una universalidad en virtud de la cual los que están fuera de ella son monstruos o aberraciones inexplicables, sin advertir que tal concepción no es más que una ideología y, como tal, perfectamente originada y condicionada. Si hubiera hecho por el contrario el análisis de los elementos de poder, para lo cual no necesitaba instrumentos dialécticos superiores a los que poseía, habría resuelto la contradicción que analizamos entre la cultura de Buenos Aires y la incultura de Rosas; en ese caso habría tenido que llamar a las cosas de otro modo, quizás con mayor porvenir histórico: en vez de decir "hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él", debía haber dicho "hijo de la ganaderil y absorbente Buenos Aires, siéndolo también él". Pero la apelación a los factores reales de clasificación no da tampoco una respuesta concluyente cuando se trata de la cultura, porque aunque la realidad sustancial de Buenos Aires sea ganadera y territorial, no se puede suponer que sea invariable, así como tampoco su superestructura cultural; la evolución misma de los factores básicos engendra necesidades que al organizarse coherentemente en los planos expresivos de la comunidad componen una cultura; ésta, a su vez, a medida que se consolida en sus formas y trasciende en su autonomía, engendra dos movimientos de presión: el primero es hacia adentro, en cuanto necesita confirmarse y no puede reprimir el desencadenado impulso que la lleva a su condición de categoría; el segundo, hacia afuera, en la medida en que obra sobre aquellos que la engendraron o tuvieron necesidad de ella, modificándolos. Esto sucede también en el Buenos Aires ganadero y territorial, lo cual Sarmiento deja ver en contradicciones como las comenta-

das, pero, sobre todo, en el hecho de que le atribuye a Rosas condiciones o simplemente rasgos personales que, aunque atentan contra una idea absoluta de la cultura, no pueden sino provenir de un determinado ámbito cultural.

Dos nuevos elementos de juicio para apoyar estas conclusiones. El primero se da en el orden de lo natural: tanto Facundo (p. 95: "...con sus instintos de destrucción y carnicería...") como Rosas (p. 77: "El ejecutar con el cuchillo degollando i no fusilando, es un instinto de carnicero que Rosas ha sabido aprovechar...") son sanguinarios, calidad que en el primero procede directamente de una condición bestial mientras que en el segundo es resultado de una adaptación (p. 76: "...hacer de los instintos brutales de las masas un sistema meditado i coordinado friamente...") lo cual viene a ser lo mismo en sus resultados aunque haya diferencia en cuanto a las motivaciones y a los fines. La inteligencia, la capacidad de cálculo de Rosas adquiere la apariencia de lo que es espontáneo en Facundo pero es, por cierto, otra cosa, cuya discriminación no concierne exclusivamente a diferencias de personalidad sino a la representatividad que encubre o soporta. He indicado ya la vinculación de Rosas con el Buenos Aires ganadero y territorial; no queda sino aplicar a sus exigencias, que son las de la clase a que también pertenece Rosas, el sanguinario aparato montado, tan parecido a la conducta seguida sin intelectualización por Facundo. En cuanto al segundo elemento corroborativo se refiere al determinismo individual-social y se conecta con la última conclusión obtenida. Veamos este párrafo de la p. 15:

"¿Rosas, según esto, no es un hecho aislado, una aberración, una monstruosidad? ¿Es, por el contrario, una manifestación social, es una fórmula de una manera de ser de un pueblo? ¿Para qué os obstináis en combatirlo pues, si es fatal, forzoso, natural, lógico?"

La tercera pregunta canaliza un fervor combativo que rompe los extremos del propio sistema empleado por Sarmiento. Pero el entusiasmo no disimula las incongruencias y aun acaso la acentúe. Las dos primeras e indignadas

preguntas no hacen más que reiterar un fatigoso debate o conflicto entre causas y consecuencias, nudo central de la cuestión. Pero si tomamos otro camino y afirmamos que existe, verbigracia, esa "manera de ser de un pueblo" y Rosas es una de sus "manifestaciones", lo que quedará por determinar es justamente "esa manera de ser" debiéndose previamente precisar cuál es ese pueblo, datos que Sarmiento da como supuestos en un impulso de simplificación que es necesario conjugar con rasgos de pensamiento presentes en otros lugares del texto³². Empecemos, pues, por esto: "ese pueblo", a causa de todas las precisiones que hemos podido señalar, no puede ser el pueblo que sale del país en su conjunto. Si lo fuera, se le debería poder aplicar o reconocer las constantes de cualquiera de sus partes, sin matices; así, por ejemplo, se afirma que el desierto engendra a Facundo, pero se ha visto que no es quien puede explicar a Rosas. Por lo tanto, ese "pueblo" cuya manifestación social es Rosas, es solo un sector del pueblo del país. Aquel que vive en la racionalidad pero que, en virtud de los fines que persigue, la modifica y corrompe hasta parecerse en sus métodos finalmente a la barbarie hasta el punto de no haber diferencia más que en los mecanismos psicológicos de los caudillos. Este es el pueblo de Buenos Aires, considerado a la luz de sus peculiaridades, y Rosas es su mejor expresión. Y, por otra parte, ¿cuál es su "manera de ser"? Si Sarmiento hubiera dado la respuesta habría recurrido a un tipo de análisis como el que exigíamos más arriba relativo a la cultura porteña; por cierto que no lo ha hecho explícitamente pero algo, como siempre, ha dicho, lo suficiente para permitir una reconstrucción de su pensamiento y para advertir hasta qué punto pudo haber tenido la preocupación por los problemas en el nivel de la estructura. Precisamente esto es lo que trataremos de recuperar cuando intentemos dar una "Imagen de Buenos Aires".

³² Como toda generalización omite o desdeña componentes concretos, históricos, y permanece en la mística axiológica inmutable. Hablar de "pueblo" del modo totalizante en que lo hace es romanticismo, es decir idealismo.

Pero volvamos a Rosas. Hasta aquí, en contraste con Facundo, hemos recordado los elementos de cultura deformada que lo señalan: racionalidad, inteligencia, cálculo, voluntad, salvajismo adaptado; junto a estos componentes debemos incluir el bien precisado de la representatividad de lo porteño que alude, en el análisis que hemos cernido; a los fines a los que tiende Buenos Aires, conectados sin duda con criterios prácticos de realización; a modo de adelanto digamos que se refieren a la ecuación con el interior, cuyo desequilibrio nos ocupará más adelante. Entretanto, trataré de acopiar otros rasgos que puedan concurrir al retrato interior de Rosas. En la pág. 76 dice:

“La montonera, tal como apareció en los primeros días de la República bajo las órdenes de Artigas, presentó ya ese carácter de ferocidad brutal, i ese espíritu terrorista que al inmortal bandido, al estanciero de Buenos Aires, estaba reservado convertir en un sistema de legislación aplicado a la sociedad culta, i presentarlo en nombre de la América avergonzada, a la contemplación de la Europa”³³.

La estructura formal del período no llama especialmente la atención; el ordenamiento de los conceptos es regular y riguroso y gira en torno de la imagen de “la montonera” como núcleo originador de nuevas formas. Dejemos de lado lo central y reparemos en ciertos elementos complementarios que se destacan gracias a un elemental sistema de expresión que consiste en presentar ideas de a pares, como si una fuera variante de la anterior o, por lo menos, como si existiera entre ambas una relación muy íntima de sentido (“ferocidad brutal — espíritu terrorista”, “inmortal bandido — estanciero de Buenos Aires”, “América avergonzada — contemplándola Europa”). Dejemos de lado el análisis de la primera parte del párrafo, evidentemente enunciativa, y trabajemos con el material que se nos ofrece a partir comienzo de la alusión a Rosas. Más

³³ Sarmiento repite esta idea en p. 116: “Lecciones de este género no son inútiles para ciudades, i el hábil político que en Buenos Aires ha elevado a sistema estos procedimientos, los ha refinado i hecho producir efectos maravillosos”.

concretamente, los dos pares de ideas incluidas en ese sector, se nos ocurren altamente sugestivos: “inmortal bandido — estanciero de Buenos Aires” al empezar y “América avergonzada — contemplándola Europa” al terminar. Las parejas son formalmente diferentes pero estilísticamente similares. La primera establece una relación de continuidad de modo tal que el segundo término parece una explicación del primero; como si fuera lo mismo, o por lo menos algo muy congruente, ser bandido que estanciero; la segunda pareja muestra una oposición que no carece de dramatismo: Europa mira, observa, mientras que América se conmueve, padece y se avergüenza. La vergüenza de América está en relación con la mirada de Europa; faltaría, únicamente, señalar la naturaleza de esa mirada tendida desde lo alto; precisamente esa altura (“contempla”) nos ofrece un esbozo de respuesta en cuanto a que la contemplación se realiza con una serenidad — majestad — que insinúa lo que se piensa acerca de quien la realiza. Por de pronto y en un primer plano, es como si la adultez observara a la adolescencia y, al mismo tiempo o por eso, como si la cultura, desde un elevado sitio, contemplara el accionar sin sentido (en cuanto la cultura es justamente la asunción incrementada de un sentido de lo humano) del salvajismo. Pero el salvajismo es relativo pues se acompaña con la vergüenza que, si no decisión de la conciencia, es por lo menos una manifestación, un preliminar ético, un principio de despertar o bien, incluso, la prueba exterior, rudimentaria, consecuente, de una ética básica aunque poco desarrollada pero que de una u otra forma acepta la historicidad marcada por Europa, desde luego que en el pensamiento de Sarmiento, no exactamente en la realidad general.

Ahora bien, si América es capaz de sentir algo en el nivel o en el prenivel de la conciencia, ¿por qué no poder elaborar el sentimiento hasta el orgullo debiendo satisfacer tan solo la vergüenza frente a Europa? Hay una desvalorización, una situación deprimente y lamentable que Sarmiento asume al enunciar. Pero no se queda allí sino que persigue la determinación de la culpa de esta tremenda encerrona histórica. En el comienzo de la frase está la respuesta: el culpable es el “inmortal bandido”, “el estanciero de Buenos Aires”, es decir, dentro del orden

de las representatividades, Buenos Aires propiamente dicho, con todo el peso de su estructura. Esta conclusión se ve respaldada por el resto de la frase intercalada entre los dos extremos: "estaba reservado convertir en un sistema de legislación aplicado a una sociedad culta". Esta caracterización secundaria del papel cumplido por Rosas es como un anticipo de ese concepto de la América capaz de sentir vergüenza, pero alude más específicamente al "terrorismo", a la "montonera", a la "ferocidad" en su vertiente institucionalizada. En el fondo, desde una punta a la otra, se está hablando de la barbarie pero se dice que la instauración es realizada de una manera ambigua o contradictoria; la barbarie viene transportada por un "sistema de legislación" vaciado de lo que puede significar la ley para una conciencia cultural, sistema que se establece contra el orden, una especie de deformado orden contra la teleología de una sociedad que quisiera definirse por la racionalidad. La evidente perplejidad que provoca esta colisión de entidades concebidas para una armonía diferente, más total y elevada, sin embargo resolverse. En el párrafo se alude, sin desarrollo, a la solución. Esta colisión no es inexplicable porque corresponde a la existencia de un cierto tipo de vida que participa de la misma ambigüedad y que ahora está imponiendo su "sistema" a la sociedad después de haberlo elaborado para sí mismo; es el tipo de vida definido por la palabra "estanciero", que indica un orden imperioso de necesidades y una violenta voluntad de forma, ambas sintetizadas en el orden que rige en un establecimiento. La barbarie característica de la etapa pastoril se reduce en la estancia, se constriñe pero sin alcanzar el nivel de la ley entendida como creación universal, como elemento regulador de una sociedad que tiende a ideales o fines determinados. Allí se llega, tan solo, a la norma, pero no porque se sienta que se deba penetrar en la universalidad sino porque la explotación sería imposible sin ella³⁴. Esta manera se hace siste-

³⁴ Recordar en apoyo de esta afirmación el *Manual del estanciero* que Rosas escribiera. Martínez Estrada señala que ésta es una de las primeras obras sobre el tema de la organización rural, texto empírico, así como fue empírica la formación de los Colora-

ma y amenaza la cultura pero explica una peculiaridad de Rosas: todo su cálculo, su inteligencia, su voluntad, tienen origen en los objetivos del establecimiento denominado "estancia", se identifican con ellos. Rosas, según lo formula Sarmiento en expresión que hemos examinado antes, ha sido engendrado por Buenos Aires, cuya atribuida cultura nos ha permitido cierta consideración estructural de sus términos; en consecuencia Rosas, aunque no sea culto, representa a Buenos Aires porque en la nueva perspectiva realmente se reconoce en ella, y si convierte la montonera en sistema de "legislación" es porque "la manera de ser" de Buenos Aires responde al impulso económico que se concreta en la "estancia", cuya legalidad debe generalizarse en contra de categorías abstractas tales como la cultura o una ética de alcance universal. Rosas descubre algo inherente esencial a Buenos Aires: su estructura terreno-pecuaria y desde ese escalón proyecta sus elaboraciones políticas. Buenos Aires se reencontra, pues, al asumir a Rosas, con su destino de estancia y en eso consistirá la diferencia más profunda con el interior. En el fondo del párrafo, por lo tanto, Sarmiento abdica de su perplejidad culturalista y reconoce un orden de motivaciones concretas que, por otra parte, siempre han llamado adversamente su atención³⁵.

dos del Monte, cuerpo que Rosas creó y disciplinó a partir de su peonada.

³⁵ Carlos Albarracín Sarmiento, op. cit., p. 32, al promediar el análisis del público al que va dirigido *Recuerdos de Provincia* dice: "En general, las burlas de Sarmiento se ejercitaron sobre la aristocracia de Buenos Aires, que *olía a estancia*. Frente a ella se situaba, sin duda, en la actitud típicamente provinciana de enjuiciarle la antigüedad de sus merecimientos. La *estancia* que él afirma no poseer no es, histórica y sentimentalmente una *finca* de provincias, casi siempre emanada de Mercedes Reales y a veces, suelo labrado por los indios encomendados de la conquista". Y Sarmiento, *Epistolario íntimo*, E.C.A., 1963, en Carta a Juana Manso: "Agite las olas de ese mar muerto cuya superficie tiende a endurecerse con la costra de impurezas que se escapan de su fondo, la colonia española, la tradición de Rosas, vacas, vacas, vacas."

Al empezar a hablar de Rosas, páginas atrás, dijimos que aparecía en abierta y frontal oposición a Facundo. Después del anuncio, he pretendido que la prueba surgiera simplemente de la determinación de los rasgos íntimos del porteño, opuestos a los registrados en Quiroga; no será inútil recordar ahora que Sarmiento ha declarado expresamente la rivalidad que veía entre los dos caudillos. Lo dice en la p. 235, en este párrafo:

"Esta lucha entre Quiroga i Rosas es poco conocida, no obstante que abraza un período de cinco años. Ambos se detestan, se desprecian, no se pierden de vista un momento; porque cada uno de ellos siente que su vida i su porvenir dependen del resultado de este juego terrible".

Esta conclusión, con la que culmina el Capítulo XIII (Barranca Yaco!!!), viene precedida por contraposiciones que, igualmente se dan en un terreno de captación totalmente exterior, así en la p. 211:

"Pero Facundo es cruel solo cuando la sangre se le ha venido a la cabeza i a los ojos, i ve todo colorado. Sus cálculos fríos se limitan a fusilar a un hombre, azotar a un ciudadano: Rosas no se enfurece nunca, calcula en la quietud i en el recogimiento de su gabinete, i desde allí salen las órdenes a sus sicarios".

No obstante la claridad y limpidez de los enunciados, cabe cernir ambas expresiones porque de ellas será obtenido nuevo material. Pero hay que hacer una inversión: la primera de las citas se comprenderá mejor después de analizada la segunda.

El trozo nos ofrece una clara oposición de tipo comparativo; es fácil advertir que los rasgos que se hacen jugar proceden de una suerte de descripción elemental pero ciertamente psicológica: el modo de obrar, la conducta. Facundo, queda ratificado ahora, es un espontáneo, y Rosas un calculador. Esta primera conclusión no agrega todavía nada nuevo a lo que ya sabemos pero el párrafo ampliará nuestro conocimiento. Facundo aparece dibujado en dos momentos: "cuando la sangre se le ha venido a la cabeza i a los ojos" y cuando tiene "cálculos fríos";

la persona es la misma y éstas son dos fases diferentes pero los resultados en el fondo son iguales. Si mata cuando se enfurece y tan solo azota o fusila cuando lo medita, no parecería que las diferencias se traduzcan en hechos realmente distintos; la única que confiere un matiz significativo es la expresión "se limitan" que acompaña a "cálculos fríos". Subjetivamente es como si se tratara de quitar importancia o de rebajar el tono para que el concepto central aparezca, a su vez, disminuido, para que se sienta que pese a decirse que "fusila" o "azota", ello no es tan grave; es como si bajara la voz con el propósito de que en los oídos de un imaginario oyente quede solo la primer parte de la proposición, más rica en adjetivos y no adulterada por ninguna reticencia. Una conducta estilística contraria se aplica a Rosas: el "no se enfurece nunca", lacónico, preciso y breve, cede rápidamente espacio a una idea que parece principal gracias a la elaboración tan compuesta; sobre ella carga el acento con ideas subsidiarias hasta hacer olvidar el concepto en el que alude atenuadamente al furor; no se concibe en verdad un Rosas furioso por lo que no vale la pena detenerse a describir esa inexistencia.

¿Qué queda pues? Facundo, nuevamente instalado en la espontaneidad y Rosas, otra vez, en el cálculo. Pero hay más: esa espontaneidad que rotula a Facundo tiene como ámbito lo individual no solo en su producción sino en sus consecuencias: los actos son motivados, engendrados, o realizados y concluidos en el interior de esa zona limitada que se denomina "Facundo"; Rosas, por el contrario, a partir de su rasgo específico, el cálculo, que es su motivación psicológica o temperamental predominante, emite órdenes hacia el exterior, hace que se ponga en movimiento un aparato integrado por otros hasta llegar a la ejecución, a la realización. Las consecuencias superficiales exteriores de ambas conductas son por cierto las mismas, pero las diferencias en el proceso de realización tienen algún significado. Facundo es un "individualista", una suerte de máquina que toma combustible en sus propias fuentes: máquina de acción que corresponde, según lo hemos visto y lo declara Sarmiento, a un modo de entender el mundo. Hasta ahora hemos acumulado connotaciones negativas de esa manera, pero también

podemos conjeturar las positivas que emanan de un individualismo tan completo; así, por ejemplo, la soledad debe ser vencida por el hombre, el desierto por el heroísmo, la noche por la audacia³⁶. Mundo imperfecto y mostrenco, vacío y solitario en el cual nada puede preverse sino que todo debe hacerse. Este es un mundo magnético, el caos mismo, en el cual se agita Facundo y en el cual todo depende de su brazo, de su instinto, de su espontaneidad. Y, además, éste no es un mundo mental, apto solamente para explicar un personaje sino una zona real y geográfica, una zona ubicable en el planteo polémico que formula Sarmiento desde el principio: esta región desordenada y desértica, este mundo visible no es otro que el ámbito económico, humano e histórico del interior del país³⁷. En cambio Rosas "calcula en la quietud y en el recogimiento de su gabinete, i desde allí salen las órdenes a sus sicarios". Si el de Facundo era caótico, aquí en cambio se tiene la visión de un ámbito ordenado en el que Rosas trama ocultamente sus designios; evidentemente, Rosas no está constreñido por la acción, pues tiene "quietud y recogimiento" y además tiene un "gabinete", palabra que indica un nivel superior en la organización social pues conduce a la idea del estudio, del análisis, de la investigación inclusive³⁸. Seguramente, Rosas no emplea su "gabinete" para estos fines, pero tenerlo y utilizarlo sugiere algo parecido o subsidiario, algo que emana de lo

³⁶ No cabe duda de que estas conclusiones rozan un orden romántico; responden, de todos modos, a la manera de entender el sentido de la conducta de Facundo por Sarmiento. Expresamente, trasmite este punto de vista en el Capítulo V, cuando narra la famosa escena del gaucho asediado por el tigre.

³⁷ Cf. Juan Luis Guerrero, op. cit., p. 24: "Pero tanto uno como otro (Echeverría y Alberdi) quedaron prisioneros de sus propios hallazgos; engendraron la confusión —desatada recién por el Facundo de Sarmiento— entre 'pampa' y 'desierto'. Explicaron la segunda de estas nociones por medio de la primera. Diluyeron así un extraordinario hecho histórico, social y cultural en una expresión literaria".

³⁸ Es acaso arbitraria esta conjetura. Recortémosla, pues, y nos queda, incontrovertiblemente, una idea de aislamiento y de elegida y cuidada soledad, un lujo al fin de cuentas.

esencial que contienen estos empleos del "gabinete". Sarmiento sugiere, más o menos esto, indicando la existencia de un sistema a su disposición desde el cual "salen las órdenes" que no pueden darse en el vacío; hay quien, como complemento indispensable de la anterior estructura, las recoge y las ejecuta puntualmente. Existe rodeando a Rosas un mundo completo dentro del cual él está perfectamente insertado, una forma que se adecua plásticamente a los fines que trata de cumplir. Es el cosmos, regular, histórico, sistemático: es, naturalmente, Buenos Aires. Facundo entonces es el interior y Rosas Buenos Aires.

Este es el momento de volver a la primera cita, la de la p. 235 que habíamos dejado de lado para examinar el contenido de la p. 311. ¿Qué sentido puede tener "la lucha entre Quiroga y Rosas" que "abrazaba un período de cinco años"? ¿Por qué se "detestan, se desprecian, no se pierden de vista un momento", y cuál puede ser el "resultado" de ese "juego terrible"? Y bien, las respuestas las hemos obtenido en el análisis que acabamos de terminar. "Se detestan, se desprecian, no se pierden de vista un momento" en primer lugar y considerados superficialmente, por estilos personales, desde un ángulo behaviorista inclusive, pero el rechazo obedece a razones de otro orden, mejor dicho, situadas en otro nivel. Simplificando, digamos que las razones del desprecio y de la atención deben buscarse en la lucha que está entablada entre el interior y Buenos Aires. Entre estos dos sectores está entablado "el juego terrible" y la "lucha" es por lo tanto final. Es lógico que en sus resultados estén implicados personal, caracterológicamente, los dos personeros y representantes. Y esos resultados pueden ser tanto el triunfo de Buenos Aires como el triunfo del interior. Ya veremos cómo Sarmiento opta por el interior desde un punto de vista integral, pero también cómo la opción se le desgrana en virtud de la imagen culturalista que superpone al conflicto, superposición que se concilia con sus necesidades políticas; sin embargo esta salida no significa que no sienta los verdaderos términos del conflicto sino que viene a manera de la síntesis que él y sus amigos del 37 querían ofrecer al país y que, románticamente, tomaba como punto de partida experiencias concretas sobre las cuales

esta parecía residir, pero que abandonaba en pos de formulaciones marcadamente intelectualistas.

En resumen, Sarmiento proporciona una versión de Rosas que escapa al cuadro de las frecuentes maldiciones y profecías con que lo castiga; por debajo de esa eficaz superficie se mueve otro Rosas, de sustancia histórica más compleja, ya que resulta de las contradicciones de una ciudad para la que, por un lado, se reivindica su estructura y su destino cultural mientras que, por el otro, se hace jugar en ella las líneas de fuerza reales engendradas por su existencia misma. Todavía, para el momento de Rosas, no hay conciliación: sobreviene, por consecuencia, la corrupción de las formas civilizadas y su representante máximo, Rosas, lleva tan claramente adelante el destino de Buenos Aires como podría haberlo hecho cualquiera que interpretara sus necesidades, su apetencia del dominio, el triunfo de un plan económico por sobre el desarrollo armónico del país.

Esto es Rosas y éstas son sus diferencias con Facundo, del cual hemos intentado dar una primera imagen. Cabe ahora preguntar: ¿no se habrá transformado nunca Facundo? ¿en contacto con lo que Rosas representaba, no habrán aparecido a la luz rasgos nuevos, aspectos antes desdeñados o soslayados por Sarmiento? ¿Sentirá tal vez Sarmiento que debe proyectar en su personaje ese "juego terrible", a que asiste el país, entre Buenos Aires y el interior? A estas preguntas tratará de responder la necesaria:

IMAGEN SEGUNDA DE FACUNDO que ahora intentaremos trazar.

III. IMAGEN SEGUNDA DE FACUNDO

No tan gradualmente como podría suponerse, Facundo empieza a ser tratado por Sarmiento de manera diferente, sin tanta aversión. No es que desaparezcan sus antiguos rasgos, ni que Sarmiento se olvide del complejo sistema de determinantes y consecuencias de que se valió para explicar al caudillo. Ahora aparece Facundo como humanizado, matizado, y aún, por qué no, revalorizado. Sobre todo, aparece de esta nueva manera por el contraste con Rosas, pero también en relación con hechos políticos concretos frente a los cuales la antigua ferocidad instintiva se atenúa para dar paso a una estructura mental y moral apreciable. En suma, que esta segunda imagen de Facundo erige con rasgos tan diferenciales que termina por oponerse, en la conciencia del lector, a la primera que tan coherentemente se había constituido e instalado. Retomamos aquí, por lo tanto, una idea fundamental de este trabajo, idea de la cual pretendemos extraer conclusiones nítidas en cuanto a una presunta pugna subterránea entre Buenos Aires y el interior, términos apenas formulados y tapados por consignas de otro orden, pero acaso los más importantes del libro y los más conminativos de la adhesión de Sarmiento.

Veamos cómo se levanta esta segunda imagen. Sorprende leer en la p. 142 la siguiente frase:

"Facundo recibió en La Rioja la invitación, i acogió la idea con entusiasmo, quizá por aquellas simpatías que los

espíritus altamente dotados tiene por las cosas esencialmente buenas."

Tal invitación es la que cursó Buenos Aires en 1825 a "las provincias a reunirse en un congreso para darse una forma de Gobierno General". Sarmiento agrega que la idea fue acogida con aprobación y da dos razones que la explican:

"ya fuese que cada caudillo contase con constituirse caudillo legítimo de su provincia, ya que el brillo de Buenos Aires ofuscarse todas las miradas, i no fuese posible negarse sin escándalo a una pretensión tan racional."

Facundo recibió "con entusiasmo" una "pretensión tan racional". ¿Era concebible tal respeto por un plan racional en un individuo instintivo como el feroz riojano? Se deduce, pues, un primer rasgo que contrasta con la tipificación del primer retrato y que nos permite deslizarnos hacia el segundo: la permeabilidad a lo racional. Pero esto arrastra necesarias consecuencias que trataremos de ordenar.

La frase inicial se presta muy bien para el método de análisis que nos hemos propuesto. Observemos su estructura, sobre todo en cuanto al ritmo: sujeto, verbo, complementos, incidentales. En conjunto o aislados, cada uno de estos elementos participa de un ritmo que indica normalidad, transcurso, tranquilidad. Si, por contraste, la invocación primera de Facundo semejaba un galope, este ritmo es de pacífica, contemplativa caminata, sin sobresaltos, sin estertores: como para dar una idea de orden, la idea de que Facundo (!) está también dentro de un orden compartible y apreciable. Esta trama rítmica y tonal tan generosa sostiene un conjunto de palabras también resplandecientes: "entusiasmo, simpatías, espíritus, dotados, buenas". El conjunto, en ambos planos, se organiza con un sentido penetrante y activo ("acogió"), como indicando una voluntad y no un mero producto de circunstancias fortuitas que pudieran haber encontrado un sujeto propicio. En seguida sobreviene, francamente, luego de esa irradiada sensación de paz y serenidad, una culminación que se traduce en un oscilante elogio, de lo más

elevado ("altamente") a lo más profundo ("esencialmente"). En este párrafo, Sarmiento quiere ser generoso con su biografiado; le brota una especie de necesidad de reconocimiento; de ahí que al referirse a Facundo lo aluda no solo con el previsible adjetivo sino que le imponga un adverbio realzatorio ("espíritus altamente dotados") del mismo modo que cuando se dirige al objeto de sus simpatías ("cosas esencialmente buenas"), en un paralelismo que busca afirmarse dentro de un mismo nivel.

A través de lo que sugiere este trozo, Facundo no parece el mismo ser instintivo, sanguinario, lúbrico, avaro, cruel que nos pintó denodadamente: es otro o bien está cambiado en relación con un hecho exterior, con el hecho que desencadena esta benevolente imagen. Y este hecho exterior es la convocatoria a un congreso que dará a las provincias "Gobierno general": al aceptar Facundo esta idea, a Sarmiento se le encogen las uñas y se le olvidan los dnestos; es difícil seguir insultando a un hombre sensible a una idea tan hermosa. ¿Pero de dónde sale esta idea tan bella? Rivadavia es su primer autor. En el concepto de Sarmiento, Rivadavia había querido dar a la República una organización unitaria; es cierto que su intento condujo al país a la guerra civil³⁹, pero también es cierto que estuvo basado en una distribución más equitativa de recursos nacionales y poderes políticos. Esta es seguramente "la cosa esencialmente buena" a la que se refiere Sarmiento. Será quizás por eso que Facundo, según se afirma en la p. 142, responde con sus fuerzas al llamamiento del gobierno unitario:

"Había desconfianza en los Gobiernos, zelos de provincia, i el coronel Madrid venido de Buenos-Aires i trastornando un Gobierno provincial, lo hacía aparecer a aquel a los ojos de la nación como instigador. Para desvanecer esta sospecha, el Gobierno de Buenos-Aires insta a Facundo que invada a Tucumán i restablezca las autoridades provinciales".

³⁹ Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, ed. cit., p. 228: "Así, pues, la organización unitaria que Rivadavia había querido dar a la República i que había ocasionado la lucha, venía realizándose desde el interior".

Así lo hace Facundo y así lo reconoce Sarmiento aunque, para no desvalorizar la política rivadaviana y para no ablandar su antifacundismo, se dilata en explicaciones y justificaciones de la conducta de Madrid. Todo este capítulo está adulterado por líneas de atracción opuestas. Una prueba de ello es la larguísima digresión que hace sobre el color colorado que Facundo acabó de proclamar como su pabellón, a pesar de que le reconoce una cierta conducta:

"Facundo entró triunfante en Tucumán, i regresó a La Rioja pasados unos pocos días, sin cometer actos notables de violencia, i sin imponer contribuciones, porque la regularidad constitucional de Rivadavia había formado una conciencia pública que no era posible arrostrar de un golpe" (p. 150).

La disertación sobre el color colorado, uno de los pasajes menos convincentes del libro, tiende seguramente a no permitir que lo salvaje se pierda en una atmósfera de examen político que, por otro lado, le resulta atractiva porque le permite destacar valores que corresponden a su propio sistema. Estas apelaciones al salvajismo y a los símbolos sangrientos, tienden a disminuir lo que va a ser un reconocimiento pleno, a saber la creencia en el poder del orden que, dentro de los márgenes encomiables de respeto, comparte —según lo enseña el texto no muy anormalmente— el feroz riojano.

Posteriormente, Facundo se alza contra Rivadavia. Para Sarmiento ello ocurre porque "se sentía fuerte i con voluntad de obrar, impulsábalo a ello un instinto ciego, indefinido y obedecía a él" (p. 152).

La motivación de este cambio en su conducta es como una especie de regresión, de reiteración neurótica implacable: Facundo vuelve atrás no ya en su comprensión política sino en un territorio ganado sobre sus rasgos característicos; sobre la segunda imagen, firmemente trazada, viene a cernirse como un velo la reminiscencia de la primera. Y aquí empiezan a distinguirse algunos elementos de la oposición de Facundo consigo mismo: capaz de comprender las grandes causas nacionales abjura de ellas

y las repudia en virtud de su más íntima forma de ser. En el plano de los hechos objetivos, según surge de los fragmentos analizados arriba, demuestra que ha sabido ponerse al lado de quienes propugnan un alto propósito nacional; en el de la conducta, colabora en el fracaso de tales fines. Esto parece evidente, pero no obstante exige una verificación. Veamos cómo han evolucionado las cosas a partir de la derrota y el descrédito de los unitarios. En el capítulo XIII, Barranca Yaco!!!, se resumen los acontecimientos. Con el triunfo de Ciudadela todo acabó para los unitarios:

"La paz es ahora la condición normal de la República, como lo había sido antes un estado perpétuo de oscilación i de guerra".

Y aquí viene lo más importante:

"El federalismo había desaparecido con los unitarios, i la fusión unitaria más completa acababa de obrarse en el interior de la República en la persona del vencedor. Así, pues, la organización unitaria que Rivadavia había querido dar a la República i que había ocasionado la lucha, venía realizándose desde el interior".

Esta paradoja tiene explicación en el hecho de que Sarmiento no es realmente unitario por más que, para simplificar, se defina así en esos años⁴⁰; cree, por su parte, en la nobleza de los objetivos que los unitarios plantearon, pero difiere de ellos en el 'idealismo' de sus proposiciones⁴¹. De este modo, según se desprende de la

⁴⁰ Cf. Sarmiento, *Viajes*, t. 1, Hachette, 1955, p. 170: "Supo él bien pronto que yo era *unitario* de los que no transigen y sabía yo por mi parte que era él aunque francés, partidario de Rosas", dice a propósito de E. Tandonnet, el falansteriano con quien viajó en *La Rose* rumbo a Europa.

⁴¹ Cf. Sarmiento, *Facundo*, ed. cit., p. 134: "Es imposible imaginarse una generación mas razonadora, mas *deductiva*, mas emprendedora y que haya carecido en mas alto grado de sentido práctico."

interpretación de Sarmiento, Rivadavia, al propugnar la unidad de la República, dejaba abierto el camino para que tal unidad se consumara a través de un sistema federal o federativo, aunque el concepto expuesto por Sarmiento en el *Facundo* sobre federalismo sea puramente formal⁴². De ahí que con la derrota unitaria "desapareciera el federalismo". Por el contrario, la unidad del país bajo un signo despótico, que los caudillos le atribuían como propósito a Rivadavia, se realiza con ellos. Si se tiene en cuenta que para Sarmiento la imagen de un país federal estaba dada por la organización de los Estados Unidos (Hamilton), se comprenderá cómo pueden enfrentarse diferentes sentidos de conceptos formulados exteriormente de modo igual⁴³. Esto queda dicho explícitamente aunque debe también considerarse el juicio que le merece a Sarmiento la ineficacia de los unitarios, su falta de conocimiento o comprensión de la realidad nacional⁴⁴. En resumen, el triunfo de los caudillos sobre los unitarios hace desaparecer las posibilidades de ese noble federalismo e instaura un orden despótico, cerradamente unitario, pero de signo diferente al unitarismo ideológico, al que Sarmiento tan-

⁴² Sarmiento varió de criterio y abandonó el formalismo. Según Alberto Palcos, "Sarmiento y Florencio Varela, cómo adoptaron ambos el federalismo", *La Prensa*, Buenos Aires, 1961, luego de conversar en privado durante ocho horas ambos personajes "resuelven, a manera de conclusión, admitir en adelante el régimen federal como fundamento de la reorganización del país, apenas caigan Rosas y su sistema". Este es un avance de Sarmiento respecto del Capítulo final del *Facundo*, en el que manifestaba que la forma de gobierno futuro "la dará el tiempo, los acontecimientos, las circunstancias; unitaria, federal, mixta, ella ha de salir de los hechos consumados".

⁴³ Sarmiento, *Facundo*, p. 138: "El gaucho argentino, aunque de instintos comunes a los pastores, es eminentemente provincial: lo hai porteño, santafecino, cordoves, llanista, etc. Todas sus aspiraciones las encierra en su provincia; las demás son enemigas o extrañas."

⁴⁴ Sarmiento, *Facundo*, p. 163: "Pero en medio de sus desahucios y sus ilusiones fantásticas, tenía tanto de noble y grande, que la generación que sucede le debe los más pomposos honores fúnebres".

notoriamente adhiere, aunque sea abstracto y poco aplicable a la realidad. La historia, parece decir Sarmiento a través de estos párrafos, retrograda las mejores intenciones de los hombres o bien hace irrisión de ellas creando sistemas que son, cuando empiezan a funcionar, una deformación grotesca de las imágenes que de ellas tuvieron sus inventores.

Pero tal vez sea superficial quedarse con la última conclusión. Regresemos, pues, al párrafo comentado, uno de cuyos trozos sugiere más aspectos de la cuestión. Creo ver allí una fractura, un resquicio del cual puede salir una pista bastante desconcertante:

"Así, pues, la organización unitaria que Rivadavia había querido dar a la República i que había ocasionado la lucha, venía realizándose desde el interior".

Los elementos conceptuales aparecen también en forma de paradoja de nítidos límites: el interior concreta el pensamiento rivadaviano, lo lleva a cabo, lo realiza, lo cual no es de extrañar vista la confluencia de términos, pues la "organización unitaria" implicaba, sea como fuere, una idea de federación en la mente de Sarmiento y, a su través, de los unitarios. Es claro que esa realización no es la que hubiera querido su primer ideólogo, pero Sarmiento, descartando lo irónico del contexto y de la frase misma, nos dice de él que fue un iluso y un utopista. En consecuencia, ¿podría Rivadavia haber llegado a consumir sus propósitos? ¿No sugiere acaso el concepto de Sarmiento algo así como un extrañamiento de lo concreto en Rivadavia? Y siendo lo concreto el interior ¿no sucede por lo tanto que la única unidad posible para un país como la Argentina proviene de allí? Despótica y bárbara, la unidad de todos modos ha sobrevenido y ahora "la paz es la condición normal". Es cierto que es una paz plúmbea y aterradora, pero es una paz que responde a requerimientos de la realidad o, que es, por lo menos, bastante expresiva de esa realidad. Por eso, quizás, *Facundo* es el protagonista elegido para simbolizarla: menos un bárbaro en crudo que un hombre que secundó al utópico Rivadavia y que comprendió "una cosa esencialmente buena", pero que la realidad por su propia cuenta,

otorgándole caracteres que resultaban de una manera de ser cuyas peculiaridades Rivadavia ignoraba. Tal vez sea ésta la explicación del conjunto de paradojas que contiene la frase considerada y que giran en torno a términos de sentidos tan traslaticios, tales como "unidad, unitario", etc.

Un poco más adelante, en la p. 228, hay, según lo podremos ver, una confirmación de estas conjeturas:

"Como se ve, en Facundo después de haber derrotado a los unitarios y dispersado a los doctores, reaparece su primera idea antes de haber entrado en la lucha, su decisión por la Presidencia, i su convencimiento de la necesidad de poner orden en los negocios de la República. Sin embargo, algunas dudas lo asaltan. "Ahora, jeneral", le dice alguno, "la nación se constituirá bajo el sistema federal. No queda ni la sombra de los unitarios" —Hum! contesta meneando la cabeza. "Todavía hai trapitos que machucar" i con aire significativo añade: "Los amigos de abajo (Buenos Aires) no quieren constitución".

Aunque el tono despectivo de Sarmiento en los párrafos anteriores oscurece o paradojiza un tanto los conceptos, se confirma nítidamente ahora que Facundo acompañaba a Rivadavia en su idea de la presidencia, aunque luego de su adhesión no hubiera vacilado en impedir que la consumara; se confirma también que aspiraba al orden como tendencia general; se confirma, igualmente, que esperaba la implantación del sistema federal y que en ese deseo estaba solo, pues los porteños ladinamente se oponían. Esta reticencia tan claramente expuesta respecto de las intenciones de Rosas, que en ese momento está gobernando, aclara un tanto su inescrupulosidad frente a Rivadavia, la cual si se sigue a Sarmiento podía parecer, sin análisis, gratuita o resultante de un impulsivo acto personal. Desde la nueva perspectiva las cosas varían un tanto: no es absurdo suponer que Facundo podía comprender y aceptar una idea, pensar en ella desde el punto de vista de la necesidad nacional, sostenerla en la medida en que la considerara justa, pero también abandonarla si entendía que el interior podía

resultar menoscabado de su aplicación⁴⁵. Sistema llamado unitario, pero de fondo federal, o sistema de denominación y de esencia federal, no hay diferencia para el riojano siempre que salgan del interior las iniciativas que lo configuren o, aunque no partan de allí, sean respetados expresamente sus fueros.

De este modo, el conflicto empieza a cambiar de plano; elementos históricos permanentes y concretos salen a luz del trasfondo de la expresión y arrasan con los esquemas: ya no es el caudillo contra el político, el irracional contra el hombre culto; aparece, en cambio, una continuidad mental en Facundo, un punto de vista alrededor del cual gira sin apartarse nunca y que confiere un nuevo sentido a su figura: es el ejercicio de una lucidez no abstracta sino cabalmente relativa a la situación del interior, respecto de Buenos Aires y/o a la permanente reivindicación en que está empeñado el interior⁴⁶.

⁴⁵ Enrique Barba, "Orígenes y crisis del federalismo argentino", *Revista de Historia*, N° 2, p. 14: "Juan Ignacio Gorriti, diputado por Salta, llega a llamar vendido a los intereses de Buenos Aires a quienes no se opongan, como él, a todo lo que propongan los porteños". (En el Congreso de 1824 a 1827).

⁴⁶ Los términos del problema se anticipan a Facundo pero constituyen un telón de fondo para su posterior actitud de reivindicación provincial. Lo confirman documentos publicados por Ricardo Caillet-Bois en *Archivo del Brigadier-General Juan Facundo Quiroga*, Universidad de Buenos Aires, Departamento Editorial, 1957. En el Tomo I, p. 23, Caillet-Bois dice, mostrando seguramente uno de los elementos del sentimiento antiporteño: "Este (Diego Barrenechea - 24 de mayo de 1818), con más bríos, por su reelección, volvió a la carga y una vez más abogó para obtener una ayuda destinada a desarrollar las labores mineras: "Constituido este Pueblo —expresó en su nota de 8 de junio— con un territorio árido, sin ríos ni llubias para la Agricultura, sin pastos para la cría del ganado, sin población, ni comercio por su extravío", lo único que podía contribuir o mejorar dicho cuadro era arrancarle al Cerro de Famatina sus fabulosas riquezas. Pero faltaban brazos, pues la recluta había hecho salir de la provincia a un crecido porcentaje de jóvenes. Solicitó entonces que se destinase a La Rioja, 300 de los prisioneros capturados en los campos de batalla de Chile. A fines de año, sin embargo, recibió orden para que moradores del distrito de su mando, se trasladasen a Buenos

En resumen, alrededor de esta cuestión, y teniendo siempre como insinuante fundamento de fondo la mecánica fáctica que brota del "interior" del país, se advierte un principio de contraposición de dos imágenes de Facundo. En la medida en que secunda los planes ilustrados, racionales, Facundo es dibujado con trazos casi simpáticos, con efusiva normalidad, pero apenas se opone a tales planes o les da un sentido nuevo, reaparece el primer Facundo, el irracional y seguro salvaje que maculará los principios y sacudirá todos los sistemas. La aparición del segundo Facundo es, por cierto, breve, así como es fugaz la defensa que hace del caudillo en función de su comprensión de una idea nacional. Este enunciado implica una suerte de *statu quo*, amenazado, sin embargo, por la contradicción: apenas Facundo obra como hombre integral del interior, Sarmiento, implacablemente, le quita rasgos humanos. Es como si admitiendo que el interior tiene reivindicaciones que hacer e intereses que defender, le repugnara que lo haga por sus propios medios, en su propio lenguaje. Pero Sarmiento resuelve la contradicción convirtiendo sus términos en conceptos de alcance programático: el unitarismo rivadaviano es la auténtica posibilidad de federalismo, en consecuencia el interior obtendrá de su realización los beneficios, las recompensas, el equilibrio de que carece y los recursos que le faltan; en cambio, el caudillismo como tal, nada de eso puede darle. Desde esta perspectiva, la derrota de Rivadavia es la derrota de la idea nacional, la condena por el hambre y el salvajismo a las provincias. El interés de Sarmiento por el interior se traslada de un plano al otro: del de la simpatía, que aflora como comprensión de situaciones de fondo, al de la política, en el cual solo se presentan formulaciones, planteos que tratan de implantar un sistema. Por eso, el afecto con que Sarmiento trata a Facundo depende o surge de la consustanciación que

Aires donde serían empleados 'en las faenas de las cosechas de esa campaña' (Oficio de Diego Barrenechea, al Supremo Director, La Rioja, 23 de Noviembre de 1818, en Archivo de la Nación, Buenos Aires, División Nacional, Sección Gobierno de La Rioja, 1817-1825, leg. número 2)".

le atribuye: un caudillo tan típico que además sea rivadaviano, constituye una síntesis felicísima entre legitimidad y autenticidad, el acuerdo entre ideología y realidad que tanto preocupó a Sarmiento. De ahí que la segunda imagen de Facundo tendrá, además de los rasgos físicos o psicológicos favorables, el carácter de síntesis representativa, que en una etapa elemental Sarmiento íntimamente asume, de los términos en que se mueve no sólo el personaje, sino el destino político del país. Claro que, como lo vengo diciendo, termina por primar el esquema mental que sofoca la materia vivencial y la soterra en la expresión, pero aquí subsiste y su perduración sugiere adecuaciones del mayor interés.

Las observaciones acerca del mejor trato significativamente dado a Facundo tienen corroboraciones diversas. Elijo especialmente el trozo que describe o comenta la actuación del caudillo en Buenos Aires. De la cita aprovecharemos para buscar más elementos, según el método acostumbrado. El trozo está en la p. 237:

"¿El espectáculo de la civilización ha dominado al fin su rudeza selvática, i quiere vivir en el seno del lujo i de las comodidades? Yo creo que todas estas causas reunidas aconsejaron a Facundo su mal aconsejado viaje a Buenos Aires. El poder educa, i Quiroga tenía todas las altas dotes de espíritu que permiten a un hombre corresponder siempre a su nueva posición, por encumbrada que sea. Facundo se establece en Buenos Aires, i bien pronto se ve rodeado de los hombres más notables; compra seiscientos mil pesos de fondos públicos, juega a la alta i baja; habla con desprecio de Rosas; declárase unitario entre los unitarios, i la palabra Constitución no abandona sus labios. Su vida pasada, sus actos de barbarie, poco conocidos en Buenos Aires, son esplicados entonces i justificados por la necesidad de vencer, por la de su propia conservación: Su conducta es mesurada, su aire noble e imponente, no obstante que lleva chaqueta, el poncho terciado y el pelo enormemente abultado."

Adviértase la urgencia con que es tratada esta semblanza. Digo urgencia porque más que en el sistema descriptivo hay una suerte de lanzamiento o precipitación de

conceptos, basada en una acumulación que pasa desproporcionadamente por alto, elementos del discurso lógico, porque se trata de decir cuanto antes todas las cosas que concurren a definir el hecho central que es la presencia de Facundo en Buenos Aires. Señalar las connotaciones o consecuencias que se desprenden de dicha circunstancia parece ser el objetivo primordial del ritmo narrativo impuesto. Podría atribuirse esta premura o descuido al carácter periodístico de la elaboración del libro, pero la justificación no es suficiente: Sarmiento hizo varias ediciones y recibió numerosas opiniones, entre otras la del gramático Mantilla, que bien pudo observar la inorganicidad del trozo. Porque si se mira bien hay nada menos que ocho conceptos diferentes que ninguna relación tienen entre sí, salvo la primordial, de orden intencional, de querer ubicar al hombre en su nuevo escenario. El procedimiento, o tal vez mejor dicho la falta de un procedimiento, o de un orden cualquiera produce una mezcla de niveles, de lo general a lo particular, de lo político a lo personal, de lo conocido a lo insólito. El primer concepto del trozo es claramente genérico ("el espectáculo de la civilización ha dominado al fin..."), el que le sigue menciona, como si fueran circunstancias concretas y probadas ("yo creo que todas estas causas reunidas") los elementos componentes del primer concepto; la apelación sirve de punto de apoyo al juicio que merece el viaje ("mal aconsejado"); el tercer concepto viene mezclado: una premisa de orden general y filosófica ("el poder educa") y una consecuencia particular y personal ("Quiroga tenía todas las altas dotes de espíritu que permiten a un hombre corresponder siempre a su nueva posición por encumbrada que sea"); el cuarto es una precisión absolutamente narrativa ("Facundo se establece en Buenos-Aires"), seguida por otro que no es más que un conjunto de anécdotas; el sexto concepto es de naturaleza eminentemente política ("habla con desprecio de Rosas, declárase unitario entre los unitarios, y la palabra Constitución no abandona sus labios"); el séptimo está dentro del orden de las explicaciones históricas, atribuyéndole a Facundo su inaugural razonabilidad ("su vida pasada, sus actos de barbarie, poco conocidos en Buenos-Aires, son explicados entonces i justificados por la necesidad de vencer, por la de su pro-

pia conservación"); el último, finalmente, es de índole puramente personal ("su conducta es mesurada, su aire noble e imponente, no obstante que lleva *chaqueta*, el poncho terciado y el pelo enormemente abultado"). En conjunto el retrato favorece al caudillo no solo porque no hay denuedos sino por las significaciones que se establecen mediante ligámenes interiores entre algunos conceptos. Entre la segunda parte del tercero, el séptimo y el octavo hay profundas y estrechas relaciones de sentido. Agrupados permitirán su mejor estudio:

3° Quiroga tenía todas las altas dotes de espíritu que permiten a un hombre corresponder siempre a su nueva posición por encumbrada que sea.

7° Su vida pasada, sus actos de barbarie, poco conocidos en Buenos Aires, son explicados entonces i justificados por la necesidad de vencer, por la de su propia conservación.

8° Su conducta es mesurada, su aire es noble e imponente, no obstante llevar *chaqueta*, el poncho terciado y el pelo enormemente abultado.⁴⁷

El ritmo de la prosa es común a los tres párrafos. Los adjetivos son elevados y el ritmo es sereno. Estos meros rasgos insinúan algo así como una voluntad de comprensión; tres elementos sintácticos concretos encarnan ese impulso: el uso del subjuntivo en el párrafo 3° ("por encumbrada que sea"), el impersonal en el 7° ("son explicados entonces"), el conjunto adverbial en el 8° ("no obstante"). En el primer caso, el subjuntivo tiene un sentido conjetural que beneficia al personaje de quien se trata; en otra disposición de ánimo, Sarmiento no se habría detenido a hacer consideraciones: habría afirmado lisa y llanamente como si estuviera vedada la duda sobre la forma de ser o de comportarse de Facundo. En el segundo, el pasivo está

⁴⁷ Véanse las notas 25 y 26, y remítanse al texto que complementan para comparar las referencias al pelo entre aquellos pasajes, y el de esta página. Mientras allí prima la obsesión del pelo, aquí hay una referencia que no sobresale estilísticamente de los otros elementos.

usado ambigüamente: por un lado podría decirse que ha sido omitido el agente; por otro, que su supresión impersonal puede implicar un gesto espiritual del escritor: la explicación es hecha en realidad por Facundo, pero se da a entender que puede haber sido asumida también por otro. De todos modos, queda como pasivo, el cual, en lengua española, tiene también sentido impersonal, forma que, por su parte, tiende a generalizar, a englobar.

Esta manera de redactar diluye lo que podía haber sido históricamente un mero recurso dialéctico de Facundo: no dice por cierto que Facundo era quien se justificaba; tampoco dice que los demás lo tuvieron por justificado, pero entre una y otra posibilidad algún resto material queda, por lo menos lo indispensable como para hacer disminuir en el ánimo del lector el desfavorable retrato de Quiroga trazado hasta aquí. En cuanto al "no obstante", en realidad debería invertirse el orden de los elementos para comprender el sentido positivo de la frase: "lleva chaqueta el poncho terciado i el pelo enormemente abultado i no obstante, su conducta es mesurada, su aire noble e imponente". Invertida, la frase no varía de sentido, pero en cambio trae reminiscencias de otras cosas que Sarmiento dijo de Facundo tomando como elementos de prueba exactamente los mismos términos. El tipo de orden elegido, ahora contra el que hubiera podido esperarse y que reaparece en la inversión sintáctica propuesta por mí, confiere una significativa primacía a ciertos elementos y disminuye la importancia de otros. Este movimiento enseña que las connotaciones que vienen de arrastre no tienen tanta importancia; que se quiere, inclusive, insinuar que no son tan fundamentales o, por lo menos, que el personaje tiene otra cara, menos siniestra que la primera.

Este análisis nos acerca ya algunas conclusiones. La primera de ellas es que la actitud espiritual de Sarmiento parece haber variado: existe en él cierta premura por relativizar una dureza inicial, la cual impresionaba todo el trabajo. La segunda es que gracias a este cambio se van perfilando o anticipando rasgos que pueden llegar a configurar una nueva imagen del retratado. Algunos de ellos están enunciados taxativamente en los trozos examinados: altas dotes de espíritu (frase 3°); necesidad de vencer por propia conservación (frase 7°); conducta mesurada, aire noble e

imponente (frase 8°). Estos datos nos ponen por sí solos frente a una presencia cuya dignidad queda muy realizada y le es consustancial. Si además antes de completar el retrato, recordamos la afirmación del sector quinto ("i bien pronto se le ve rodeado de los hombres más notables") que sugiere capacidad de relación, es decir sociabilidad, podemos ir afirmando que existe una nueva imagen, que ha surgido otro hombre sobre los restos del anterior. Dejamos anotadas estas bases para integrárlas a las conclusiones que puedan obtenerse del resto del material.

Para proseguir acumulando elementos, nos conviene ahora establecer vinculaciones entre los conceptos 2°, 4° y 6°. Como en el análisis último también los agruparemos:

- 2° yo creo que todas estas causas reunidas aconsejaron a Facundo su mal aconsejado viaje a Buenos Aires.
- 4° Facundo se establece en Buenos Aires.
- 6° habla con desprecio de Rosas, declárase unitario entre los unitarios, i la palabra "Constitución" no abandona sus labios.

A primera vista, es desconcertante la conducta de Facundo que de estas expresiones se desprende: ¿por qué viene a Buenos Aires, por qué habla mal de Rosas, su perfeccionador según Sarmiento, por qué defiende la causa de los unitarios, que él ayudó a perder? Todas estas preguntas tiene como respuesta una palabra contenida en el 6° concepto: es la palabra "Constitución" que explica y resume los objetivos perseguidos por Facundo. Recordemos una conclusión obtenida antes con relación a una idea de orden que caracteriza su conducta. Consecuente con ella y sabedor de las dificultades que se le presentan para corporizarla en un instrumento, se acerca en persona al lugar menos afecto a ella, más renuente a facilitar su realización. Este objetivo se constituye en su arma más eficaz lo cual permite, figuradamente, que se desprenda de las otras; esto favorece una revisión mental, una vuelta atrás sobre conceptos que parecían en su momento firmes y seguros con respecto a los unitarios, como cuando toma la decisión de abandonar a Rivadavia (p. 228). Pero los trozos ofrecen más sustancia todavía; advertimos que en los dos primeros hay una presencia común que es Buenos Aires y

que el tercero se refiere a Rosas. En realidad, ambos términos se implican o, por lo menos, considerados en un corte histórico, no se repelen, sobre todo en el juego en que están colocados en la expresión: por un lado, Rosas solapadamente se niega a la Constitución, por lo cual Facundo "hablará con desprecio" de él; por otra parte, realiza un viaje "mal aconsejado" precisamente al lugar en donde debe defender su proyecto; simultáneamente a sus expresiones de desprecio se declara unitario y no encuentra mayor eco ni protección, en la medida en que no existe ese partido y Rosas ha suprimido la oposición; si ésta existiera su viaje no sería tal vez tan mal aconsejado. Parece evidente que ambas nociones, Buenos Aires y Rosas, están expresadas por Sarmiento en una unidad, lo cual lo lleva a sugerir que Facundo ha hecho un retorno sobre sus anteriores cometidos desvirtuando el duro mecanismo inicial. El viraje es, en cierto modo, de naturaleza ideológica pues si la idea unitaria está ligada a la idea de constitución, que Facundo hable de una y otra debe tener sentido en su boca, sobre todo si la boca se abre en un terreno que se insiste en mostrar como enemigo. Además; si recordamos que "la unidad venía realizándose desde el interior" (p. 227) recupera congruencia el hecho de que Facundo elogio al unitarismo que si bien es una causa perdida, puede no ser una idea desperdiciada si se la relaciona, aunque sea implícitamente, con la obtención de un sistema que beneficie o reconozca reivindicaciones del interior⁴⁸. Es en torno de esta contrapolación que Sarmiento dibuja el nuevo Facundo, en una suerte de toma de conciencia de un conflicto de fondo, lucidez que tiene consecuencias en el retrato tanto físico como psicológico del caudillo.

⁴⁸ Confirma esta conjetura este párrafo de la p. 239: "Si se habla de escritores, ninguno hay que en su concepto pueda rivalizar con los Varela, que tanto mal han dicho de él. Los únicos hombres honrados que tiene la República son Rivadavia y Paz: ambos tenían las más sanas intenciones. A los unitarios solo exige un Secretario como el doctor Ocampo, un político que redacte una Constitución; y con una imprenta, se marchará a San Luis i desde allí la enseñará a toda la República en la punta de una lanza."

¿De qué modo traza el retrato? Dejemos de lado la base sobre la cual se apoya y veamos los rasgos de que consta. Empecemos por señalar que Facundo en Buenos Aires actúa de una manera que Sarmiento quiere connotar. Según Sarmiento su conducta contrasta notablemente con su alocado, brutal y conocido estilo. Hay, por cierto, una explicación (p. 238): que es una nueva recaída en el culturalismo⁴⁹.

"Sabe (Facundo) una vez que cierto boticario ha hablado con desprecio de sus actos de barbarie en el interior. Facundo se dirige a su botica, i lo interroga. El boticario le impone i le dice que allí no está en las provincias para atropellar a nadie impunemente. Este suceso llena de placer a toda la ciudad de Buenos Aires, ¡Pobre Buenos Aires tan candorosa, tan engreída con sus instituciones! Un año más i seréis tratada con mas brutalidad de la que fue tratado el interior por Quiroga. La policía hace entrar sus satélites a la habitación misma de Quiroga en persecución del huésped de la casa i Facundo, que se ve tratado tan sin miramiento, estiende el brazo, coje el puñal, se endereza en la cama donde está recostado, i en seguida vuelve a reclinarse i abandona lentamente el arma homicida. Siente que hai allí otro poder que el suyo, i que pueden meterlo en la cárcel, si se hace justicia a si mismo".

Este fragmento nos brinda una oportunidad para señalar la diversidad de planos en que se mueve Sarmiento. Por una parte afirma que Buenos Aires en tanto ciudad ha hecho que sus ciudadanos sean los representantes de una

⁴⁹ Sobre la insistencia de Sarmiento en este tipo de argumentación, ver Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica argentina*, Facultad de Filosofía y Letras, Rosario, 1963, p. 66: "Emocionalmente, Sarmiento aspiraba a integrarse en la clase y en el esquema social que le había señalado la presión del contorno. . . conspiraba contra esa integración el sistema racional con el que operaba en el plano lúcido de la conciencia. Al patriotismo, instancia propuesta por los hombres de Mayo, Sarmiento agrega la Ilustración. Pero una Ilustración que no se satisface con iluminar el mundo interior, una Ilustración que quiere y debe actuar sobre la realidad circundante, sobre los demás."

fuerza que puede ofrecer un diqué de contención a la barbarie, a la cual somete por mero ejercicio de su condición civilizada. Por otro lado, juzga candorosa la pretensión de Buenos Aires de vivir en el sentido que le indican sus instituciones. Estas no serán lo suficientemente fuertes como para oponerse a la devastadora potencia de lo que vendrá, es decir de Rosas. Quiroga ¡hasta el feroz Quiroga! recibe el impacto civilizador y se rinde, en la primera anécdota, a un valor moral; en el sector final de la transcripción en cambio, se entrega pasivamente a una arbitrariedad que nada tiene que ver con la fuerza antes definida de la ciudad, sino que alude a un estado de necesidad regido por un poder diferente y superior al suyo y que es, sin duda, el de Rosas. Todo está puesto junto, todo se alterna y está amasado como si fuera el mismo material, como si de repente la puja con Rosas, que lo ha conducido a Buenos Aires, se transfiriera confusamente al orden del conflicto superior entre "civilización y barbarie"; en el cual no se sabe muy bien qué personaje representa a qué termino y del que Rosas saldrá triunfante; como también dice Sarmiento que Rosas será peor para Buenos Aires que lo que fue Quiroga para el interior, puede quizá insinuar que Facundo representa frente a él la civilización, puesto que no se deja dulcificar por la cultura de Buenos Aires al tiempo que Rosas pisoteará brutalmente sus creaciones.

Pero analicemos el núcleo de esta cita para retomar el rumbo. Buenos Aires es presentada como irradiando una fuerza capaz de reducir el salvajismo irracional del caudillo. Se produce como consecuencia una contrastación de imágenes de Facundo que Sarmiento considera oportuno hacer en este momento porque quiere exaltar de paso el alto grado de energía cultural que condensa Buenos Aires. ¿Es posible creer en tal potencia? ¿Es posible que en 1834 después de solo 24 años de independencia Buenos Aires tenga tal fuerza irradiante? ¿Por qué motivo puede haber evolucionado tanto la aldea de 1810? Sarmiento no conocía Buenos Aires; para saber lo que era es mejor remitirse a Mármol que en su *Amalia* nos pone un poco más en la realidad de una ciudad, cuyo proceso de formación se produce a los sacudones sin tiempo para que arraiguen y se

interioricen en los habitantes las reformas que desde arriba y solo a partir de 1824 se imponen⁵⁰

De modo, pues, que parece débil argumento que Buenos Aires haya podido imponer módulos a tan sólido personaje por mera presión ambiental. ¿Cuáles pueden ser entonces los argumentos para justificar esos cambios? Uno, que puede tener solidez, aunque esté inscripto en un or-

⁵⁰ Sarmiento exagera sobre la fuerza cultural de Buenos Aires. En p. 129 dice: "El contacto con los europeos de todas las naciones es mayor aún desde los principios, que en ninguna parte del continente hispanoamericano: la *desespañolización* i la *europificación* se efectúan en diez años de un modo tan radical solo en Buenos Aires se entiende". Que hubo un intento de asimilación rápida de la cultura europea está probado: no hay más que revisar la colección del periódico *La Abeja Argentina*, de la época rivadaviana, reproducido por *Biblioteca de Mayo*, tomo IX, Senado de la Nación, Buenos Aires, 1960. En cuanto a los resultados de dicha empresa, será útil recurrir a testimonios directos de la época (Viajeros ingleses) o a recuerdos redactados después (Vicente Fidel López, *Autobiografía*, *La Biblioteca*, tomo I, 1896; Víctor Gálvez, *Memorias de un viejo*, 1888; José Antonio Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás*, Buenos Aires, 1881). De los primeros, reproduzco este juicio de Juan Miller (1826): "Los rápidos adelantos hechos por los argentinos en civilización se han atribuido en parte a su libre comercio con los ingleses y otras naciones; pero aun mayor comunicación ha existido por siglos entre Inglaterra y Portugal, y Lisboa no se la considera generalmente como *mucho más adelantada* en refinamiento que las otras grandes ciudades de Europa; por lo tanto, será quizá más justo atribuir los adelantos de Buenos Aires a la amabilidad y viveza intelectual de los americanos del Sur. Con tan nobles rasgos fácilmente excusaremos la fanfarrona inclinación que frecuentemente caracteriza a los hombres de Buenos Aires, pero lo cual será indudablemente borrado cuando la experiencia les enseñe que el buen gusto reprueba tan indecorosa como inútil propensión." (*En Buenos Aires visto por viajeros ingleses*, Buenos Aires, Emecé, 1945). De los segundos, este párrafo de Wilde: "Debemos agregar, aunque con pesar, que los decretos entonces, como antes y como después, se sucedían con asombrosa rapidez, muchos de ellos tan ricos en teoría como desprovistos de utilidad práctica. Especialmente en esa época (la de los *bandos*), se notaba una vacilación, que solo pudo justificarse por las dificultades y la inexperiencia de Gobiernos nuevos." (*Buenos Aires desde 70 años atrás*, Buenos Aires, Eudeba, 1961.)

len muy inmediato, es que Quiroga, sagazmente, pudo haber reprimido su agresividad en un terreno ajeno en el cual regía un "poder diferente al suyo". Facundo, en este caso, pudo haberse dicho: "Rosas es poderoso aquí, debo someterme a su ley para lograr mis objetivos". Reflexión no solo prudente sino proveniente de una alta capacidad de examen. Este punto de vista parece confirmarse en la p. 243 cuando dice: "La brutalidad i el terror vuelven aparecer desde que se halla en el campo, en medio de aquella naturaleza i de aquella sociedad semi-bárbara", es decir en terreno propio. Pero la agresividad no está tan absolutamente reprimida pues Facundo "declárase unitario entre los unitarios i la palabra Constitución no abandona sus labios". ¿Es esto ser prudente, es esto esconder las uñas ante un enemigo más poderoso? Desechamos también por lo tanto esta conjetura así como la culturalista que esboza Sarmiento, pues es tan clara la exposición de sus objetivos políticos, tan audaz su viaje "mal aconsejado" para estudiar sobre el terreno las dificultades que existen para lograrlos, que la expresión de sus cambios de aspecto exterior y de conducta, debe estar basada en una comprensión más honda de sus motivaciones, en la aceptación de que responden a un entronque más serio en la realidad natural a tan poderoso personaje⁵¹.

"Sus hijos están en los mejores colejos; jamás les permite vestir sino de frac o levita, i a uno de ellos que intenta dejar sus estudios para abrazar la carrera de las armas, lo po-

⁵¹ Cf. Tulio Halperin Donghi, "El surgimiento de los caudillos en el marco de la sociedad rioplatense posrevolucionaria", *Estudios de Historia Social*, Año I, N° 1, Buenos Aires: "Aun en esta etapa avanzada de su ascenso hacia un poder más que local este prototipo de caudillo no se coloca en contra sino dentro de un orden en el que participarán los herederos políticos del caído régimen central y los futuros dirigentes de la renovada tentativa unitaria. La solidaridad de Quiroga con el orden vigente llega por cierto muy lejos: guiado por sus asesores de Buenos Aires influye para que la disciplinada legislatura de su provincia se pronuncie en 1824 por la solución unitaria, sigue con interés nada hostil las primeras etapas del funcionamiento del Congreso Constituyente, del que espera que transformará su grado militar provincial en uno del ejército nacional... (Archivo Quiroga, Cargas a Ventura Vázquez)."

ne de tambor en un batallón hasta que se arrepienta de su locura".

Dice Sarmiento en la p. 239, con lo cual intenta indicar que las nociones culturales son activas en la conciencia del personaje, que hay un lugar en su cerebro para el orden y la disciplina y, en la medida en que quiere insertar a sus hijos en estas redes civilizadas, para un sentido claro de lo histórico entendido desde luego desde el punto de vista de Sarmiento. No es Buenos Aires quien lo cambia transitoriamente, como si Facundo fuera una arcilla impresionable por cualquier mano; es él mismo quien alberga el cambio en su forma de ser, y necesita solo el lugar propicio para manifestarlo. En última instancia, tiene un sentido de la realidad que lo hace ser respetuoso de quienes lo merecen (Lavalle, Rivadavia, Paz) e irreverente o brutal con quienes son incapaces de superarlo. Surge ese sentido fluyente de lo real por debajo de las superestructuras culturales, surge a pesar de Sarmiento mismo en una dimensión que trasciende lo psicológico-individual, en cuanto la nueva conducta de Facundo en Buenos Aires tiene como sentido imponer a la ciudad, propósitos de unidad nacional que Sarmiento no tiene otro remedio que aceptar pues son nobles y además son los mismos que persiguió en su momento Rivadavia. Si, por otra parte, se tiene en cuenta que Buenos Aires se niega a ellos y que en Buenos Aires se resume el origen de los males que padece el interior, el conflicto queda claramente planteado y la segunda imagen de Facundo, opuesta a la primera, se constituye en el instrumento para comprender la posición que frente al caudillo Sarmiento interiorizó, posición que en homenaje a un fin de contenido político intentó tapar por medio de una maraña de conceptos y de ideas.

Concluida esta segunda imagen de Facundo y extraída la enseñanza que venimos persiguiendo de su enfrentamiento con la primera, conviene hacer un nuevo rastreo, puramente confirmatorio. Es decir: conviene ver si en el Facundo se traza una imagen favorecida del interior y si frente a ella hay una imagen del proceso de absorción y de deterioro que caracteriza la posición de Buenos Aires en el conflicto que venimos cercando. Este rastreo será de carácter ordenativo. Con método similar al utilizado hasta

ahora trataremos de organizar la idea de Sarmiento acerca de qué era y qué papel jugaba el interior, así como Buenos Aires en la relación establecida entre ambos términos.

IV. IMAGEN DEL INTERIOR

El análisis de los elementos que pueden llegar a configurar, según nuestro método una imagen del interior no exigirá una matización como la que, sin ahorrar minucia, hemos tratado de poner en movimiento en las partes precedentes de este estudio. Es muy posible que nos veamos ayudados en nuestro trabajo por el hecho de que casi todo lo que se refiere al interior, dentro del material que me ha parecido sugestivo, pueda extraerse del sector confirmatorio, de cuya existencia diéramos cuenta al comenzar el trabajo y que, contrariamente al sector expresivo, no necesita mayormente de inducciones estilísticas. Pero, no obstante, tal vez haya una suerte de progreso en la exposición de las ideas relativas al interior, razón por la cual será útil deslindar planos que, como siempre en Sarmiento, aparecen contaminados o, mejor dicho, poco organizados aunque, como lo sostenemos repetidamente desde aquí, posee una forma de orden que implica muchas consecuencias.

En la p. 33: Sarmiento dice:

"Lo que por ahora interesa conocer, es que los progresos de la civilización se acumulan en Buenos Aires solo: la Pampa es un malísimo conductor para llevarla i distribuirla en las provincias, i ya veremos lo que de aquí resulta".

Firme en su idea de la civilización, Sarmiento aplica un

simil de la ciencia física para iniciar sus reflexiones: "la Pampa es un malísimo conductor para llevarla i distribuirla en las provincias"; esto es lo primero que salta a la vista, pero también llama la atención el contenido de esta propuesta: aparece en ella una diferenciación que tiene seguramente implicaciones; se trata del papel diferente que se acuerda a la Pampa y a las provincias. En un principio, eran términos prácticamente sinónimos, por lo menos en una perspectiva histórica tal que llegaba a taponar las leyes inflexiones teóricas que concluían antes de desenvolverse. Ahora, la precisión es mayor y pampa y provincias, aparecen en la intención de Sarmiento como entidades tan diferentes que ni siquiera se especifican una a la otra. En cambio, el término Buenos Aires y el término provincias aluden a realidades que se sitúan intencionalmente en el mismo nivel. ¿Pero en qué consiste la diferencia entre pampa y provincias? En primer lugar, "pampa" parece ser considerada en esta expresión como un medio, es decir algo concreto y físico, provisto de un mecanismo funcionante, mientras que "provincias" es una designación cuya mayor fuerza reside en lo que tiene de sentido jurídico o, más aún, como si éstas fueran recipientes cuyos contenidos deben proceder no de la "pampa" (meramente un "malísimo conductor") sino de la "civilización", el proveedor absoluto, por más abstracto y puramente ideal que sea su fundamento⁵². Al principio, podía suponerse que la expresión considerada era una simple comprobación; vistos estos matices oposicionales adquiere cierto relieve: el término "civilización", retomando el pensamiento, encierra el conjunto de normas, de ideas, de conceptos, que conducen a de-

⁵² Es claro que para Sarmiento la civilización no es sólo un concepto sino una sustancia producida por el trabajo humano y definida por hechos que le otorgan un sentido histórico, es decir que surge de una experiencia. No obstante, o precisamente por eso, el carácter de cosa aplicable que le atribuye Sarmiento hace mecánica la experiencia ajena y la torna ideal frente a las exigencias perentorias de la realidad inmediata. Destino quizá de toda reforma procedente de la cultura y no de una síntesis entre cultura y realidad, a veces no inteligible por la cultura. Por otra parte, que la realidad sea corregible no impide que un plan "civilizado" de corrección pueda ser considerado abstracto.

terminado fin para la comunidad mientras que "pampa" representa un sólido y concreto medio, todavía no un lugar determinado sino tan solo un vehículo, pura física y objetividad. Las provincias, que son lugares precisos y restringidos por motivos históricos y fundamentos jurídicos, es decir racionales, están aisladas por dicho vehículo y no reciben en consecuencia las normas, ideas o conceptos y resultados de su aplicación, que quedan retenidos, afincados en Buenos Aires. Se plantea entonces, pampa de por medio, una nueva oposición de hecho: Buenos Aires acumula todas las ventajas de la civilización, mientras que las provincias carecen de las más elementales.

Pero dejemos por el momento de lado esta vertiente del análisis; retengamos en cambio el núcleo desencadenante, es decir la diferenciación entre pampa y provincias, cuya formulación —podemos adelantarlo— no parece estar constantemente presente en el espíritu de Sarmiento. Por el contrario, hay expresiones que de pronto insinúan la confusión entre las dos imágenes. Por ejemplo ésta de p. 33: "la barbarie i la violencia bajaron a Buenos - Aires más allá del nivel de las provincias". Es relativamente sencillo describir el núcleo de la confusión: "provincias" está usado aquí como designación geográfica en la cual lo característico es "la barbarie y la violencia" que, dentro del sistema de Sarmiento, eran el producto típico de la pampa. Si esto es así, lo jurídico se hace concreto a través de la barbarie y la expresión "provincias" deja de oponerse a la de "pampa" para identificarse con ella. Esta identificación, aunque da lugar a importantes variantes, se confirma en términos generales en otras expresiones, tales como ésta también de la p. 33:

"Buenos-Aires, en lugar de mandar ahora luces i prosperidad al interior, mándale sólo cadenas, hordas exterminadoras y tiranuelos subalternos. También se venga del mal que las provincias le hicieron con prepararle a Rosas!"

A primera vista, esta cita robustece la variante de la identificación entre "provincias" y "pampa" contraria al matiz inicialmente señalado. Las provincias, según la lectura de este texto, como una emanación de la barbarie que contienen es decir como un producto indiscriminado de la

pampa, preparan a Rosas y lo envían sobre Buenos Aires. Ahora bien, Buenos Aires a su vez manda esclavitud a las provincias como esperada respuesta. Vale la pena detenerse sobre este juego de interacciones porque tal vez se pueda llegar a una zona significativa diferente, que nos permita recuperar la diferencia entre "pampa" y "provincias". Por de pronto, todos estos males expuestos se están produciendo "ahora"; "ahora" es el momento, por otra parte, en el que se advierte —y así el texto lo destaca— la existencia y la forma de obrar de un mecanismo histórico de tipo circular, gracias al cual ciertos hechos vuelven sobre sus causas para modificarlas o acentuarlas sin que se sepa no obstante dónde está el comienzo del complicado proceso dialéctico. Pero algo queda claro a pesar del presente tan enredado: si "ahora" ocurren tales cosas bien puede suponerse que "antes" no sucedían y, por igual razón, que quizá en el futuro no se produzcan. Como ese mecanismo es de naturaleza eminentemente histórica y no providencial, puede detenerse en algún momento, puede interrumpirse o ceder ante fuerzas de un orden que puede presionar aunque todavía no se hayan definido sus módulos. Vale decir que si hoy "pampa" y "provincias" integran una sola y misma cosa en cuanto funciona ese mecanismo, antes tuvo que haber habido una distancia; una separación entre ambos términos, que bien pudo ser vivida como una incipiente colisión entre dos fuerzas, como una lucha al cabo de la cual la "pampa" ha primado y se ha superpuesto a las "provincias" confundiendo la imagen⁵³. Así considerada esta relación, dinámicamente, podemos regresar a la conclusión que habíamos obtenido en un primer momento: las "provincias" son un continente vacío de sustancia, la cual se sigue acumulando en Buenos Aires.

Pero también este trozo contiene, como subrepticamente, la palabra "interior", presentada como equivalente a provincias; casi como sin darle importancia, aparecen situadas en un mismo nivel estilístico lo cual encubre un

⁵³ Sobre esta lucha, Sarmiento transmite momentos dramáticos. Cf. p. 38: "la ciudad capital de las provincias pastoras existe algunas veces ella sola sin ciudades menores, i no falta alguna en que el terreno inculto llegue hasta ligarse con las calles. El desierto las circunda a más o menos distancia, las cerca, las oprime. . ."

matiz diferencial importante. El hecho de que "las provincias le prepararon a Rosas" remite al establecido sentido jurídico de esa entidad, contrapuesta de totalidad a que remite la enumeración violenta; la diferencia consiste en que el término "provincias" es restrictivo del término "interior", el cual podría expresar una realidad sintética de carácter permanente: aquella idea bajo la cual se unen o reúnen la "pampa" y las "provincias", es decir algo genérico, una entidad de definida fuerza significativa en relación con y en oposición a Buenos Aires. El término "interior" liquida, a su vez, otras distinciones que responden a la antigua concepción: ciudades capitales, ciudades menores, vehículo conductor, etcétera. Yo creo que el empleo de esta palabra no es casual ni intrascendente: es probable que Sarmiento se valiera de ella cada vez que su terminología culturalista le resultara pobre, incapaz de abarazar o alcanzar problemas que no pueden ser cómodamente ubicados y que cubren aspectos complejos. Pero es claro que hay una oscilación de lo general a lo particular; si el interior cubre las provincias siendo lo general, lo que se le aplica debe también ser aplicado a ellas que son lo particular. Por lo tanto, y recordando que las provincias son como recipientes que esperan una sustancia cabe preguntarse: ¿cuáles son los contenidos que Sarmiento supone propios de las provincias? La misma cita nos proporciona la respuesta: "En lugar de mandar ahora luces, riqueza y prosperidad al interior, mándale sólo cadenas, hordas exterminadoras, y tiranuelos subalternos".

Parece entonces bien claro: lo que Buenos Aires acumula y aquello de que carecen las provincias es "luces, riqueza y prosperidad". Más aun, si utiliza en este caso la expresión "al interior" es porque cada uno de los tres elementos enumerados entraña un orden de realidad potencial, con capacidad de obrar, que podría haber actuado sobre una totalidad transformándola; sobre una totalidad y no sobre una parte de ella, la jurídica o formal. No obstante esos elementos también constituyen el material para que esa entidad jurídica o formal llegue a tener vida. Pero la sustancia de esos tres vehículos deben llamarnos la atención; si observamos un poco comprobaremos que su mayor relieve o significación residen en el orden de lo económico-social-cultural⁵⁴. No obstante esta pretensión, decir

"Luces, riqueza y prosperidad" es acaso demasiado genérico: se debería indicar en qué consisten las luces, cuál es esa riqueza y cómo se organiza la prosperidad. Deberíamos tratar de ver si Sarmiento nos lo dice y si nos informa de paso, acerca de sus esperanzas o ideas sobre qué debe ir a las provincias, acerca de qué debe fluir sobre el interior para ponerlo al ritmo de "los progresos" de la civilización. Por de pronto, tenemos que reconocer un hecho quizás de índole subjetiva; parece claro, en la expresión de Sarmiento, que el interior *merece* esa distribución de bienes que residen y se acumulan exclusivamente en Buenos Aires.

Pero si se hace un corte de sentido histórico sobre esta última conclusión se tropieza con una inquietante simplificación de conceptos, bastante típica de la expresión sarmientina. De este encontronazo surge una gran perplejidad. ¿Cómo podría Buenos Aires mandar luces, riqueza y prosperidad si Rosas, que es la generalización intelectual de la barbarie, se ha enseñorado de ella? ¿No es acaso previsible y natural que en estas condiciones Buenos Aires envíe cadenas, hordas y tiranuelos? Si esto es así, ¿por qué Sarmiento pide lo imposible precisando su requerimiento con ese deslizado y comprometedor "ahora"? ¿Será que esos bienes que "ahora" no son distribuidos, podrían serlo igualmente "ahora"? ¿Será que su naturaleza, en la idea de Sarmiento, excluye la ocasional presencia de un tirano,

⁵⁴ Así lo indica su propio sentido, pero tanto o más hace destacar esta significación el contraste que proporciona, en la misma frase, la presencia de tres menciones que contrabalancean y que obrando como reemplazantes de signo contrario, apuntan a un orden exclusivamente político: "cadenas, hordas exterminadoras, tiranuelos subalternos". A mi juicio, el argumento del contraste es válido para admitir el alcance significativo de aquellos términos porque se apoya en notorios puntos de vista de Sarmiento, para quien —como lo formula repetida y sistemáticamente— el medio ambiente, es decir lo que podríamos llamar una estructura natural, engendra espontánea e ingenuamente diversas formas de la relación societaria, dentro de las cuales se establece una jerarquía basada en la mayor o menor presencia de la voluntad. Las formas políticas, al parecer según este criterio, se dan en un nivel superior que excluye o simplemente deja de lado las económicas o sociales que, de este modo, resaltan al ser agrupadas y aisladas.

fenómeno esencialmente político, y atiende a una funcionalidad que cubre una instancia mayor? Todo esto quiere decir que los bienes a que se alude son concebidos como característicos de un sistema de producción que la barbarie no podría tocar, como tampoco puede destruir esos bienes que se refieren a un orden que trasciende el político; éste puede aprovecharse desde luego, sin que ello signifique abolir el papel jugado por una y otra instancia.

En suma, Buenos Aires se reserva "luces, riqueza y prosperidad" en virtud de un movimiento permanente, sistemático, suprapolítico de absorción que hace desdichadas a las provincias, quitándoles sus posibilidades de desarrollo en un orden económico-social básico. Pero esta interpretación quizás no sea la única. Cabe otra que no se pregunte por los trasfondos de la expresión y se atenga meramente al plano conceptual. En este terreno, lo literal puede querer decir algo opuesto a nuestras conjeturas, o sea algo así como que "antes" de que viniera el tirano, los bienes de referencia, que Buenos Aires sabe producir y acumular, fluían generosamente hacia las provincias inundándolas de posibilidades. Esta conclusión, repito, apoyada en la letra sin revisar sus rincones, es la más inmediata y podría incluso parecer la más razonable si la realidad no estuviera para desmentirla. Sarmiento sabe que en verdad "antes" Buenos Aires solo envió reclutamientos militares u órdenes abstractas de organización política, no progreso, ni luces, ni riqueza. De este modo, el contraste que desencadena el adverbio de tiempo no se produce en el fondo entre dos ideas políticas, unitarios y federales, connotadas respectivamente por una oposición temporaria, sino que se orienta hacia un tipo de contradicción menos simplista, contenida en el sentido global de la expresión. Esta es la razón que mueve a Sarmiento a decir, en la misma p. 33, superando el nivel político del juicio contenido en sus recientes manifestaciones, que:

"No hai que quejarse de Buenos-Aires, que es grande, i lo será mas, por que así le cupo en suerte. Quejémosnos de la ignorancia de este poder brutal que esteriliza para sí i para las provincias los dones que natura prodigó al pueblo que estravía".

Con esta frase define al mismo tiempo la situación y el papel que cumple Buenos Aires en relación con todo el país, pero su palabra parece un tanto inorgánica, o por lo menos tan enrevesada como para exigir un cierto reordenamiento. En primer lugar es necesario deslindar el sentido de la segunda frase, ambiguo a mi entender: ¿qué o quién es "este poder brutal que esteriliza para sí y para las provincias los dones que natura prodigó al pueblo que estravió"? Ese poder actúa de tal modo por una "ignorancia" de la cual debemos quejarnos, en vez de hacerlo de Buenos Aires que es y será grande gracias a su suerte. ¿Es Rosas este poder brutal o bien los caudillos provinciales que no saben defender sus propios intereses? Por un lado, uno se resiste a creer que sea Rosas de quien sabíamos que era el cálculo, la frialdad misma, el designio; es atribuirle "ignorancia", aunque no por cierto brutalidad. Por otra parte, ¿cuál es "el pueblo que estravió" y quien "lo estravió"? Es el mismo "poder brutal" quien lo estravió, siendo así que natura le prodigó gran cantidad de bienes. ¿Se refiere a todo el país o a una zona limitada? Más bien creo que la palabra "pueblo" está empleada castizamente, es decir, que indica una unidad humano-geográfica, y no con el sentido romántico de *volk*. En suma existe o existió una posibilidad de grandeza que se hubiera desparramado sobre un pueblo si la ignorancia de un poder brutal no la hubiera esterilizado; además, la esterilizó para las provincias. Es decir que ese pueblo y ese poder son algo diferente de las provincias; por oposición es fácil concluir que ese pueblo y ese poder se refieren o se sitúan en Buenos Aires. Pero ese poder esterilizó las posibilidades también para sí. ¿A qué viene esta consideración? ¿Podía acaso ser de otra manera? ¿Podía engrandecerse un poder brutal "estraviando" a un pueblo esterilizando para las provincias los bienes prodigados por natura? Creo que esto hay que entenderlo vinculándolo con el sentido de la primera frase: "No hai que quejarse de Buenos-Aires, que es grande, i lo será más, porque así le cupo en suerte". Es decir que se establece una diferencia esencial, aparte de lo que corresponde a las provincias, entre el poder brutal, el pueblo estraviado y Buenos Aires misma. No importa que el nivel estilístico en el que Sarmiento pone a las provincias sea el del poder brutal y no el de Buenos Aires;

el objetivo significativo del párrafo no es aquí reivindicar a las provincias sino deslindar lo transitorio de algo permanente, lo político, acaso, de lo estructural. Porque, ¿cómo logra Buenos Aires ser grande si el poder que la conduce es esterilizante para sí? Si a juicio de Sarmiento aun el futuro está asegurado para Buenos Aires, es porque la presencia de dicho poder no lo compromete, es porque poder y Buenos Aires son entidades de naturaleza diferente que no se identifican, ya que las ondas sobre las que se mueven tienen también alcances propios, que no se afectan recíprocamente.

De modo entonces que Buenos Aires vendría a ser lo permanente, el poder que la gobierna lo transitorio. ¿En qué sentido cada uno de estos elementos justifica su condición? Por de pronto confirmando lo dicho antes sobre su egoísmo, la permanencia de Buenos Aires, cuya grandeza sin duda aumentará, guarda una relación directa con la acumulación de bienes. En la medida en que los siga acumulando, Buenos Aires seguirá siendo, seguirá funcionando de acuerdo a su sentido más entrañable, hecho que no ha variado ni ha de variar a causa de la presencia de un poder más o menos tiránico. Es una especie de fatalidad nacional considerada desde la perspectiva provinciana: la única esperanza que quedó en pie es que si tal poder brutal, que ha exacerbado el ansia porteña, no existiera, el interior recibiría tal vez más de esos bienes de que ahora se la despoja.

Parece ser que Buenos Aires tuvo la "suerte" de su grandeza. A eso hay que añadirle, como está escrito en otro lugar, el auxilio de la Providencia, que ha situado, por ejemplo, la ciudad del lugar en el que está⁵⁵. Sarmiento se limita, en esta ocasión, a señalar estos hechos sin ninguna rebeldía. Es como si la "suerte" de Buenos Aires superara su capacidad de comprensión, por lo menos por el momento: se lamenta, simplemente, de que esa "suerte" no se traduzca en un beneficio general para las provincias. Esta conclusión no nos deja satisfechos, sobre todo porque proviene, paradójicamente, de un espíritu acendradamente historicista. Sarmiento no hizo el análisis metodológico de ese fenómeno, cuya designación es tan imper-

⁵⁵ Cf. Sarmiento, *Facundo*, p. 32.

fecta, lo cual no quiere decir que de algún modo no lo haya explicado o no se haya referido a él. No obstante, no es fácil establecer su pensamiento al respecto. Se me ocurre, para empezar a examinar esta cuestión, que en la p. 32 (descripción de Buenos Aires) hay una expresión clave:

"En vano le han pedido las provincias que les deje pasar un poco de civilización, de industria i de población europea; una política estúpida i colonial se hizo sorda a estos clamores."

Es por cierto, Buenos Aires quien ha hecho vanos los requerimientos de las provincias: no las ha escuchado en virtud de una política que merece la adjetivación que destacamos. Volvemos a encontrar aquí la distinción entre Buenos Aires y el poder político que la conduce, pero también una nueva oposición que lleva el pensamiento a una zona más lejana: "civilización, industria i población europea" frente a "política colonial". Este enfrentamiento es traducción de otro más amplio, que hemos formulado ya en la primera parte de este trabajo; me refiero al de los términos de Europa y España, oposición que conlleva, además, otros conceptos encarnados en distintos planos de la realidad nacional. Esta conexión, plausible dentro del sistema sarmientino, nos aleja de la zona polémica que implica la adjetivación aplicada a la palabra "política", de resonancias actuales, pues alude a Rosas, sabido como es que para Sarmiento, Rosas es un resto español enquistado en la vida argentina. Si nos atenemos al contenido histórico-crítico de la expresión, podemos llegar a suponer que Sarmiento quiere aludir, condenándola, a una estructura que, proveniente de la época española, ha tenido nefastas consecuencias sobre el desarrollo armónico del país. Es cierto que la mención es incidental, y tal vez constituya un mero ataque a Rosas, pero si se recuerda la importancia que confiere Sarmiento a la oposición entre Córdoba y Buenos Aires, quizás se pueda pensar no muy arbitrariamente que lo hispánico y su supervivencia en el interior es causa de la "suerte" de Buenos Aires y que, por la misma razón, fue creada una zona de necesidad históricamente permanente en el

interior. En apoyo de esta conjetura que resolvería el problema que nos ocupa en este momento, recordemos la carga historicista que acompaña toda reflexión de Sarmiento; en este aspecto, hay que decir que las dificultades en el análisis provienen del hecho de que las referencias a lo hispánico son en Sarmiento por lo general imprecatorias y desordenadas sin contar con lo que implica una evidente inclinación por las interpretaciones deslumbrantes, basadas en una mayor afinación de lo cultural que de lo económico.

Pero no hay que creer que el interior ha sido siempre esa zona de necesidad. En la p. 86, concluyendo un capítulo dedicado a las ciudades hay una breve, pero vívida descripción del presente:

"Ahora que nada les queda de lo que en hombres, luces e instituciones tenían, ¿qué va a ser de ellas? La ignorancia y la pobreza, que es la consecuencia, están como las aves mortecinas, esperando que las ciudades del interior den la última boqueada, para devorar su presa, para hacerlas campo, estancia".

Surge rápidamente por oposición un "antes" que insinúa toda configuración de la realidad contrapuesta a la actual carencia, que se manifiesta claramente en el orden material como un proceso que tiene su origen en la crisis espiritual y cultural. Desde luego que esa jerarquización de elementos es resultante del tributo a un tipo de pensamiento que acaso no sea universalmente compartido en la actualidad porque ni las luces preceden necesariamente a la riqueza ni, a su vez, la carencia de luces es signo fatal de pobreza⁵⁶. Seguramente esa expresión simplista responde tanto a una necesidad expresiva, a saber la necesidad de condenar lo más esquemáticamente posible este nefasto

⁵⁶ Otra de las inconsecuencias de Sarmiento, porque junto a la afirmación del texto, hace esta otra, en p. 38: "La clasificación que hace a mi objeto, es la que resulta de los medios de vivir del pueblo de las campañas, que es lo que influye en su carácter y espíritu". Si insisto en la frase del texto es porque, siendo más enfática, estilísticamente más rica, indica quizás una idea más profunda, una menor intelectualización.

presente como a un análisis historicista concreto, cuyos límites estuvieran dados por las formas posibles de desarrollo de una comunidad surgida por copia de otras y sin su propio pasado; en este caso, quizás Sarmiento esté reclamando la aplicación de fórmulas que aunque vengan de otras partes, no pueden sino admitirse so pena de recaer en la barbarie. Sea como fuere, hay en esta expresión de Sarmiento un modo un tanto arbitrario —o por lo menos presuroso— de ordenar los planos de la realidad; no puede decirse, mecánica, que esta conducta ideológica es superficial sino, acaso, resorte propio de una época que sin duda mezclaba, por sistema —o por carencia de él— lo estructural con las superestructuras⁵⁷. A causa de esa carencia ideológica, o entrampado por lo que seguramente ha vivido como un sistema, Sarmiento parece estar constantemente a punto de darnos la respuesta que buscamos, o bien parece tenerla formulada en su espíritu; si tal pasaje hacia el exterior de lo que en él es un conocimiento o una vivencia cierta no se produce, es por culpa del mecanicismo cultural que lo arrastra y le hace postergar formulaciones que abarcarían grandes trozos de la realidad.

Esta encrucijada en la que nos sitúan las propias peculiaridades de la mentalidad de Sarmiento, nos obliga a extraer de su expresión misma los elementos que, según su manera de ver, definían a las ciudades del interior en ese "antes" sugerido por los nerviosos "ahora" que ofrecen el punto de referencia, esos detestables "ahora" en que, como se dice bellamente en la p. 38, "el desierto las circunda, a más o menos distancia, las cerca, las oprime..."

Para obtener un retrato del "antes", volveremos a aplicar la técnica de los contrastes que todavía nos puede

⁵⁷ Prueba de este entrecruzamiento es el cuestionario de p. 80, considerado como un anticipo interesante de la moderna encuesta sociológica. En este caso, sin embargo, quizás otro mecanicismo esté puesto en marcha, la necesidad de manifestar tendencias de tipo social, de carácter diferenciador, que giran sobre el eje de objetos culturales. El libro de Prieto, ya citado, contiene un interesante análisis sobre esta cuestión: qué clase de jerarquías establece, cuáles son los tabús que estima respetables, sobre qué tipo de ideales se recortan sus ideas, etcétera.

dar algunos resultados. Veamos este trozo de p. 38:

"Ahora, todos los pueblos argentinos, salvo San Juan y Mendoza, viven de los productos del pastoreo; Tucumán explota además la agricultura, i Buenos-Aires, a más de un pastoreo de millones de cabezas de ganado, se entrega a las múltiples y variadas ocupaciones de la vida civilizada".

Aquí tenemos ya insinuados algunos elementos, pero nos vendrá bien apelar a otros dichos de Sarmiento para completar su sentido, por ejemplo éste de la p. 81 en el cual queda explicada la salvedad hecha más arriba con San Juan:

"San Juan es una provincia agrícola i comerciante, exclusivamente; . . . ha crecido en población a causa de los progresos de la agricultura, i de la emigración de La Rioja y San Luis, que huye del hambre i de la miseria. Sus edificios se han aumentado sensiblemente; lo que prueba toda la riqueza de aquellos países, i cuánto podrían progresar si el Gobierno cuidase de fomentar la instrucción i la cultura, únicos medios de elevar a un pueblo".

Desordenado a causa de la urgencia, así como de los vaivenes ideológicos (comparar la relación entre economía y cultura de la primer parte del trozo con la del final) este pasaje centra su fuerza en una idea básica y principal, a saber que gracias a "la riqueza de aquellos países" San Juan ha podido resistir más tiempo la barbarización. Este concepto, que entiendo sintetiza el pensamiento de Sarmiento, resulta con consecuencias gracias a identificaciones parciales: el aumento de población, debido a los progresos de la agricultura, es, incluso la alusión a La Rioja y San Luis, lo contrario del desierto; donde se lee riqueza, por lo tanto, debe entenderse agricultura, es decir el máximo de la posibilidad, la economía de la plenitud y de la civilización. Paralelamente, desertificación es sinónimo de incultura y de pastoreo, remanente económico, garantía de salvajismo, porque es una manera económica de sostener la ruina. Pero este criterio puede relativizarse si el pastoreo, como en el caso de Buenos Aires, viene acompañado por otros elementos, tales como las "ocupaciones de la vida civilizada" de que hablaba en

el primer trozo. "Antes", las ciudades habrían podido afrontar el desierto mediante tentativas de orden económico que, organizadas coherentemente bajo el signo del enriquecimiento por la agricultura, podrían haberles servido para preservarse, como le cupo en suerte a Buenos Aires por otros motivos, de la barbarie total. Es claro que uno de los factores que la engendraron es de un orden inexcusable, frente al cual no caben demasiados reproches, y que Sarmiento omite mencionar, a saber las guerras de la Independencia, causa de desorden y anarquía por muchos años en el país. Nosotros también lo dejamos de lado y retornamos a la motivación anterior, la del deterioro económico en favor del desierto y el pastoreo. Podríamos preguntar de dónde sale esta desvirtuación tan nefasta en opinión de Sarmiento, por qué se produce el abandono sin reservas de las actividades enriquecedoras y brota esta pendiente hacia el "hambre y la miseria". El hecho de que Buenos Aires haya sabido armonizar entre pastoreo y civilización, y el acento puesto en el texto pueden facilitar la clave: ¿cómo es que solo ella ha resistido a la pampeanización? Véanse los efectos del pastoreo como única actividad económica: "Ya la vida pastoril nos vuelve impensadamente a traer a la imaginación el recuerdo del Asia, cuyas llanuras nos imaginamos siempre cubiertas aquí i allá de las tiendas del Kalmuko, del Cosaco o del Arabe" (p. 39). No es éste, por cierto, el caso de Buenos Aires que, como se dice en p. 32, está

"Bajo un clima benigno, señora de la navegación de cien ríos que fluyen a sus pies, reclinada muellemente sobre un inmenso territorio, i con trece provincias interiores que no conocen otra salida para sus productos".

Hecha la cita de esta forma, no se tarda en comprender que Buenos Aires se ha prevalido de esta situación para medrar en contra de las provincias. Pero la cita es trunca; lo que sigue:

"...fuera ya la Babilonia Americana, si el espíritu de la Pampa no hubiese soplado sobre ella, i si no ahogase en sus fuentes el tributo de riqueza que los ríos i las provincias tienen que llevarla siempre",

sin desvirtuar la sospecha reciente, vuelve a proporcionarnos un corte histórico, ese presente que sugiere un pasado diferente. Advuértase la punta de disconformidad que aparece en el "tienen que llevarla siempre". Esta acotación nos vuelve a exigir las comprobaciones: se trata de ver si en el concepto de Sarmiento, la desvirtuación de referencia es como un pecado original o es consecuencia de hechos actuales ("el espíritu de la pampa"). Para comprobarlo, recurriremos a un episodio de entre tantos, el de la harina, que Sarmiento relata en la p. 271:

"Ha sucedido en 1803, que en Buenos-Aires las harinas tenían un precio exorbitante i las provincias del interior lo ignoraban; algunos que tuvieron noticias privadas de sus corresponsales, mandaron cargamentos que les dejaron pingües utilidades. Entónces las provincias de San Juan i Mendoza en masa se movieron a especular sobre las harinas. Millares de cargas atraviesan la Pampa, llegan a Buenos-Aires i encuentran... que hacía dos meses que habían bajado de precio, hasta no costear ni los fletes".

El tono patético es fácilmente reconocible y esta historia expresa bien el desamparo y la inseguridad en que vivía el interior a causa de las distancias, es cierto, pero también por la falta de un sistema económico en el que estuviera realmente comprendido. Este trozo vuelve a indicar, como ya lo hemos determinado antes, que el interior y Buenos Aires son dos entidades por lo menos diferentes, articuladas con cierta irritante relación. Es evidente que en Rosas culmina para Sarmiento esto que puede llamarse aprovechamiento, pero que por cierto no es un invento de él: significa, simplemente, la manifestación de una coyuntura que se venía preparando desde hacía tiempo y contra cuyos efectos luchó, según Sarmiento, Rivadavia.

La exclusión de Buenos Aires del destino común del interior, se expresa claramente en el fragmento de la p. 53, analizado más arriba:

"Buenos Aires, a más de un pastoreo de millones de cabezas de ganado, se entrega a las múltiples i variadas ocupaciones de la vida civilizada".

Su singularidad procede, como se ve, de la cantidad de cabezas que pastan en sus campos, algunas de las cuales son inolvidablemente propiedad de Rosas. La vida civilizada que además lleva a cabo, se realiza en convivencia con la vitalidad pecuaria, armonía que no encontrábamos en el interior, víctima, según enfáticamente señalaba, del pastoreo, equivalente de la desertificación: Es innegable que Rosas se inserta o procede de esa estructura y su gobierno no la contradice como tampoco la ha imaginado. Por eso expresa mejor que nadie una tendencia profunda que impulsa a Buenos Aires y de la cual se erige en perfeccionador, pues al favorecer la tradicional concentración de bienes en la gran ciudad, impide que se difundan por el ámbito nacional⁵⁸.

A eso se refiere Sarmiento en un trozo de la p. 225:

"...no cede solamente a las sujesiones de porteño ignorante que posee el puerto i la aduana jeneral de la República, sin cuidarse de desenvolver la civilización i la riqueza de toda esa nación, para que su puerto esté lleno de buques cargados de productos del interior, i su aduana de mercaderías..."⁵⁹

Ese "porteño ignorante" es "el porteño", un hombre seguro de sí mismo, poderoso e infatuado, que cuenta con un sistema basado en la posesión del puerto, signo

⁵⁸ En lo cual no se diferencia del primer Rivadavia, cuya gestión ministerial, tan brillante, tanto fue privilegio de Buenos Aires que Rosas la apoyó (cf. Barba, op. cit. y Julio Irazusta, "El federalismo de Rosas", *Revista de Historia*, p. 37: "Iniciado en política bajo el signo de los unitarios, admirador ferviente de Rivadavia cuando éste era Ministro de Martín Rodríguez..." Por ello, seguramente, coincidió con el manifiesto de Febrero de 1821, en el cual Rivadavia sostenía que para abocarse a la organización nacional, antes las provincias debían constituirse.

⁵⁹ El resto del párrafo es una continuación de la invectiva y no tiene valor: "...sino que principalmente sigue sus instintos de gaucho, de la Pampa que mira con horror el agua, habla con desprecio de los buques, i que no conoce mayor dicha, ni felicidad igual a la de montar un buen parejero para transportarse de un lugar a otro".

patente de la expoliación, emblema del despojo al interior; pero el puerto es la boca de salida de los "millones de cabezas de ganado", al tiempo que es el lugar en el que se reúne la riqueza de Buenos Aires. Puerto, por lo tanto, es lo mismo que pastoreo, pero los pastores, en este caso, en lugar de ser como en el empobrecido interior una consecuencia y la imagen de la decadencia y la miseria, se constituyen en el núcleo activo del despotismo económico, en una suerte de equipo poseedor del poder y la riqueza.

Esta es la razón por la cual Buenos Aires ha podido resistir la pampeanización y ha podido continuar su vida específica, mezcla de ritmo productivo y restos o indicios de formas culturales, a pesar de ser conducida en su destino por un tirano desaforado y sangriento, expresión personal la más completa posible de la presión del desierto sobre la vida de la ciudad europea.

El interior, en consecuencia, es víctima de un sistema que no podría corregirse ahora desde Buenos Aires, cuya política actual confirma lo más tradicional sin la menor incoherencia, generosidad o fisura⁶⁰. Sarmiento expresa este punto de vista en tres planos que organizan su atención favorable a los intereses de las provincias. En primer lugar, en el plano de la confianza a una persona que es, para el caso, el General Paz. Véase este párrafo de la p. 173:

⁶⁰ Sergio Bagú, "Los unitarios. El partido de la unidad nacional", *Revista de Historia* N° 2, Buenos Aires, 1957, p. 26: "Se explica mejor, así, por qué es en la provincia de Buenos Aires, donde surge el primer ordenamiento orgánico político-institucional después de 1820. Es aquí donde continúan expandiéndose y adquiriendo cohesión clasista los grupos sociales que se benefician de la ganadería, de los saladeros, del comercio, del puerto de Buenos Aires, del Banco de Descuentos y después del Banco Nacional. En el interior, en cambio, el nuevo régimen económico inaugurado a fines del Virreynato y el huracán de la guerra de la independencia y de las luchas civiles arrasan con muchos núcleos de incipiente burguesía territorial y urbana abriendo así el camino al predominio del jefe militar que es el caudillo".

"Paz es provinciano, i como tal tiene ya una garantía de que no sacrificaría las provincias a Buenos Aires i al puerto, como lo hace hoi Rosas, para tener millones con que empobrecer y barbarizar a los pueblos del interior. . ."

Si se recuerda los apetitos políticos del propio Sarmiento y varios de sus *slogans* principales, la afirmación de los méritos de Paz por ser provinciano recobraría un sentido íntimo, fuertemente proyectivo; pero no se limita a eso; la expresión está enriquecida de dramáticos supuestos que provienen de experiencias igualmente desdichadas en cuanto a las relaciones entre interior y Buenos Aires. Curiosamente, esta afirmación sobre Paz, que de alguna manera lo incluye, tiene cierto paralelismo con dichos que Facundo habría pronunciado en Tucumán, p. 228:

"Facundo habla en Tucumán con desprecio de la soñada federación: propone a sus amigos que se fijen para Presidente de la República en un provinciano e indica para candidato al Dr. José Santos Ortiz, ex-gobernador de San Luis, su amigo i secretario. "No es gaucha bruto como yo: es doctor i hombre de bien", dice. "Sobre todo, el hombre que sabe hacer justicia a sus enemigos merece toda confianza".

Por cierto que esta declaración no puede ser tomada más que como una mera insinuación: no puede creerse que Sarmiento le de a las palabras de Facundo un sentido literal total, pero tampoco puede acabar allí el análisis a poco que se recuerde que en el momento en que Sarmiento se las hace pronunciar, Facundo está en Buenos Aires librando una batalla por el interior. Además la formulación del caudillo simplemente se hace explícita y asume un lenguaje digno cuando se trata de Paz; conjugando las dos expresiones, la intención gana en claridad y se objetiviza indicando una idea de Sarmiento acerca de la solución nacional, la cual solo puede provenir del interior. Por añadidura, esta confianza se transforma rápidamente en una esperanza cierta sobre las posibilidades del interior dentro, desde luego, de un sistema personalista de traslación, gracias al cual la calidad de los hombres,

resultante de las características del medio, es el argumento indispensable para validar las obras. De este modo se expresa en la p. 226: "Pero no hai males que sean eternos, i un día abrirán los ojos esos pobres pueblos a quienes se les niega toda libertad de moverse, i se les priva de todos los hombres capaces e inteligentes, que podrían llevar a cabo la obra de realizar en pocos años el porvenir grandioso a que están llamados por la naturaleza aquellos países, que hoi permanecen estacionarios, empobrecidos y devastados". Esta declaración de fe, explícita y encendida, no es la única ni aislada; en la última parte del libro, *Gobierno unitario y Presente y Porvenir*, se amplifica a manera de perspectiva que, reivindicando las provincias, cobra por eso, una dimensión nacional. Por cierto que en un nivel inmediato se refiere a sí mismo y a sus amigos, y atribuye la culpa de la "privación" de hombres a los caudillos, pero aun ese hecho no puede leerse restrictivamente, sin su marco histórico completo.

El segundo plano de la confianza se da en el campo de la organización política de la República y gira alrededor del arduo problema de la Capital. Es notoria la posición de Sarmiento en torno a esta cuestión: siempre sostuvo, en el campo político, la necesidad de que Buenos Aires fuera capital, justamente a causa del poder y la riqueza en ella acumulados y la necesidad consecuente de redistribuir sus efectos de manera compensatoria para el interior, que con su esfuerzo se había constituido en sostén de esa grandeza. Por tales motivos y en torno a un proyecto similar que Rivadavia trató de llevar a cabo es que reverencia su figura; reverencia al visionario nacionalista y no al ensoberbecido porteño. No obstante, en cierto momento Sarmiento desiste de esa idea, lo cual no es por cierto nuevo en él, aunque en este caso tal vez no haya habido realmente un cambio de punto de vista; si su pensamiento cambia de forma en tan importante asunto es a causa de razones de política inmediata, teñidas de demagogia, las que, al desaparecer, le permitieron volver a manifestarse en el sentido original⁶¹. Su pensamiento perdurable sobre

⁶¹ Emilio Azzarini, "La edición del 'Facundo' de Sarmiento, hecha por la Universidad Nacional de La Plata", en *Sarmiento*, Homenaje de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la

esta cuestión coincide con el que él mismo le atribuye al interior, luego de la batalla de Oncativo, cuando Paz derrota a Facundo liberando de su presencia a Córdoba, Mendoza, San Juan, San Luis, La Rioja, Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy. Producido ese hecho al tiempo que empieza a apuntar el poder de Rosas después de la derrota de Lavalle, Sarmiento hace una interpretación que gira en torno al problema de la Capital. Dice en la p. 190:

"Quedaba, pues, la República dividida en dos fracciones: una en el interior, que deseaba hacer capital de la Unión a Buenos-Aires; otra en Buenos-Aires, que finjía no querer ser capital de la República, a no ser que abjurase la civilización europea i el orden civil".

En ese momento, el interior parecía unificado por los triunfos del general unitario quien, por las armas, había empezado a hacer efectiva la unidad nacional propuesta por Rivadavia. Pero esa unificación hecha desde arriba fue precaria y se rompió bien pronto. Sería sustituida por otra, de signo muy diferente, frente a la cual Sarmiento parece perplejo, pues no admite, en una primera instancia,

Educación, La Plata, 1939, 2a. ed., p. 233 a 239. Azzarini explica que la segunda edición del Facundo, de 1851, apareció sin la *Introducción* y la *Tercera Parte*: "Las razones determinantes de tal conducta fácil es advertirlas en los próximos cambios políticos que sobrevendrán en la República. Sarmiento vislumbra, con penetración profética, el cercano derrumbe de la tiranía. La eliminación de las partes borradas le permitirá suavizar asperezas, limar resentimientos y ganar adeptos para su causa, tanto entre los viejos unitarios como entre los propios federales". La tercera edición, de 1868, es casi idéntica a la segunda: "Sarmiento, por lo tanto, insiste en mantener las mutilaciones efectuadas en la anterior. Las razones son visibles. Deberá llevar como compañero de fórmula para la Presidencia de la Nación a un miembro del partido autonomista, contrario a la proclamación de la ciudad de Buenos Aires como capital de toda la República". La cuarta edición, de 1874, restituye las partes suprimidas. "Si bien la cuestión Capital no ha sido aún resuelta, no le queda duda ahora al autor, del libro de cuál será el final del engorroso proceso histórico: Buenos Aires se convertirá inevitablemente en la gran Capital de la Nación".

que las ideas puedan encarnarse incongruentemente. De su asombro saldrá gracias a su sentido de la realidad. Terminará por advertir y reconocer que no importa que la solución venga del repudiado caudillismo siempre que la idea central del país constituido la presida. Por eso pronunciará frases enigmáticas que encierran conceptos tan ambiguos como los siguientes de la p. 139:

"¿La unidad bárbara de la República va a iniciarse a causa de que un *gaucho malo* ha andado de provincia en provincia levantando tapias i dando puñaladas?"

Mezcla de queja, de protesta y de profecía, esta frase anticipa la aceptación de Sarmiento de las leyes del juego: advertirá que no hay otro camino, se introducirá en él y tratará de hallarle su forma peculiar, exigido por su visión del país. Al final del proceso y atendiendo al futuro, Sarmiento preconiza, en la p. 299, claramente lo que se implicaba de sus afirmaciones de la p. 190:

"el puerto será declarado propiedad nacional para que sus rentas sean consagradas a promover el bien en toda la República que tiene derecho a ese puerto de que es tributaria".

Pero este punto de vista, cuyo contenido será en su realización una resultante lógica de las guerras nacionales, no es una clave o una reivindicación de su exclusividad. Con sinceridad, o con espontánea ingenuidad, le atribuye a Facundo (p. 228) palabras con cuyo sentido debía simpatizar si fue capaz de señalar el concepto precedente, aunque haya que descontar de esa filiación el tributo pagado al método oposicional de presentar las figuras y por el cual, como debía atacar a Rosas, favorecía a Facundo:

"Los amigos de abajo no quieren Constitución".

Esta expresión, que implica una actitud crítica de Facundo y la confirmación de un propósito básico de origen rivadaviano, encierra una idea de la Capital tan precisa como la que formula Sarmiento, aludiendo claramente

también a la negativa porteña a aceptar ese planteo. Constitución significa unidad nacional y Buenos Aires, con su Buena Vista y sus rentas, al servicio del país. El contexto en la misma p. 228 así lo muestra:

Como se ve, en Facundo después de haber derrotado a los unitarios i disperso a los doctores, reaparece su primera idea antes de haber entrado en la lucha, su decisión por la Presidencia, i su convencimiento de la necesidad de poner en orden los negocios de la República".

De una manera u otra se confunden propósitos. Es claro que para Sarmiento, Facundo es incapaz de bregar por ideas y profundamente por esas ideas, en el sentido en que él haría o hace él; pero lo que no niega, a pesar de su decidido propósito denigratorio, es que realmente las tiene aunque trate de rebajarlas un poco mediante recursos literarios; más aún, pese a sus esfuerzos, tales ideas se significan y recuperan un nuevo alcance cuando está de por medio el ilustre rival, el general Paz. Lo cual engendra una consecuencia importante, a saber, que, ya sea Facundo el intérprete, ya sea Paz, es en verdad el interior que se manifiesta al formular esas pretensiones. Así requiere la unidad nacional y el desarrollo y felicidad de los pueblos. Finalmente, por otra parte, del interior vendrá la solución exigida por el todo.

El tercer plano contiene matices de orden económico. Por cierto que no es la especialidad de Sarmiento el trazado de programas a la manera de los que suelen hacer actualmente; ni siquiera registra la tendencia de Echeverría a pensar en estructuras cuyo funcionamiento sea inherente y económico⁶². Sus ideas económicas son polémicas y aparecen por contraste, además de presentarse casi siempre como efectos. Esta particularidad, además de la forma de ligar en un simultaneísmo los planos o etapas del, por otra parte complejo y complicado, proceso, puede verificarse en la siguiente descripción de la p. 119:

⁶² Cf. Esteban Echeverría, "Segunda lectura" en *El Salón Literario*, ed. de Félix Weinberg, Buenos Aires, Hachette, 1958.

"Los Llanos de la Rioja están hoi desiertos; la población ha emigrado a San Juan; los aljibes que daban de beber a millares de rebaños se han secado. En esos Llanos donde ahora veinte años pacían tantos millares de rebaños, vaga tranquilo el tigre que ha reconquistado su dominio, algunas familias de pordioseros recogen algarroba para mantenerse".

En virtud de su estilo al encarar esta clase de temas, muestra una sólida ignorancia, lo cual importa poco; lo que sí importa es que las referencias de orden económico son siempre genéricas: bienestar, riqueza, miseria, prosperidad, engrandecimiento, rentas, etcétera, y no indican un camino a seguir, un camino propio, resultado de una experiencia o un análisis específico; son, más bien, resultado del optimismo de un espíritu iluminista típico. De este modo, cada vez que menciona las relaciones entre Buenos Aires y el interior, lo hace en el sentido más fácil de una dependencia, de una ayuda o fomento sin precisar nunca muy bien para qué, salvo, desde luego, la finalidad constante que es propender al reinado de la cultura o la civilización. El esquema es simple: Buenos Aires es poderosa y afortunada; debería pues volcarse sobre el interior históricamente desdichado, pero potencialmente capaz de construirse a partir de esa colaboración. No hay proyectos o conceptos de historia económica; tan solo supuestos que aluden a un pasado equilibrio o a un futuro promisorio. Esto es lo constante, pero no lo exclusivo⁶³. Hacia el final del libro, cuando se trata de las perspectivas

⁶³ En p. 199, al hablar de Mendoza, describe con euforia las actividades emprendidas: "Construyéronse fuertes al Sur, que a más de alejar los límites de la provincia, la han dejado para siempre asegurada contra las irrupciones de los salvajes, i emprendióse la desecación de las ciénagas inmediatas; adornóse la ciudad; formáronse sociedades de Agricultura, Industria, Minería i Educación pública, dirigidas i secundadas todas por hombres inteligentes, entusiastas i emprendedores; fomentóse una fábrica de tejidos de cáñamo i de lana, que proveía de vestidos i lonas para las tropas; formóse una Maestranza en la que se construían espadas, sables, corazas, lanzas, bayonetas y fusiles, sin que en estos entrase más que el cañón de fabricación extranjera: fundiéronse balas de cañón huecas, i tipos de imprenta".

que se presentarán luego de la próxima e inevitable caída de Rosas, Sarmiento se maneja con un material más concreto, la navegación de los ríos, que por otra parte es algo así como una idea favorita. En la p. 294 dice:

“¿No quiere Rosas que se naveguen los ríos? Pues bien, el Paraguai toma las armas para que se les permita navegarlos libremente; se asocia a los enemigos de Rosas, al Uruguai, a la Inglaterra i a la Francia que todos desean que se deje el tránsito libre, pero que se exploten las inmensas riquezas del corazón de la América. Bolivia se asociará, quiera que no, a este movimiento, i Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, Corrientes, Jujui, Salta y Tucumán, lo secundarán desde que comprendan que todo su interés, todo su engrandecimiento futuro depende de que esos ríos a cuyas riberas duermen hoy en lugar de vivir, lleven i traigan las riquezas del comercio que hoy solo explota Rosas con el puerto, cuya posesión le da millones para empobrecer a las provincias”.

Es claro que esta solución enfática y rutilante no hace variar ni enriquecer los conocidos conceptos generales, pero por lo menos traza una perspectiva que significa una apertura para la vida total del interior. El sistema propuesto —no por primera vez— es simple; además, hace depender las posibilidades económicas del comercio exterior y del interés extranjero. La clave esbozada aquí, al parecer, producirá milagros, pero eso no es lo más importante del trozo en relación con lo que perseguimos. Lo que se me ocurre más significativo es ese movimiento de comprensión de su propio interés que, según Sarmiento, llegarán a tener las provincias. Por otra parte, cada una de ellas está tratada en el párrafo dentro de un nivel de personería similar al de los países europeos, es decir prescindiendo de los factores políticos inmediatos o de la presencia transitoria de gobernantes que pueden estar enrolados en facciones enemigas. Les adjudica un destino permanente, reconociéndoles calidad de entidades que se manejan con autonomía en lo que respecta a condiciones esenciales de su vida o funcionamiento. En esta instancia, las provincias se incorporan hacia el futuro pero, previamente, Sarmiento no presenta a Buenos Aires como

oponiéndose a él sino a Rosas, es decir lo meramente político que, como es de suponer, cubre designios de un orden más profundo y que Sarmiento tal vez quiera seguir tapando. Este reemplazo no se justifica estilísticamente pues a Rosas debía oponer caudillos provinciales, y no provincias; si, en cambio, hubiera querido sostenerse coherentemente en el nivel del mesianismo debería haberles contrapuesto a Buenos Aires, como término de explicación y complementación y no a Rosas, elemento facticio, transitorio, pequeño accidente en todo caso dentro de una perspectiva de desarrollo tan total. El reemplazo no es más que elusión: si Rosas frena el desarrollo de las provincias es solo en la medida en que representa a Buenos Aires, estructura ésta permanente y activa en la consecución de sus fines de enriquecimiento propio a base de la expoliación. Decir Rosas para referirse a lo que frena a las provincias es lo mismo que decir Buenos Aires, solo que, formulándolo de este modo, al parecer a causa de la urgencia, se está entrando en la conciliación, se abre la puerta para la vehiculización de ideas económicas sostenidas desde siempre y que solo Buenos Aires podría poner en práctica, a saber todo el factor económico extranjero y exterior. Pero la elusión implica una realidad que se quiere hacer desaparecer; naturalmente, el designio es imperfecto en la medida en que se advierte. Subsiste, por lo tanto, la idea anterior: las Provincias deberán proseguir en el reencuentro consigo mismas; ésta debe ser la iniciativa que deberán tomar para lograr el equilibrio y la unidad nacional y, como hemos tratado de probarlo, solo ellas pueden hacerlo. En consecuencia, la solución a los males del país se darán también desde el interior como resultado de su decisión, su lucidez y su sufrimiento. Y esto es lo que queda a pesar de las inflexiones deformantes puestas con lúcido designio.

En conclusión, el interior se corporiza en la prosa de Sarmiento a la medida de la segunda imagen de Facundo, su exponente supremo. Sus rasgos se van delineando en torno a ideas básicas de distribución, de producción, de equilibrio, de destino histórico, todo en relación y oposición con Buenos Aires. Lo jurídico, las provincias, creación revolucionaria, se identifica con la totalidad y es en virtud de ella que plantea salidas en un terreno también

total. La reivindicación respecto de las remoras culturales es completa: surge un único culpable histórico que es Buenos Aires y también una solución que terminará por imponerse y que provendrá del interior. Las provincias comprenderán lo que deben hacer, lo cual aparejará la paz de la República, la obtención de instituciones y el desarrollo cultural. Ese es el partido que Sarmiento toma como autor, no como político, un compromiso definitivo contra la absorbente, orgullosa y prepotente Buenos Aires. La medida en que así lo hace nos será dada por el análisis de sus referencias a la gran ciudad. Será, pues, necesario trazar la imagen correspondiente, trabajo que será hecho en el próximo capítulo.

V. IMAGEN DE BUENOS AIRES

A lo largo de este trabajo hemos ido sacando conclusiones parciales de contraste que, si bien se miran, constituyen verdaderos rasgos de la imagen que ahora corresponde trazar. Será cuestión de agruparlos y ordenarlos pero también de completarlos mediante las interpretaciones a que den lugar algunos nuevos pasajes del libro. Del conjunto trataremos de extraer la visión que de Buenos Aires Sarmiento expone a través de su expresión. Esta será la última parte de este estudio, indispensable para obtener un equilibrio final, para que el sistema oposicional de figuras pueda culminar convenientemente y para que las imágenes centrales que recorren el libro puedan manifestar sus definitorias cargas.

Corresponde iniciar este aspecto del análisis con un esquemático inventario de los rasgos de Buenos Aires que han ido surgiendo del trazado de las otras imágenes.

- 1° La cultura de Buenos Aires, a la que enfáticamente se refiere Sarmiento, puede ser un proyecto o un estilo de un conjunto de sectores, de los que están excluidos los terratenientes y ganaderos, a los cuales representa Rosas.
- 2° Ganaderil y terrateniente, Buenos Aires impregna a Rosas, no obstante, de rasgos derivados de un ambiente cultural.

- 3° Rosas es la expresión de la situación absorbente y tiránica de Buenos Aires e interpreta sus necesidades como hubiera podido hacerlo cualquier otro, en detrimento del desarrollo armónico del país.
- 4° Lo porteño se manifiesta en una política opuesta al interior.
- 5° Buenos Aires es culpable de la vergüenza de América.
- 6° Buenos Aires tiene una estructura terreno-pecuaria desde la cual engendra y proyecta sus elaboraciones políticas.
- 7° Buenos Aires es sentido como cosmos, como orden, frente al caos que es el interior.
- 8° Buenos Aires acumula bienes, mientras el interior carece de todo.
- 9° Buenos Aires es lo permanente en relación con sus bienes; el poder que lo gobierna, lo transitorio.
- 10° La supervivencia de lo hispánico en el interior es causa de la "suerte" de Buenos Aires.
- 11° Buenos Aires se ha prevalido de su situación para medrar en contra de las provincias.

Todas estas conclusiones parciales han ido presentándose desordenadamente si se quiere, al azar de interpretaciones que atendían a otros objetivos, lo cual no significa necesariamente desmedro de cierta relación interior que puede destacarse. Para determinar si existe tal relación, será necesario volver sobre dichos puntos de llegada confirniéndoles una organización metódica, de modo que sea más fácil completar la imagen que estamos buscando. Desordenaré a mi vez el turno que ocupa cada conclusión. La que me parece primaria y elemental, primera en cuanto al desencadenamiento de efectos que se registran en las otras, es la que figura con el número 7: "Buenos Aires es sentido como cosmos, como orden frente al caos que es el interior". Esta situación es envidiable y paradigmática y, en la medida en que el conjunto de sistemas que configuran dicho orden puede subsistir y aun afianzarse, es punto de referencia para el desarrollo de las otras ciudades, y aun de toda acción posible. Evidentemente, Buenos Aires se ha beneficiado con esta condición suya: la ha aprovechado y se ha engrandecido, esa es "su suerte", como dice Sarmiento. ¿Pero cómo ha llegado hasta ese

punto en el que su situación deviene en privilegio? La respuesta está en la conclusión 10: "La supervivencia de lo hispánico en el interior es causa de la 'suerte' de Buenos Aires". Pero entendámonos; lo que se quiere decir es que la organización colonial al mismo tiempo que favorece a Buenos Aires, deteriora al interior, o sea que a beneficio y enriquecimiento porteños corresponde miseria provincial. No obstante, la riqueza y el poder de la ciudad portuaria son un hecho indiscutido que debe ser aceptado. ¿Sobre qué se apoyan? Sobre los elementos que proporciona la conclusión 6: "Buenos Aires tiene una estructura terreno-pecuaria desde la cual engendra y proyecta sus elaboraciones políticas". Eso quiere decir que la propiedad y la ganadería son la base de la economía porteña; a lo cual hay que acotar que también lo son de la del interior. La diferencia estriba en que Buenos Aires, favorecida por el puerto, ha vivido activamente su economía que ha necesitado apoyar mediante una política. El interior también lo ha hecho, pero su política se basó en la carencia, mientras que la de Buenos Aires encontró apoyo y perspectivas en la abundancia de sus medios y en su relación, por medio del puerto, con el extranjero. Y, así como la sociedad terreno-pecuaria porteña engendró una política, tuvo necesidad de recurrir a una cultura. Conclusión 2: "Ganaderil y terrateniente, Buenos Aires impregna a Rosas, no obstante, de rasgos derivados de un ámbito cultural". No es quizás la cultura por antonomasia, la que declama Sarmiento, pero es la que los dueños de la ciudad —ganaderos e intermediarios— toleran, necesitan o comprenden. Es el sector que se apropia de la vida cultural general y que tiene la fuerza necesaria como para marcar a un hombre tan decidido como Rosas con rasgos particulares.

¿Pero es válido este recortamiento? ¿Puede acaso existir una cultura diferente a la que surge de la vitalidad y las necesidades del grupo dominante? En ese caso, ¿a quién representaría Rosas? ¿A la cultura de los dominadores, que es una parte específica de la cultura en abstracto, o que es toda la cultura concreta? ¿O a la de los entusiastas de una concepción cultural que rebasa los límites de lo requerido por los ganaderos? Lo que ocurre es que Buenos Aires, además de ser la ciudad de los

importadores y exportadores, está incorporada, quieranlo ellos o no, a la civilización. Esta circunstancia bastante inevitable engendra un destino que supera los condicionantes. A esto se refiere la conclusión 1: "La cultura de Buenos Aires puede ser un proyecto o un estilo de un conjunto de sectores, de los que están excluidos los terratenientes y ganaderos a los cuales representa Rosas". Aquí hay un desdoblamiento o, por lo menos, la creencia en una lucha entre un concepto cultural inherente a la ciudad en sí misma, como núcleo social y humano, y por otra parte un mero conjunto de normas culturales despojadas de su ley, simplemente utilizadas por algunos de los sectores que componen la sociedad y que las sienten y viven como apéndices, como instrumentos necesarios para otra cosa; Sarmiento indica esta colisión de conceptos y toma partido al simpatizar con los adeptos de un concepto de cultura en sí pero, prudentemente, no define la cuestión en sus alcances teóricos; oscila constantemente entre sus adhesiones a la idea abstracta y el reconocimiento de los elementos concretos que engendra el segundo partido cultural, por decirlo así.

De todos modos la presente lucha, cuyos términos en la realidad son confusos pues no es la definición de la cultura lo que mueve los conflictos porteños, tiene un vuelco revelador al aparecer Rosas en escena: Rosas liquida a los miembros de la "cultura en sí" y se hace el intérprete de un impulso íntimo que mueve a Buenos Aires; Rosas termina la cuestión y pone en evidencia una situación vivida en el país desde antiguo. Esta es la conclusión 3: "Rosas es la expresión de la situación absorbente y tiránica de Buenos Aires e interpreta sus necesidades como hubiera podido hacerlo cualquier otro en detrimento del desarrollo armónico del país".

Como se ve, no hay margen entre Buenos Aires y Rosas y, por el contrario, hay un nexo entre ambas ideas: el tirano no lo es porque sí, sino porque se apoya en una estructura tiránica. Es claro que dentro de Buenos Aires mismo hay hombres que se oponen a Rosas en virtud de ideas aparentemente muy diferentes: son hombres que difieren seguramente en los métodos, no en los objetivos políticos que como porteños tratan de realizar. Es decir son menos sanguinarios o no son sanguinarios, se informan

en los enciclopedistas, no matan a los unitarios pero fusilan a los federales, y de ninguna manera tolerarían, por ejemplo, que el puerto sirviera con sus rentas a todo el país. Salvo el caso de Rivadavia que, de pronto, y por razones más ligadas seguramente a conceptos que reposaban en el punto de vista británico que a convicciones profundas, se hace nacionalista y, por eso mismo, cae atropellado por los embates de la ganadería porteña⁶⁴. Existe, entonces, un destino porteño en cuya realización se mezclan los ingredientes. De entre éstos, los culturales, que están en la superestructura, habrían llegado a ser distribuidos, si hubieran gobernado los partidarios de la cultura en sí. En cambio Rosas no ha querido participarlos y los ha esterilizado aunque Buenos Aires, como ciudad, los haya seguido produciendo vegetativamente.

En efecto, si los bienes culturales no son empleados, se enmohecen y dejan de prestar servicios. Buenos Aires deja de interesarse por su distribución y aun por su producción⁶⁵, pero no obstante, como señala en la conclusión 8, "los sigue acumulando, mientras el interior carece de todo". Esta inferencia se refiere a lo cultural pero abarca, desde luego, otras zonas en las que la situación se reproduce exactamente: tanto da dejar pasar ideas como camisas⁶⁶. Entonces: si Rosas es quien ha esterilizado o impedido la distribución, Buenos Aires, al seguir produciendo, aunque sea amenguadamente, se ha beneficiado con la acumulación emergente; de ahí que Sarmiento llegue a manejar una nueva dicotomía que tiene ahora un nuevo sentido. Es la que encierra la conclusión 9: "Buenos Aires es lo permanente en relación con sus bienes, el poder que lo gobierna es transitorio". Esta comprobación coincide con la 3 al desplazar hacia Buenos Aires los resentimientos que provoca la conducta de Rosas que, como se ha visto, no inventa nada en materia de

⁶⁴ Sergio Bagú, op. cit., p. 30 y sigs.

⁶⁵ Félix Weinberg, *El Salón Literario*, Buenos Aires, Hachette, 1958, p. 10 y sigs., descripción de la decadencia unitaria y científica a partir de 1834.

⁶⁶ Cuando Sarmiento hace la famosa encuesta de San Juan, anticipó del método sociológico, incluye los fraques entre los objetos encuestados, junto con el conocimiento de idiomas.

opresión económica y de insensibilidad política. Existe, por lo tanto, si no un destino por lo menos una situación de Buenos Aires que se expresa por medio de una política concreta: "Lo porteño se manifiesta en una política opuesta al interior" (conclusión 4). Esta es la condición general pero, para cumplirla, ha sido necesario llevarla al terreno de los hechos, a un orden de realizaciones que tal vez tuvieron como punto de partida las posibilidades emergentes de su privilegiada situación pero, por otra parte, se apoyaron indudablemente en lo que podía dárles el interior. "Buenos Aires se ha prevalido de su situación para medrar en contra de las provincias" (conclusión 11). Es decir que las ha explotado, las ha absorbido, ha construido su grandeza a costa de ellas y ha sabido equilibrarla con la miseria que su conducta engendraba a su alrededor. En virtud de todo esto, puede entenderse que Sarmiento considere que "Buenos Aires es la vergüenza de América". Son simples las razones para llegar a este punto: el ejemplo de una tiranía que ocupa la ciudad desfigurando su destino cultural (o expresándolo), y que es lo primero que se ve desde el exterior culto y armónico, constituye vergüenza para el país y para América. Pero esa tiranía evidenciará otra más grave todavía: que ese puerto, esa provincia, tiranizan en sus perspectivas al resto del país y lo esclavizan en el terror, la barbarie y la miseria. Esta unidad hace la verdadera vergüenza, una especie de homogeneidad del mal que engecece y confunde a quienes se le acercan.

Parece, después de este reordenamiento, que Sarmiento sentía con claridad el verdadero problema nacional y que lo expuso en su *Facundo*. Es claro que a través de paradojas y de contradicciones cuando no de conceptos poco desarrollados o expresados a medias, transformados por la alquimia de una combatividad excepcional y una urgencia muy grande. Parece evidente que hay una reivindicación del interior frente a Buenos Aires, pero los conceptos que llenan ese conflicto no son de un orden muy explícito. Quizás inclusive el método empleado por mí para llegar a esta conclusión parezca demasiado elaborado, resultado del ordenamiento de otros resultados obtenidos por interpretación o conjetura, desgajados unas y otros de las ideas interesantes del contexto. Por si eso fuera reprocha-

ble —creo que no— volveré sobre estas conclusiones aplicando el anterior método de análisis textual a pasajes en los que se dice algo sobre Buenos Aires. Se verá, entonces, que por distintos caminos se llega al mismo lugar.

Empecemos por la descripción que hace de Buenos Aires en la p. 32:

"En su embocadura están situadas dos ciudades, Montevideo i Buenos-Aires, cosechando hoy alternativamente las ventajas de su envidiable posición. /2 Buenos-Aires está llamada a ser un día la ciudad más gigantesca de ámbas Américas. /3 Bajo un clima benigno, /4 señora de la navegación de cien ríos que fluyen a sus pies, /5 reclinada muellemente sobre un inmenso territorio, /6 i con trece provincias interiores que no conocen otra salida para sus productos, /7 fuera ya la Babilonia Americana, /8 si el espíritu de la Pampa no hubiese soplado sobre ella, /9 i si no ahogase en sus fuentes el tributo de riqueza que los ríos i las provincias tienen que llevarla siempre. /Ella sola en la vasta extensión argentina, está en contacto con las naciones europeas; ella sola explota las ventajas del comercio europeo; ella sola tiene poder i rentas. En vano le han pedido las provincias que les deje pasar un poco de civilización, de industria y de población europea: una política estúpida i colonial se hizo sorda a estos clamores. Pero las provincias se vengaron, mandándole en Rosas mucho i demasiado de la barbarie que a ellos les sobraba".

Este período resume gran cantidad de peculiaridades del estilo de Sarmiento; especialmente la mezcla de planos, ritmos y conceptos que de pronto trastornan el rumbo y lo conducen a otra parte, diferente de aquella a la que se podía suponer que se encaminaba. Empieza la descripción con dos frases afirmativas, regularmente construidas: "En su embocadura. . ." y "Buenos-Aires está llamada. . ." A continuación hay un grupo compuesto de cuatro oraciones ligadas en torno a un único objeto, Buenos Aires, al que califican todas. Ese grupo es complementario de una idea principal que viene después ("fuera ya la Babilonia. . ."), y sus cuatro miembros tiene similar respiración y parecidas variantes adjetivales aunque hay algunas

diferencias: la primera ("Bajo un clima benigno") y la tercera ("reclinada muellemente sobre un inmenso territorio") carecen de verbo en forma personal mientras que la segunda ("señora de la navegación de cien ríos que fluyen a sus pies") y la cuarta ("con trece provincias interiores que no conocen otra salida para sus productos") tienen su verbo ocupado en articular oraciones complementarias. El paralelismo 1-3 y 2-4 indica, por lo menos, regularidad rítmica que se corrobora por el hecho de que no se escapan firmas ni palabras disonantes de resonancia subjetiva; da la impresión de que el grupo se somete a un fin principal sacrificando matices e inflexiones. Ese objetivo es exaltar las posibilidades de Buenos Aires, confirmar la apelación a ese destino de ciudad más gigantesca de ambas Américas. La exposición es serena y afirmativa; las palabras son tranquilizantes y seguras, nada irritantes: "benigno, señora, fluyen, reclinada, muellemente". La última de las cuatro frases ("i con trece provincias interiores que no conocen otra salida para sus productos") tiene un tono ligeramente diferente; deja escapar, creo, un dejo de perturbación, algo así como un anticipo anímico de lo que vendrá después, como si se estuviera preparando para dar un salto hacia otra clase de cosas. Es una frase seca y concisa que señala, contrariamente a las anteriores, una cualidad de Buenos Aires que podría entenderse como irónica si no indicara también una limitación de las provincias en su contribución a la grandeza porteña. Es significativo que el término "productos" esté puesto sin calificativos; esta palabra, desnuda y realzada por su situación de final de frase, alude a concretos y precisos, contraparte evidente de las tres frases anteriores donde hay cierta tendencia a la figura, a una imagen, o, por lo menos, a la expresión rica. Advertamos que las tres primeras frases son como emanaciones, explicitaciones de la idea Buenos Aires mientras que en la última el interés significativo se centra claramente en las provincias; incluso, la indiscutible referencia que hay respecto de la gran ciudad es de tipo indirecto. En anteriores análisis habíamos llegado a similares conclusiones en cuanto a que lo atinente al interior es concreto mientras que lo que se refiere a Buenos Aires es figurativo, enriquecido, literario, como si mediante ese aparato verbal se

intentara declarar un contraste o se quisiera señalar que se trata de una realidad ya constituida a la cual solo se puede rendir homenaje o prestar sumisión. Estas entonaciones (realidades poderosas que enfrentan a otras mostrencas) dan la idea de cierto fatalismo que no desdena, ciertamente, la melancolía. En cambio, la frase referida al interior es menos lánguida y da paso a la hipotética que es como el núcleo central del período: "fuera ya la Babilonia americana"; todo lo anterior sirve de marco a la idea hipotética y acentúa la fuerza de la irrealidad. El "ya", que no deja lugar a dudas y la inequívoca referencia a Babilonia dirigen el ritmo hacia zonas completamente diferentes de las armónicas conjunciones recientes. A continuación vienen las condiciones. No es necesario abundar sobre la energía de las dos oraciones iniciadas por el "si". Directas, homogéneas, sin un adjetivo, extraen su vigor del viento que sopla o que ahoga pero que en todo caso, desde el punto de vista de la prosa, anima y moviliza. Entre ambas frases se organiza un movimiento en dos tiempos, que tiene como puente a Buenos Aires. En el primer tiempo ("Si el espíritu de la Pampa no hubiera soplado sobre ella") Buenos Aires juega un papel pasivo; en el segundo, como si hubiera asimilado los efectos del viento pampeano lo devuelve haciendo lo mismo, es decir activamente ahogando lo que viene de las provincias, lo que surge de ellas, de sus fuentes, es decir sus productos, su vida misma. Esta segunda frase es, con todo, enigmática: "si no ahogase en sus fuentes el tributo de riqueza que los ríos y las provincias tienen que llevaría siempre". "Si no ahogase" quiere decir que ahoga, aunque tal vez no haya ahogado totalmente; de todos modos, esto no se explica bien si se tiene en cuenta que "tienen que llevaría siempre", lo cual solo puede ocurrir si esas fuentes no están todavía ahogadas del todo. La penumbra de esta expresión quizá no sea tal si centramos el análisis en el adverbio "siempre", que alude a una forma geográfica y económica configurada de tal modo que los ríos y las provincias fatalmente deben llevar sus productos a Buenos Aires, que lo harán de cualquier manera y en cualquier oportunidad porque estructuralmente carecen de otra salida y cualquiera sea el ritmo de su producción. El planteo del ahogamiento oculta tal vez una descripción

que acaso sea más dramática que las consecuencias indicadas literalmente, un poco momentáneas. Pasado ese viento pampeano y su furia, Buenos Aires, como antes, como siempre, como parece fatal, volverá a canalizar el tributo de riqueza que le llevarán indeclinablemente los ríos y las provincias. Nos topamos nuevamente con la suerte de Buenos Aires y su destino: el interior estará a su servicio eternamente y en cualquier circunstancia.

La frase que sigue se engancha en esta conclusión y ofrece un descenso de la figuratividad con que adornaba a Buenos Aires al comenzar el período. Es un tono que se parece más al que creía necesario utilizar para definir el interior, por lo taxativo, lo preciso, lo violento: "Ella sola en la vasta extensión argentina está en contacto con las naciones europeas; ella sola explotó las ventajas del comercio europeo; ella sola tiene poder y rentas". Conceptos contundentes tanto por la forma con que son expresados como por las referencias que conllevan. Hay que observar, además, que colocados estos conceptos luego de la mención al "espíritu de la pampa" deben referirse al período rosista; da la impresión de que es la barbarie quien mantiene el comercio con Europa. Por otra parte, puede haber algo más real, en el sentido económico, algo más compacto para un argentino de 1845, que ideas como "rentas", "comercio europeo", "naciones europeas"? Tales ideas compendian, lo posible, lo ideal, lo necesario y lo suficiente; no es de extrañar entonces que tanto insista Sarmiento en la navegación de los ríos porque ésta sería un vehículo para que el interior logre lo que ahora tiene Buenos Aires "sola". De ahí la repetición obsesiva del adjetivo que constituye de por sí un acta de acusación, complementada explícitamente en numerosas oportunidades. Hay que tener en cuenta que se juega nada menos que la posesión y el monopolio o la distribución de preciados resortes para el engrandecimiento y el progreso. Esta identificación de Buenos Aires en la absorbencia y el privilegio tiene que tener un origen; Sarmiento parece indicarlo pero en realidad puede decirse que esta egoísta conducta es resultado cierto y exclusivo del soplo del espíritu pampeano? Más bien parece que no, parece que viniera de antes: no es la barbarización la que ha hecho el comercio con Europa. Rosas lo desvirtúa, es decir lo usa

para sí, pero no crea este básico y extraordinario privilegio. Es Buenos Aires quien lo tiene y, como veremos examinando la frase que sigue, no cede un ápice en favor de nadie, ni aún de las provincias que al transmitirle barbarie o pampa hubieran podido, gracias a la complicidad así establecida, unificar criterios y merecer de su víctima, y después aliada Buenos Aires, una distribución más generosa. Buenos Aires, en efecto, tiene "civilización", "industria" y "población europea" que el interior necesitaría, aunque fuera "un poco". Estos son los "bienes" que sigue acumulando gracias a las llaves comerciales que posee, aun después que el espíritu de la Pampa ha soplado sobre ella. Puede entenderse por lo tanto que aunque la situación es vieja, Rosas ha insistido y la ha agravado: ha aplicado "una política estúpida y colonial". ¿O no ha sido él? No es lógico atribuirle a él la aplicación o la introducción, mejor dicho, de tal política porque si realmente lo hubiera hecho las provincias no habrían elegido el mejor tipo de venganza "mandándole a Rosas mucho i demasiado de la barbarie que a ellos les sobra", no habría sido la mejor retribución porque Rosas ya era un bárbaro que nada tenía que aprender en todo caso del pampeanismo. Debe entenderse que Rosas es el castigo a una conducta anterior, es un pago que hace el interior al egoísmo porteño; además, Buenos Aires, como surge del análisis de este tan significativo trozo, encierra en sí toda la suma de la riqueza pensable y es el depósito más formidable de civilización; pero posee todo esto como un atentado o una afrenta al interior que a su vez necesitaba de esos bienes y merecía alguna retribución por haber sido, no solo el tradicional explotado, sino el más firme sostenedor de una grandeza cuyo porvenir es inmenso gracias a la "suerte" de una situación geográfica y una apertura económica que Buenos Aires y solamente Buenos Aires, posee en el país.

Estas son las conclusiones a que se puede llegar luego de estudiar la palabra de Sarmiento. Tal como lo habíamos anticipado, el estudio expresivo confirma resultados que habíamos logrado por medio de un ordenamiento de conclusiones extraídas en análisis de otros aspectos. Del mismo modo y siguiendo el mismo método, el texto daría para confirmar cada uno de los rasgos de la imagen de Buenos Aires ya establecidos. No parece indispensa-

ble hacerlo ahora en totalidad. No obstante, una idea vale la pena recuperar por medio del examen expresivo, la de la permanencia de lo porteño como sólida emanación espiritual y material, por encima de contingencias políticas; es la idea de una Buenos Aires que se afirma en una solidaridad espontánea y homogénea, que brota como respuesta al clamor de intereses también permanentes vividos por Buenos Aires acaso con profundo dramatismo pero seguramente con un certero sentido de defensa.

Examinemos algunos párrafos del comienzo del Capítulo IX, en la segunda parte, p. 161:

"Dorrego, el hábil jefe de la oposición en Buenos -Aires, es el amigo de los gobiernos del interior, sus fautores y sostenedores en la campaña parlamentaria en que logró triunfar. . . La administración Dorrego siente que el vacío empieza a hacerse en torno suyo, que el partido de la ciudad, que se ha denominado federal i lo ha elevado, no tiene elementos para sostenerse con brillo después de la Presidencia. La administración Dorrego no había resuelto ninguna de las cuestiones que tenían dividida a la República, mostrando, por el contrario, toda la impotencia del federalismo. Dorrego era *porteño* antes de todo. ¿Qué le importaba el interior? El ocuparse de sus intereses, habría sido manifestarse *unitario*; es decir nacional. Dorrego había prometido a los caudillos y pueblos todo cuanto podía afianzar la perpetuidad de los unos y favorecer los intereses de los otros; elevado, empero, al gobierno, 'qué nos importa', decía allá en sus círculos, 'que los tiranuelos despoticen a esos pueblos? ¿Qué valen para nosotros cuatro mil pesos anuales dados a López, diez i ocho mil a Quiroga, para nosotros que tenemos el puerto i la aduana que nos produce millón y medio, que el *fuato* de Rivadavia quería convertir en rentas nacionales?' Porque no olvidemos que el sistema de aislamiento se traduce por una frase cortísima: 'Cada uno para sí'. ¿Pudo prever Dorrego i su partido que las provincias vendrían un día a castigar a Buenos - Aires por haberles negado su influencia civilizadora; que a fuerza de despreciar su atraso i su barbarie, ese atraso i esa barbarie habían de penetrar en las calles de Buenos - Aires, establecerse allí i sentar sus reales en el Fuerte?' Pero Dorrego podía haberlo visto, si él o los suyos hubiesen tenido mejores

ojos, esperando la ocasión de penetrar en ella. Desde los tiempos de la presidencia los decretos de la autoridad civil encontraban una barrera impenetrable en los arrabales exteriores de la ciudad. Dorrego había empleado como instrumento de oposición esta resistencia exterior; i cuando su partido triunfó, condecoró al aliado de estramuros con el dictado de *Comandante Jeneral de Campaña*: ¿Qué lógica de hierro es esta que hace escalón indispensable para un caudillo, su elevación a Comandante de Campaña? Donde no existe este andamio, como sucedía entonces en Buenos - Aires, se levanta ex profeso, como si se quisiese antes de meter el lobo en el redil, esponerlo a las miradas de todos y elevarlo en los escudos. Dorrego, más tarde, encontró que el *Comandante de Campaña* que había estado haciendo bambolear la Presidencia i tan poderosamente había contribuido a derrocarla, era una palanca aplicada constantemente al Gobierno, y que caído Rivadavia i puesto en su lugar Dorrego, la palanca continuaba su trabajo de desquiciamiento".

Parecerá quizá excesiva minuciosidad haber hecho una transcripción tan extensa que, como es natural, exigirá una igualmente dilatada interpretación. He afrontado el riesgo de reducir este aspecto dejando de considerar pasajes que a los efectos de nuestra búsqueda en este momento no interesan; pero si no obstante los dejo, es porque me ha parecido que el conjunto es una animada muestra de lo más característico de la expresión de Sarmiento, acumulación por momentos flagrante de las manifestaciones de su rico temperamento. Hay en este trozo contradicciones, omisiones históricas, prejuicios, verdades incontrovertibles, conceptos teóricos, menciones de la realidad, bramidos, quejas, profecías, esperanzas, confirmaciones, decepciones, etcétera. No hay más que ordenar el material ofrecido bajo cualquiera de estos rubros para advertir cómo se da este fenómeno de aglutinación espiritual y de arbitrariedad racional. Vemos que el objetivo señalado en la introducción de este estudio tiene plena vigencia para cualquiera de las partes del texto: convencer, subyugar, lograr seguimiento.

¿Pero cuáles son los elementos primordiales de este largo pasaje? El que aparece más claramente es el del

"porteñismo", de Dorrego. En función de esta claridad o condición, Dorrego traiciona al interior que, no obstante, lo ayudó a triunfar. Dorrego promete demagógicamente ayuda y predominio pero, llegado el momento, se queda con las rentas de Buenos Aires para volver a emplearlas en ella. En consecuencia fracasa: "se hace el vacío en su torno". Este fracaso es trágico: en primer lugar porque su encumbramiento significó la caída de Rivadavia que estaba por convertir en nacionales las rentas del puerto; en segundo término porque su traición es "castigada por las provincias, que hacen penetrar su atraso y su barbarie para establecerlas en las calles de Buenos Aires y en el Fuerte". Es como si solo Dorrego hubiera prometido sin cumplir y solo el partido federal hubiera sido partidario del nefasto aislamiento que Sarmiento define con breve frase; "cada uno para sí". En realidad, fue Rivadavia quien inició esa tendencia e incluso quien la definió documentalmente⁶⁷, a pesar de sus últimos actos de gobierno. He aquí una omisión histórica importante: en su afán de arrojar la culpa a los federales olvida invocar los elementos tradicionales de deformación porteña que culminan en la torpe política del aislamiento, que es una consecuencia y no un foco de creación de problemas aunque sea un factor en el equilibrio inestable de la organización nacional. Esa negativa de "civilización", ese "desprecio por su atraso y su barbarie", de Buenos Aires hacia las provincias indican sobre todo una relación cuyos módulos son muy anteriores a Dorrego pues pertenecen a la forma de encarar su destino que tiene la gran ciudad. Revelan, por lo pronto, que el "fatuo de Rivadavia", es decir los unitarios o, por lo menos, los partidos de las ciudades, federales inclusive, no comprendieron lo que había en el interior, la sustancia de que estaba integrado; de Dorrego lo dice ahí mismo, señalando que no tuvo ojos para ver; de Rivadavia también, en forma elíptica: "Los decretos de la Presidencia se estrellaban contra la barrera impenetrable de los arrabales exteriores de la ciudad". Podría uno señalar el diferente tono con que encara y explica el mismo fenómeno pero eso está ya dicho en cuanto a las contradicciones en que

⁶⁷ Ver nota 57.

incurrir. Conviene más traer a colación otro pasaje del libro en el cual se describe ese error de las ciudades, esa incapacidad de comprender no solo qué era sino aun qué había en la campaña:

"Este movimiento espontáneo de las campañas pastoriles fue tan injenuo en sus primitivas manifestaciones, tan jenial i tan espresivo de su espíritu i tendencias, que abisma hoi el candor de los partidos de las ciudades que lo asimilaron a su causa i lo bautizaron con sus nombres políticos que a ellos los dividían" (p. 75).

Advertimos que hay un juego constante de dos intenciones; una, dar un concepto de Buenos Aires que no termina por quedar del todo concluido; otra, explicar el mecanismo de la agresividad de las provincias; entre una y otra se maneja con permanente elipsis que le sirven para controlar diversas instancias de la realidad a fin de seguir operando en el nivel de los objetivos políticos. Se advierte la aproximación a ese balanceo entre Buenos Aires y las provincias en este párrafo:

"Las provincias estaban ahí, a las puertas de la ciudad, esperando la ocasión de penetrar en ella. Desde los tiempos de la presidencia los decretos de la autoridad civil encontraban una barrera impenetrable en los arrabales exteriores de la ciudad. Dorrego había empleado como instrumento de oposición esta resistencia exterior; i cuando su partido triunfó, concedió al aliado de estramuros con el dictado de *Comandante Jeneral de Campaña*".

Este texto parece lleno de oscilaciones, la intención de Sarmiento parece dejar de lado lo histórico a cada instante en busca de un núcleo básico de conducta política que va de lo circunstancial a lo permanente. De todos modos, ¿cómo puede interpretarse toda esta masa de ideas mezcladas? En primer lugar, ¿por qué las provincias podían oponerse a la nacionalización de la Aduana, de la ciudad y sus rentas? ¿Acaso no les convenían estas medidas? ¿O simplemente no las entendían creyendo, por el contrario, que estaban dirigidas en su perjuicio? Dice que "las

ciencias estaban a las puertas de la ciudad esperando la
n. de penetrar en ella", pero en verdad quien estaba
arrabales era una sola provincia, Buenos Aires, que
en se oponía impenetrablemente a los decretos de
avia; de esos grupos arrabaleros se valió Dorrego para
al poder; no de "las provincias". ¿O se refiere
ento por momentos a un concepto y por momentos
realidad? Forzando el texto a permanecer en los
s, se concluye que fueron Buenos Aires y Rosas
es ayudaron al caudillo federal a derrocar al Presi-
y no las provincias. Estas eran convidadas de piedra
actores de este drama, a menos que se admita que de
ta de apoyo en que mantenían a la Presidencia
ia cierta inspiración que otros asimilaban, forma-
n y verbalizaban: las provincias se limitaban a
r algo de la condescendencia de los doctores por-
La expresión tiene seguramente un sentido sim-
aunque Sarmiento no debía ignorar qué alcances
l apoyo que Rosas prestó a Dorrego en relación con
tica tradicional porteña. En todo caso, reprocharle a
condecoración al aliado es mera injuria que rebasa
bito político específico; es como exigirle a Dorrego
en nombre de ideas que no sostenía, sancione,
nándolo, al hombre que lo ayudó a triunfar. Esto
de sentido porque deja también de lado todo el
del episodio Dorrego frente al cual, y aun reafir-
el culturalismo o el ciudadanía del porteño, hay
negativa, una resistencia a hallar razón en su actitud
a concreta. Dorrego era seguramente un hombre
o que veía como inauténtico lo que querían hacer
unitarios, que sentía, o sospechaba, inclusive, que los
tos nacionales de Rivadavia podían perjudicar a
avia sin contar con que perjudicaban también a las
cias al quitarles fuentes de riqueza mediante la
alización; o quizá veía o pensaba lo contrario en
os estrictos de praxis política, a saber que siendo
ntico lo que querían hacer los unitarios porque eran
os, deseaba realizar la idea federal a la que los otros
que tendían, él mismo y su partido, hombres viejos
abían concebido su sistema político a partir de los
s conflictos entre Buenos Aires y el interior. Do-
y la idea federal porteña fracasaron y la estructura

Buenos Aires triunfó pero en la persona de aquel que
habiendo facilitado la caída de la Presidencia ejercía de
"palanca aplicada constantemente al gobierno". Es decir
de algo o alguien que no deseaba por ninguna vía, ni la
unitaria ni la federal, el desmedro de la primera provincia.
Ese es Rosas, pero sin ideología personal, sensible intér-
prete de lo que rechaza, porque le perjudica, la provincia
que pasa a ser entonces el primer actor de la tragedia
nacional: está por todas partes cubriendo los datos,
invadiendo los resquicios que dejan las conductas indivi-
duales o políticas de los hombres. Buenos Aires surge en el
fondo de la expresión como el verdadero gran culpable,
como "la vergüenza de América", frente a ese otro trozo
de historia y de vida que es el interior, despreciado,
arruinado, barbarizado, esclavizado. Esta es la verídica
imagen de los asuntos de la nación, un doloroso conflicto
cuya raíz es inequívocamente económica, cuyo fondo es
una cuestión de estructuras que no se equilibran mediante
formulaciones intelectuales sino por medio de la "guerra
social" que debe consumarse hasta que se vea claro. Los
signos exteriores son confusos: de pronto quien blasona
de decir la verdad obedece a un torcido propósito, quien
parece errado está en lo cierto; de pronto, los que tienen
un nombre tienen una conducta que necesitaría la desig-
nación que usan los rivales y éstos, a su vez, postulan
principios o posiciones que nada tienen que ver con lo que
implica el rótulo elegido. Maraña de episodios y de
consecuencias que se complica aún más apenas es enfo-
cada, pero debajo de la cual, con firme trazo, se dibujan
las líneas conductoras, se organiza un modo de ver que no
se pierde en la confusa realidad de la que parte.

VI. CONCLUSION

Obtenida ya una imagen de Buenos Aires parecida al propósito de este estudio. Abigarrado y analítico, he tratado de penetrar por debajo de la expresión de Sarmiento con el objeto de ver si había en esa zona rastros de una manera de juzgar la realidad diferente de la que aparece en la superficie.

Creo haber llegado a algunas determinaciones partiendo de una idea ya común y difundida relativa a los residuos significativos que deja la expresión literaria. Pero no solo hemos visto que tales residuos existen sino que poseen, a su vez, una organización rigurosa, como si existieran en una conciencia y llevaran a una toma de partido muy clara. Por un lado, nos demoramos en la intrincada y ardua concepción externa, contradictoria y a veces muy sólida; por otra, vimos que por abajo fluye un conocimiento, una conciencia de la realidad. Los conceptos de orden cultural, arbitrarios y estáticos, confunden posiciones concretas, pero solo en su formulación, no en los contenidos. Y los contenidos integran ese clamor que sirve de escape a los reclamos históricos de las provincias contra los abusos, los privilegios y el egoísmo porteños. Pero algo más: la creencia —oscura tal vez pero existente— de que tal conflicto no es una resultante fatal de un incontrolado azar sino que la forma económica de Buenos Aires es quien gobierna dicha contingencia; es

el grupo social que ha surgido como poder emergente, esa forma económica quien decide, sean quienes sean los hombres, el destino de esa relación degradante, al no hay humanidad, ni espíritu, ni felicidad para los argentinos. El interior se define, exige, pide, ruega, se lastima; su sangre es la protesta más evidente, el mutecimiento y miseria la locura que más le pesa. Los hombres, por haber vivido el destino soterrado se languidecen, hacen en el fondo la misma forma, comprenden en el fondo lo mismo que Sarmiento, de algún modo, ha comprendido y que dice victoriamente, con arbitrariedades y reticencias, dudas y reservas, apuntando a enemigos menores que a los mayores. El mismo reclamo hacen Sarmiento, Paz y Sarmiento y aun el primero tal vez con representatividad cuyo verdadero valor Sarmiento no puede ignorar. Lo denunciará; lo pondrá en la picota pero, al fin, surgirá su figura como la de un hombre que ha vivido la relación profunda que existe entre estado político y social y cultura, y que ha sabido morir por ella. A su pesar quizá, tal vez de este análisis surja como un hombre de fondo, es decir como un hombre por Sarmiento en esa dimensión, pero negado en el fondo de un cómodo y deslumbrante esquema, de un discurso recubierto de detalles y de signos externos de forma.

La última aproximación al sentido de este desdoblamiento. Como se ha tratado de mostrar, las contradicciones, las reticencias, las "maneras de decir", las dudas y todos los demás rasgos del estilo de Sarmiento son de un sentido que hay que discernir⁶⁸. Este sentido que aflora rápidamente no está nunca concen-

El mismo Sarmiento indica la necesidad de este camino. En el *Diario Intimo*, Buenos Aires, E.C.A., 1963, p. 58, carta a Juan Manuel de Rosas, dice: "Mi persistencia en dirigirme a ustedes en esta forma habrá mostrado que no reputo humilde, sino a los que en esta situación encumbrada son incapaces de ejecutar el deber respecto anota Bernardo González Arrili: "No se sabe el valor que daba Sarmiento a la palabra humildad. Se ve que la palabra mal empleada, desde luego, y con ello se prueba una vez más el valor que daba al uso correcto de los vocablos, no obs-

trado; por el contrario, está diseminado en la expresión, recae en cualquiera de sus sectores, apesantando algún sector que por eso logra iluminar los más desnudos, los que parecen no contener nada más que lo que está escrito. Esto sucede por varias razones que no explican de todos modos el desdoblamiento. En primer lugar, ocurre porque, aunque Sarmiento siente la realidad que está tocando y a la que se refiere, no la tiene racionalizada, su sentimiento no está formalizado ni traducido a términos de conciencia que se vuelven expresión; en segundo lugar, si bien tiene racionalizado y bien concienciado el cúmulo de sentimientos que lo embargan, no lo convierte unitariamente en expresión directa, en claro partido tomado, en virtud y a causa de un sistema mental que, adoptado como el único instrumento de la verdad, es insuficiente. Sistema articulado en torno a su fuerza creadora, a su enfática personalidad, es lo que levanta a su alrededor la polémica pero también lo que lo enriquece literariamente⁶⁹.

tante las excelencias de su 'estilo'."

Pero hay algo más en este gesto: atribuir significaciones a las palabras como maneras de hacerlas reventar. En todo caso, importa determinar, más que el error, la orientación del error.

⁶⁹ Sarmiento prefiere esta riqueza a la nitidez conceptual; incluso la fuerza en un proceso de corrección del texto que elimina fragmentos denunciadores de sus inconsecuencias o de su estilo político. Esto plantea una cuestión: ¿en dónde está más puro el pensamiento del autor? ¿En la primera edición o en las corregidas? Si se estudian algunas supresiones, se advierte que han tenido por objeto homogeneizar en el tiempo su figura ideológica quitando elementos que puedan hacerla aparecer como inconsecuente o poco perspicaz, tal como la desaparición de los elogiosos conceptos sobre el Chacho Peñaloza, de la primera edición. Se ve que en 1868 ó 1874, no podía soportar el recuerdo de sus antiguas simpatías, ahora contrastadas por una enemistad a muerte. Habría, acaso, que rescatar su primer pensamiento, pero igualmente es significativo: el proceso de elaboración. ¿De cuál de las etapas puede decirse que representa con mayor fidelidad su pensamiento más íntimo? La etapa corregida integra una voluntad de forma que, como hemos visto, desdeña incongruencias dentro de su historia personal, haciendo refluir sobre lo que queda toda la fuerza de sus intenciones y vivencias; la etapa impulsiva muestra un momento tan solo de una carrera, ignorante todavía de la importancia de sus actos y palabras. No podemos sino actuar con

la definitiva, pero conociendo la anterior podremos tener una imagen acaso más fiel de sus modos típicos: piensa lo que se puede interpretar de lo que deja, para lo cual, como en otros terrenos, elimina lo que le hace daño o simplemente lo que no le conviene:

INDICE

<i>Introducción</i>	9
I – Imagen primera de Facundo	25
II – Imagen de Rosas	43
III – Imagen segunda de Facundo	59
IV – Imagen del interior	81
V – Imagen de Buenos Aires	107
VI – Conclusión	125